

Efraín Hurtado

**Transparencia**  
*del signo*





# Transparencia del signo

1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Efraín Hurtado

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana  
Centro Simón Bolívar Torre Norte,  
Piso 21, El Silencio  
Caracas-Venezuela 1010

### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

### **páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve/mppc/](http://www.mincultura.gob.ve/mppc/)

### **Redes sociales**

Facebook: El perro y la rana

Twitter / X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

### **Edición**

José Zambrano

### **Corrección:**

Rosa Arévalo Orzero

### **Diagramación y diseño de portada e imagen de portada**

Delia González

Hecho el Depósito de Ley

ISBN:978-980-14-5400-7

Depósito legal: DC2023001562

**Efraín Hurtado**

**Transparencia del signo**



# Índice

Del lenguaje antropológico y del poder como perpetuidad	9
Introducción	23
Irrupción del lenguaje	31
Ficción de lo nuevo	73
El asalto de la ciudad	107
Vanguardia crítica o crítica de la vanguardia	145
Cultura y contracultura	167



# Del lenguaje antropológico y del poder como perpetuidad

*Nelson Guzmán*

El lenguaje, su significación y poderío componen la argamasa verbal de unos signos y símbolos que ejercen el control sobre una multitud de personas teledirigidas en el mundo moderno. La ley del consenso se ha logrado por la persuasión, se ha saqueado la conciencia, los individuos se han vuelto unos autómatas, han sido arrasados, sus tradiciones yacen dilapidadas por las improntas del poder imperial. Los dominados no vislumbran un solo punto que les favorezca, los lenguajes publicitarios han dado cuenta de los códigos intersticiales de los pueblos y los han despojados de sus tradiciones.

El lenguaje se impone como fraseología muerta, desarraigada de su poder subterráneo de significaciones. El objeto es la eficacia en seres que han sido fosilizados por la penetración de los medios de comunicación en su cotidianidad, se ha impuesto la jerga

plastificada de la TV. Las lenguas indígenas tradicionales han sido fustigadas. El concepto que se maneja para la cultura nacional es el de mundialización. La modernidad arremete, invade y extirpa lo diferente. La vieja lucha entre civilización y barbarie enarbola los iconos del capitalismo, el coloniaje tiene un punto de arranque: el lenguaje. La realidad se desvirtúa para mermar el carácter de significaciones que los valores de lo nacional tienen para los pueblos, el cernimiento de la memoria colectiva llega al despropósito de imponer como referencia la civilidad.

La sociedad actual nos ha situado –según no los expresa Efraín Hurtado– ante la fuerza y el poder de control que ejerce el lenguaje sobre los hombres, todo ha sido invadido por un modelo civilizatorio donde la pobreza del lenguaje se manifiesta como cliché o como bagazo semiológico. El papel del silencio ha sido invadido, asaltado por una gramática comunicacional cuyo gozne central es la cibernética, la universalización, la estupidización. El lenguaje se manifiesta como moda, no hay más logro que lo efímero. La Transparencia del signo estaba muy cerca del futuro, ese otro tiempo sería llamado posteriormente por Gilles Lipovetsky como la era del vacío.

El libro del profesor Hurtado evalúa los alcances y las limitaciones de las teorías lingüísticas, entre ellas la estructuralista, sin que por ello considere a esta teoría como única. Su discurso se deslinda del dogmatismo. Nos indica la fuerza que posee la noción de estructura en el plexo de las semánticas de las lenguas. La afectación ha sido una estrategia del discurso imperial para disgregar, para desproveer de sentido las lógicas de pueblos que habían conservado y guardado su identidad desde las metáforas y significaciones inquebrantables de una cultura milenaria que se reproducían sin que ningún discurso extraño o invasor las mediatizara.

El discurso, su analítica, se presenta como el logos o estructura significativa que, reconstruyendo un lenguaje, hace visible unos símbolos que residían allí sin haber tenido la posibilidad aún de expresar la riqueza del adentro y del afuera del lenguaje. La semiología

es una piedra angular de comunicación con un mundo vilipendiado por una discursividad apegada a los slogans. Las sociedades se muestran como cementerios fonológicos carentes de significaciones. La imposición del lugar común vació al proceso de comunicación de creatividad; los hombres repiten mecánicamente el lenguaje plástico de la radio, de los periódicos o de la TV. La lengua ha sido deshabitada de la pertinencia de sus historias.

La imposición de lo foráneo ha actuado sobre la sensibilidad cultural imponiendo el pragmatismo. Por todos lados los individuos parecieran no estar comprometidos con nada. La categoría de universalización era la tumba de la especificidad cultural. La ciencia, la técnica y la objetividad querían arreglarlo todo desde su apego a la analítica de la exactitud. Lo objetivo podría declararse como la defenestración de lo vivido.

La modernidad ha prorrumpido en el psiquismo de los pueblos diferentes con una tarea específica: borrar lo vivido. El otro ha renunciado –no sin antes oponer resistencia– a sus convicciones. La mercancía aparece como un fetiche capaz de mostrarnos un mundo más actual. El proceso de relativización de los valores y de nuestras creencias deja unas profundas cesuras que a la larga tomarán la forma del desolido. Se nos ha seducido con la noción de lo útil, de lo nuevo. Lo extranjero termina siendo en nuestra jerga mejor que lo nacional. Los políticos, en la seducción de los capitales golondrinas y del lavado de dólares, corren a hacer desaparecer y liquidar los viejos urbanismos para montar una nueva ciudad sobre el alma y la fortaleza de las añejas calles. La plaza vieja es sustituida por el asfalto, por el cemento, por las luces. El hombre de los villorrios termina por no sentirse, su fe ha sido desgarrada, han sido destruidas sus epopeyas, lo letal es que él ha sucumbido sin participar en el desplazamiento de sus símbolos.

La defenestración es la muerte, es la separación de la identidad. Sin gestas ni glorias a las cuales cantar, termina imponiéndose el silencio profundo de pueblos que han olvidado sus cenizas y el recuerdo de los santos de las iglesias coloniales para sucumbir ante la idea de

progreso. El poeta Efraín Hurtado examina la imposición del saqueo: se han legitimado unos signos contrarios a toda convivencia en paz. El capitalismo pauta la vida como negocio, como compraventa. El modelo de planetarización cultural incorpora tanto a África, a América y actualmente a la China como mercados de sus mercancías. El mundo comienza a conocer una nueva cultura global que debía imponerse, o por la semiótica o por las armas. Ese proyecto global ha tenido sus sostenedores en ultramar en las burguesías apátridas de nuestros países. La modernidad se juega en la eficacia, en lo cambiante, los seres humanos aparecen tatuados por las mismas y deleznable ambiciones. La ciudad desaparece invadida por las bisuterías impuestas por una cultura de lo único para volver a construirse y socavarse en golpes incesantes de constructos efímeros.

Las ciudades de nuestro país están en permanente refacción; los gustos y los cambios de las tendencias modernas imponen ese serpenteo. El espíritu necesita constantemente permanecer en movimiento; no hay un norte claramente establecido. El lenguaje publicitario todo lo ocupa. El arte ha cedido la profundidad a la actualidad. La preocupación fundamental es estar a la moda, mostrar poder de consumo. Se confunde la capacidad adquisitiva que dan los petrodólares con la civilidad. Nada se ha fraguado de fundante en el espíritu a no ser el nuevorriquismo. Se impone la cultura del whisky y de lo importado, un nuevo bloque de valores había tomado lo social. El espanto comenzaba a avecinarse ya desde los años setenta, época en la cual fue escrito la Transparencia del signo. Caracas como ciudad había eclosionado tomada al azar por poblaciones campesinas desplazadas que buscaban escapar de la cotidianidad de su miseria.

Caracas, como bien lo ha definido Efraín Hurtado, es la antimetrópolis. La modernidad se niega a ver sus máculas. Las costuras traumáticas de una ciudad refundada en la desesperación del hambre, que sintieron las mayorías desplazadas ante las ofertas de la modernidad, no podían ocultar el coctel explosivo que se estaba produciendo en aquella geografía humana de hombres cercenados en sus barriadas. ¿No era acaso evidente el estudio? Los cerros

eran testigos de la desescolarización. Se estaba ante una ficción, la idea de progreso hizo alucinar a las mayorías que comenzaron a abandonar sus campos detrás del ascenso social y del petróleo. En Maracaibo, como en otras ciudades petroleras venezolanas, el ideal del progreso llevó aparejada la prostitución, las drogas, el delito, la promiscuidad. También Caracas en su ilusión de modernidad modifica su ecosistema dando paso a una ciudad contaminada por gases vehiculares.

La modernidad construye sin medida. Se afecta a El Ávila. Los materiales de construcción y el desparpajo con que se urbaniza hacen posible el hacinamiento de inmensos grupos humanos que residen sin garantías sanitarias en el desorden total. El capital necesita invertirse no habiendo mejor forma que el estrangulamiento de parroquias tradicionales que fueron transmutadas sin discusión previa con nadie. En Caracas, todo parece hecho arbitrariamente, a la machimberra. La ebriedad y el sueño de felicidad colapsaron la vida de los ciudadanos; la inclusión ha resultado una quimera. Hondos problemas asaltan el espíritu de las barriadas, uno de ellos el del sentido que debe tener la vida en una sociedad desequilibrada. El capitalismo no conoce la ética de la solidaridad, ni la amistad, ni el sentimentalismo; su valor fundante es el individualismo, el incremento del capital y la riqueza. El gran sueño del hombre común es el éxito, la posesión de un buen carro y un vestuario de marcas comerciales reconocidas.

La Transparencia del signo cumple con una tarea extraordinaria, la evaluación de las superestructuras y tensiones que se producen en la modernidad capitalista. Las vanguardias asumieron en Occidente, en las primeras décadas del siglo XX (formalismo ruso, dadaísmo, surrealismo), la punción y la crítica al orden. Sin embargo, la vanguardia que actuaba como guía fue asimilada dentro de los símbolos del capitalismo: “La industria quiere comprar con tu nombre a sus nuevos clientes. Comandante, te juro, yo he visto en París tu retrato sobre los pantaloncitos que se llaman ‘calientes’. Comandante, tu rostro se imprime en las camisas. Tú fuiste

fuego: te quieren convertir en humo”. (La llave del Comandante, Yevgéni Aleksándrovich Yevtushénko). El Che Guevara terminó comercializado en afiches, franelas, zapatos, etcétera, formando parte del souvenir y de la idea de revolución moderna con la cual pretendió el capitalismo integrar la cultura moderna contestataria a los símbolos del mercado y al Occidente etnocéntrico y reaccionario. La revolución ha debido luchar con el criterio de una izquierda pensada en clave pequeñoburgués para no sucumbir.

Efraín Hurtado nos da las pautas de un mundo que luce cada vez más complicado, su lenguaje y exégesis conceptual se enfrentan a la fenomenología de una memoria devastada, renunciada. La mercantilización se había impuesto como modo de vida: nadie parece querer recordar su geografía espiritual y cultural, pues se siente ameno de lo propio; los hombres han sido evacuados de sí mismos. Los símbolos de la modernidad nos dan la impresión de que comenzamos constantemente de nuevo. Como lo diría Lévi-Strauss habríamos alcanzado el grado cero de temperatura.

Transparencia del signo es uno de los textos fundamentales de la cultura antropológica venezolana. La comprensión de este itinerario vivencial la analiza el poeta Hurtado, descubriendo el tejido telemático desde el cual ha emprendido la empresa capitalista la formación en valores de una multitud que se ha intentado borrar, dilapidar hasta la exacerbación de una cultura. Todo se ha hecho con un sentido: seguimos siendo uno de los grandes mercados de la industria cultural capitalista.

El azar me ha llevado a reencontrar este texto, fuente importante para comprender lo visible y lo invisible de la cultura venezolana. Una vez que tuve el libro en mis manos les pedí a las profesoras Zhandra y Ritgüey Flores que hicieran los ajustes necesarios para su publicación, para sacarlo del olvido y dárselo a conocer a las nuevas generaciones de venezolanos. Las tesis de este libro, a la luz de lo que ocurre en Venezuela, son cada vez más vigentes y actuales. El golpe certero ha sido asestado por el Imperio a la sensibilidad vital de un pueblo, a su identidad cultural. Por ello, este tratado de antropología

de lo cotidiano, este libro levantado desde un saber militante, buscó deconstruir los lenguajes de Occidente, no para volver atrás y solicitar solo el refugio de la memoria, sino para hacernos cambiar de rumbos mentales, para apartarnos del pesimismo de imaginarios fracturados.

Esta historia de las mentalidades, este reivindicar de las eternas heredades de lo venezolano nos entrega una antropología de militancia con la dignidad. Efraín Hurtado de la mano de grandes pensadores de Occidente vaticina la honda fractura cultural que pretendió inmolarnos y cómo se impuso un modelo civilizatorio donde lo más importante era la mercancía como fetiche. Este texto concebido en los años setenta diagnostica los fundamentos que han hecho de Venezuela una ciudad portátil y dispersa dentro de una diáspora publicitaria alucinante.

NELSON GUZMÁN  
*CARACAS, FEBRERO 2010*



**Transparencia del signo**



*A Pedro Hurtado Barrios*



# Introducción

La abierta intervención del fenómeno del lenguaje en la apertura del mundo del futuro está sustentada por la dimensión creada en la lúcida prospección de toda una arqueología del saber, removida por la penetración en las soterradas fisuras del cuerpo mismo de la lengua. Ese dismantelamiento, proporcionado dentro del sentido crítico de una “racionalidad” calibrada históricamente por las formalizaciones de una lingüística, empieza a recibir, desde su interior, una negación de esa cristalización por las movilizaciones cuestionadoras de trazos novedosos forjados por la acción estructuralizante de la palabra. Esa inmanencia desnuda del lenguaje recrea el juego del mundo en todas sus dimensiones, al anunciar con antelación los rumbos por seguir en las perspectivas asomadas por la eficacia concreta de la tecnología que se ha convertido en manejo puro de codificaciones de carácter lingüístico y semiológico. En los planos densos de una historia, el lenguaje, por una discutida logicidad, preparaba el terreno para acomodar la conciencia como campo abonado sobre el cual después debía aclimatarse el acontecimiento, cumplido ya el proceso de descubrimiento de experiencia, todavía relativamente inédita en su practicidad social. Ese corte de amarras, obtenido por el lenguaje hasta el punto de convertirse en la piel descubierta de una presencia que cotidianamente está indicando y reforzando la propia existencia humana, se encuentra dentro del conocimiento de su realidad científica en su vívida certificación de la producción humana más

objetivable, en el cuadro de una antropológica. La certidumbre real del papel trascendente, generado por la propia aprehensión de la ciencia lingüística, ha posibilitado una plataforma fundamental para que la sociedad pueda, en definitiva, cumplir una evaluación a profundidad, incluso del progreso de su conocimiento. Y además ha sido la vertiente ideal para realizar excavaciones metodológicas que posibiliten adentrarse a otros niveles en la captura casi plenaria del hombre como totalidad. El desarrollo, precisamente, de la disciplina lingüística ha obtenido una sobreimposición tan profusa que por esta causa ha motivado en esta década una red intrincada de ideas tan descomunales en relación con la multiplicidad de puntos de vista surgidos a través de las tantas hipótesis manejadas para tratar de circunscribir el acto lingüístico en su especificidad. Pero la extracción del lenguaje en su factura conceptual necesariamente ha implicado ese desbordamiento copioso de brechas ideales para buscar la aprehensión de esa realidad misma en donde estuvo incubando su conocimiento en estado latente y después cernido por los dispositivos creados por una vigilancia epistemológica. Aquí podemos detectar unas de las vertientes más fértiles del registro ocurrido recientemente en el campo amplio de las ciencias, tanto sociales como naturales, en los pasajes de esos desplazamientos inteligibles que habrían de develar los mecanismos intrínsecos de la especificidad estructural del lenguaje, determinado en la actualidad por las penetraciones heurísticas de una epistemología cada vez más radical y cuyos modernos antecesores se encuentran en los análisis llevados a cabo por Gastón Bachelard, J. Cavailles, A. Koyré, J. Vuillemin, M. Foucault, G. G. Granger, F. Piaget, Althusser, G. Canguilhem. Con los aportes proporcionados por intermedio de conocimientos asociados por una epistemología, se ha revelado más esclarecedor el discurso lingüístico al marcar con fuerza el tránsito requerido para penetrar en la desecación acendrada de cuantiosas vivencias encubiertas o espaciadas, pero a fin de cuentas definidoras en su hallazgo de mediaciones dialécticas intervinientes en los procesos críticos de

una sociedad en crisis. El estallido deslumbrante del lenguaje, desde la invasión de formulaciones impuestas por la dinámica creciente de una publicidad hasta las indicaciones metodológicas promulgadas por la aprehensión objetiva de la realidad de la lengua, permite señalar el despliegue caudaloso de lenguajes que inundan en forma desmedida los límites más o menos perceptibles de todo contexto social. Ello para propender al reconocimiento de la envoltura sensible de los pliegues sonoros o escritos de índices, señales y signos en general que denotan y connotan el mundo. Sin embargo, la plenitud viviente de esa cobertura universal, que descarna en su materialidad el significado encubierto de la práctica humana al reproducirla en la difusión de múltiples vertientes de palabras, imágenes, códigos, refleja simultáneamente planos de espejismos muy bien dispuestos para concertar el cierre de un universo vedado subrepticamente a la conciencia. El caleidoscopio radiante de los cargamentos fecundos de materiales, elaborados a diario por la rigurosa maquinaria del capitalismo monopolista organizacional, parece transparentado con una eficacia alucinante por la labor de zapa generada por los trampolines del lenguaje en todas sus dimensiones. Pero al mismo tiempo la posibilidad real de alcanzar una perforación medular del acontecimiento plantea el condicionamiento ideológico de ser víctimas ingenuas de los efectos corrosivos de las propias mediaciones de la palabra. Existe una penetración densa en los trazos dejados por la acción obstinada del lenguaje en las porosidades de la vida cotidiana, lo cual ha contribuido a una mayor transparencia del signo en su compleja identidad. También es fundamental señalar la dispersión enajenante promovida por el caudal de imágenes y señales que finalmente contribuyen a captar solo facetas, ángulos, significantes en general de esa vastísima red de experiencias vertidas en forma compulsiva al público consumidor. Por eso, si ocurre una permeabilidad notable del mundo por intermedio del trabajo interior ejecutado por el lenguaje, la probabilidad de obtener el rastreo abierto de sus significados, referidos por este, se proyecta a través de opacidades

que bloquean el acendrado conocimiento de las cosas. Es dentro de esa ambigüedad que podemos situar las movilizaciones permanentes de la creación lingüística al descubrir las manipulaciones ideológicas propiciadas por la sociedad ostentosa para emprender una absorción cada vez más raigal de nuestra existencia. La pretendida transparencia que se desprende al denotar las proyecciones de las cosas en los referenciales de figuras e imágenes, envuelve toda una problemática presente en las progresiones implícitas en el conocimiento humano, pero medidas con rigurosidad crítica en la textura embrionaria del lenguaje. Por esa vía, podríamos abordar de inmediato proposiciones teóricas relacionadas con las concreciones del acto lingüístico en situaciones cruciales, propugnadas por revelaciones derivadas de la exploración gradual adquirida del cuerpo sistemático de la lengua. Es decir, en un análisis superficial de las manifestaciones relativamente espontáneas de creaciones, promovidas por la materia bruta del lenguaje, en su depósito cotidiano de numerosas vivencias expresadas por las marcas de las palabras, hallamos ecos o dobles de experiencias surgidas en diferentes campos de la realidad social. La radiación de ese cúmulo de imágenes o frases que plenan las conciencias contribuye a promover una desmedida superabundancia del flujo lingüístico, que si bien ayuda a dar una dimensión de los sondeos profundos ejecutados por la operatividad del slogan, también permite desencadenar la captación de falsos referenciales inscritos dentro de una pretendida captura de niveles pertinentes de la realidad. El eje de esta empresa parte precisamente de la utilización de bisturí del lenguaje, para ir develando paulatinamente los procesos por intermedio de los cuales se pudiera precisar la nitidez de imágenes y, simultáneamente, comprobar cómo las fisuras abiertas por la manipulación propia de la palabra y el pretender ahondar en su codificación más acendrada han de desencadenar en el significado plenario del contexto cultural de la lengua. Hemos designado el punto de partida del origen como génesis primera para fijar la certidumbre del acontecimiento en

sus más difusas complejidades. Se ha podido hallar en la utilización del estudio mismo del lenguaje el rastreo inteligible que pudiera desestructurar cierto contenido historicista para ajustarlo críticamente a la pertinencia del signo; por lo cual emprendimos el recorrido de un itinerario que, partiendo del nódulo central del lenguaje, seguía desplazándose por los vericuetos difíciles de vertientes de experiencias sociales, pero caracterizadas por estar sometidas a influencias preponderantes de una mundialidad diseñadora de estereotipos de corte unidimensional. El escenario, en donde percibimos el cumplimiento diario de ese espectro crucial de la planetarización insinuante de estandarizaciones de lenguajes, es al mismo tiempo correspondencia de una reducción desquiciante de expectativas humanas condicionadas por el libre juego de la conciencia frente al devenir del mundo. Y encuentra, precisamente en el estallido de las metrópolis, la trampa ideal para dejar correr con una pretendida entera libertad el furor entusiasta proclamado con sello de modernidad por el espíritu “necesariamente” renovado del capitalismo, que agudiza el despliegue del arsenal de la imaginación en las instancias seductoras de innumerables modas acabadas de ser diseñadas en fábricas. El lenguaje teje los lineamientos por donde debe insinuarse sutilmente el mensaje dirigido a hacer blanco perfecto en el sentimiento de multitudes conducidas a control remoto por el manejo meticuloso del gusto, después de haber saqueado los campos de la conciencia.

La observación espontánea del lenguaje responde al flujo de una experiencia cernida a plenitud en los intersticios de la vida cotidiana, pero su diferenciación, que lo ha particularizado como resultado de una práctica inconsciente, proviene del procesamiento metodológico obtenido por la específica significancia decretada históricamente por Ferdinand de Saussure. La identidad histórica de una existencia menos metafísica de las cristalizaciones del lenguaje promueve un descenso antropológico a los raudales semiescondidos por donde se rastrean más existencialmente los perfiles embrionarios de realizaciones culturales. El conocimiento de una estructuralidad

de la lengua, que necesariamente para medirla en su dinamicidad requería ajustarla a las instancias de una funcionabilidad, ha compartido el despliegue de investigaciones cuyos referenciales debían buscarse en un grupo de estudiosos que, paulatinamente, han contribuido a configurarla dentro de un campo cada vez más fecundo. Desde Saussure, Jakobson, Trubetzkoy, Charles Sanders Pierce, Hjelmslev, Martinet, Benveniste, Tulio de Mauro, Bloomfield, Barthes, Chomsky, hasta numerosos pensadores que en la actualidad han utilizado las proposiciones de una determinada lingüística para emprender un desbordamiento crucial de esa dimensión más o menos recortada hasta hace poco tiempo por el corpus mismo de la lengua. De ahí las importantes experiencias que proyectan una movilización crítica del umbral semiológico abierto con el Curso de Lingüística General para realizar un desmontaje de las constelaciones de signos revelados por la misma complejización de la producción cultural de hoy. Pero si se da un descentramiento del signo hacia dimensiones más plenas (en un cierto grado), se establece el cuestionamiento de la misma lingüística por la apertura novedosa del término escritura, como lo ha subrayado enfáticamente Jacques Derrida en numerosos trabajos. La irrupción escandalosa del lenguaje, vivida hasta hace poco con la performance estructuralista, se articula con los asomos bastante recientes en la facturación de una nueva literatura, pero de ahora en adelante definida por una escritura trazada al desnudo para desprenderla de las excrescencias ideologizantes que habían impregnado y hasta bloqueado la posibilidad de que un lenguaje encontrara en sí mismo su denegación. Este desafío desacralizante cumplido por el trabajo semiótico y escritural encuentra en los puntos de vista de Barthes, Derrida, Kristeva, Sollers, Baudrillard, Sanguinetti una apertura novedosa, la cual halla una fuente prodigiosa para desplegar el escenario de sus hipótesis en una revisión de las premisas de los teóricos de la escuela formalista rusa (algunos de ellos han sido conocidos más exhaustivamente por la labor desarrollada por Julia Kristeva en Francia). La irrupción del lenguaje ha sido

tan vertiginosa que ha contribuido a opacar esa historia que se venía escribiendo con hache (H) gigante, para someterla a una delimitación epistemológica en donde al afirmarla con una hache (h) minúscula ha de implicar el cierre de un discurso unívoco para someterlo a las experimentaciones concretas detectadas por las exploraciones de una heurística en el entrecruce enajenante de ciencias parcelarias.



# Irrupción del lenguaje

La penetración crítica de la conciencia del lenguaje, obtenida a través de una casi perforación física del conocimiento, ha revelado un grado de exploración profundamente lúcido que permite definir dimensiones y niveles todavía no muy bien determinados dentro de los campos entrecruzados en donde se sitúan relativamente diversidad de ciencias tanto humanas como específicamente naturales. No obstante, se debe destacar esa impresión demarcadora que ha adquirido el propio conocimiento del lenguaje al perfilarse con mayor objetividad, a medida que se desmontaban y armaban reflexiones cuyo basamento parecía radicar fundamentalmente en el descubrimiento de la lengua como una totalidad. Mientras eran colocados sobre el tapete puntos de vista, objetábanse determinados principios teóricos o se cuestionaban razonamientos bastantes novedosos.

De cualquier manera, es bueno recordar que algunos de esos principios ya se encontraban virtualmente preestablecidos fragmentariamente mucho antes de que los señalara Ferdinand de Saussure, con lo cual se lograba evidenciar cómo la problemática del lenguaje que aparecía determinada por una realidad *sui generis*, conformada muy bien a partir de la elaboración histórico-teórica de los analistas del lenguaje, comenzaba a penetrar o a ser penetrada por la “objetividad” gradual que se obtiene desde dentro de las observaciones más ricas del conocimiento. La propia autopercepción del lenguaje (a manera de espejo que se habla) proyecta, al ser articulado, su

estructuralidad concreta, por la posibilidad o capacidad de percibirse mejor desde dentro. En un sentido metafórico podríamos decir que al estructurarse el lenguaje revelaba su riguroso y complejo ordenamiento y permitía comprender con más transparencia la modernidad del acto lingüístico. Esa conciencia académica, de corte eminentemente diacrónico comienza a captarse lenta y vertiginosamente en el instante en que el lenguaje sella su identidad e irrumpe como dándole una mayor densidad al significado de las cosas. Simultáneo a este movimiento, resalta lo impactante de los significantes, el peso o la elaboración secreta drenada por el lenguaje por intermedio de los diversos planos de la realidad en donde se desplazan las cosas del mundo. Es esa revelación casi desquiciante del crear del lenguaje la que ha impregnado no solamente la postura privilegiada que mantiene este en el contexto general de las disciplinas científicas actuales, sino también la objetivación cada vez más real que enuncia al referir un slogan o la predicación de una frase cualquiera. Esto corresponde parcialmente a una conjugación de experiencias complejas producidas por las cuantiosas y profundas transformaciones tecnológicas que a diario se suceden en la totalidad del planeta, lo cual determina que el lenguaje talle hasta sacarle filo en los procesos de la cotidianidad a la propia realidad de los vocablos. El lenguaje ratifica en la experiencia fundamental de este siglo una exacerbada existencia bajo la cual proyecta el trazo civilizatorio (el conocimiento del lenguaje en su complejidad está estrechamente ligado al progreso de la civilización como la propia boca del psicoanálisis que profiere la futura lectura del devenir del mundo), a la vez que posibilita delinear las fronteras más o menos visibles de la sociedad actual. Pero esta sedimentación histórica extraordinariamente crítica lograda por la disciplina lingüística se ha producido como una cortadura epistemológica que armaba una continuidad de referencias conceptuales, derivadas de investigaciones cruciales para la propia cultura que han sido analizadas en las dos últimas décadas. De inmediato puede entenderse mejor el estatus teórico logrado por la creciente actualización del hecho lingüístico o de la ciencia del lenguaje que tiene su relación dialéctica en la

urgentísima necesidad de establecer encrucijadas en las hablas y en las diferentes formas de vincularse la población consigo misma o con otras situadas en geografías distintas. Y, en general, representa el eminente deseo que a nivel ideológico puede sintetizar la inmediatez notable de querer establecer abiertamente una comunicación masiva (global) en los términos de un modelo estandarizado, promovido por el desarrollo actual del capitalismo monopolista.

La culminación parcial pero efectiva de esta situación se observa en la mundialización de los medios de comunicación de masas que ya comienzan a penetrar hasta la Muralla China para tratar de atrapar y sitiar bajo el ojo vigilante de ese huésped familiar –la televisión– el comportamiento más minúsculo e irrisorio de la gente. Hace muy poco se hablaba en Norteamérica de colocar televisores espías en las calles e incluso en las casas de diferentes ciudades que permitieran realizar un control más acucioso de los pasos que den los transeúntes dentro de lo que podría ser el desplazamiento libre por una calle cualquiera. Específicamente, los Estados Unidos se han visto en la tremenda necesidad de encaminar su misión imperialista hacia objetivos históricos muy previamente definidos, al asumir cada vez más un papel restringido por las grandes sacudidas subversivas que hoy conmueven al mundo. Esa sobrecarga semántica se percibe a todos los niveles de la realidad social dentro de las permanentes creaciones y producciones continuas que se suceden a diario. Comprende una serie de situaciones que encubren proposiciones de diferentes tipos que sería necesario escudriñar para poder fijar la concreción de la preeminencia de la elaboración (relativa) lingüística en el conjunto de hipótesis y tesis destinadas a establecer las perspectivas que deben promover el conocimiento general del mundo. Y es esa red de ideas que se entrecruzan para buscar una aproximación a una visión más crítica y globalizante de las sociedades encubiertas por el auge de la modernidad. Es decir: si hoy comprobamos el auge de la comunicación en general como una manifestación planetaria de querer imponer determinado lenguaje o lenguajes, se puede entender cómo este acontecimiento inherente a diferentes contextos culturales o experiencias creadoras se

ha ido definiendo en dimensiones distintas dentro de la problemática moderna del lenguaje. Aparentemente podríamos encontrar un punto de partida para facilitar la comprensión difícil de este hecho en las búsquedas promovidas por Saussure al colocar la piedra angular que iría a establecer controversias y fundamentaciones determinadas en base a borradores recogidos más tarde por Charles Bally y Sechéhaye. Posiblemente en el discernimiento teórico de estas investigaciones críticas se ha de encontrar la valoración prestigiosa que actualmente adquiere el conocimiento del lenguaje. Pero si las contribuciones de Saussure han sido puntales teóricos fecundos para la definición real del significado-significante del lenguaje, sabemos cómo comienzan a generarse cuestionamientos y enriquecimientos válidos a las premisas promulgadas por él, las cuales hacen más difícil la comprensión y el análisis de lo que anteriormente aparecía codificado por los filólogos dentro de la “evolución histórica del lenguaje”, antes de que se determinaran los elementos estructurales del conocimiento lingüístico.

Esta apertura que marca el surgimiento de una disciplina clave en el marco de las ciencias sociales y humanas requiere medir una secuencia de discontinuidades que se han sucedido desde que fuera percibida la especificidad de la “objetividad” lingüística, puesto que precisamente las contribuciones de Saussure solo constituyeron el comienzo para una mayor generalización del fenómeno de la comunicación. La disposición de esa realidad del lenguaje, que parece ubicarse históricamente a través del núcleo cerrado de la elaboración de la materia puramente lingüística, es decir, el conocimiento aparentemente cerrado de esta, logró dispersarse a medida que se recobraban los elementos articuladores de la estructura del lenguaje, porque lentamente acumulaban nociones novedosas que posibilitaban abrir otras perspectivas bastante sugestivas para la definición de este fenómeno. Ahora presenta un abanico de experiencias que permiten dar una dimensión de los umbrales en donde se ha situado hoy la creación de los procesos de comunicación en toda su amplitud. Ese cuerpo de rupturas, que se ha provocado en el conjunto de las disciplinas lingüísticas, presenta un panorama

difuso que parte precisamente de las propias conceptualizaciones de lingüística estructural<sup>1</sup> de acuerdo a los principios metodológicos sustentados por Saussure hasta los planteamientos más recientes propuestos por los creadores de la gramática generativa. Es esa amplitud de experiencias e hipótesis teóricas que hacen que las determinaciones modernas de las objetivaciones del lenguaje se hayan vuelto enrevesadas, pues ha permitido engranarse con otras disciplinas íntimamente vinculadas con el modelo original que dio origen a la especificidad del lenguaje en sentido estricto. Y ese desmontaje estructural ha inducido a descubrir la lectura del cuerpo de una lengua en su sistematización oposicional que dinamizan los elementos fonéticos, pero su valor cultural en sentido amplio se ha obtenido más bien a nivel semántico<sup>2</sup> general, al conectar la validación del hecho lingüístico con carácter más crítico en el ámbito totalizador de la creación. De allí la significativa importancia que actualmente han adquirido los estudios sobre las investigaciones semiológicas que permiten entrever los grados de penetración simbólica existente en una serialidad de formas culturales y dentro de las cuales su referencial definitivo reside en la propia realidad de la lengua<sup>3</sup>. Pues si el lenguaje expresa un eje directriz de las realizaciones

- 
- 1 El auge de la lingüística estructural que ayudó a promover la actualización del fenómeno del estructuralismo constituyó el punto de partida para iniciar el desarrollo de un cuestionamiento teórico radical que lentamente debía promover una revisión analítica bastante significativa dentro del contexto epistemológico en donde se situaba la diversidad de ciencias sociales y humanas.
  - 2 Este es uno de los problemas más cruciales que presenta en este momento la analítica del lenguaje, pues, aparentemente, pareciera ser que en los órdenes de los planos semánticos se encuentra la vertiente más elocuente del mensaje lingüístico; pero esta situación necesariamente debe concebirse conectada de manera intrínseca con las relaciones sintácticas, y es precisamente a través de esta perspectiva por donde se puede encontrar una revisión profunda a los postulados de Chomsky, cuando él intenta formalizar su metodología de carácter transformacional.
  - 3 Una de las observaciones más lúcidas realizadas en torno a la obra de Saussure reside en la crítica rigurosa hecha por Roland Barthes al ratificar

actuales de la civilización, este conocimiento estructural no puede en ningún momento situarse fuera de las cargas semióticas, y esto sucede porque la determinación de los niveles y planos de la comunicación semiológica se han proyectado a partir del conocimiento cada vez más riguroso de la estructura de la lengua. Las emisiones semióticas pueden ser concebidas como expresiones de representaciones y símbolos que en general conforman la complejidad del universo de la cultura, sobre todo después de haberse producido la difusión creciente y hasta artificiosa (creación en serie de tipo industrial) del capitalismo en su etapa de grandes aumentos de productividad. Pero estas transmisiones de signos responden a codificaciones ajustadas a la estructuralidad del lenguaje, pudiéndose de esta manera comprobar cómo el conocimiento particularizado del lenguaje, que se plantea a comienzos de siglo en su unicidad, comienza a hacerse cada vez más rico y complejo hasta rebasar esa conceptualización historicista de esta experiencia que promueve discusiones determinantes para la definición del fenómeno.

En cincuenta años hemos podido comprobar la insólita avanzada realizada por esta disciplina que incide, directa e indirectamente, cada vez con mayor relevancia en el desarrollo general de esta ciencia. La profusión de lenguajes, a medida que estos recobran el mundo, ratifica de manera dialéctica la preeminencia del acto lingüístico como columna vertebral en el desarrollo de la sociedad y en los procesos acelerados que actualmente promueven en forma vertiginosa la sociedad de consumo. Esto evidencia la situación de la investigación lingüística en un plano primordial, aunque privilegiado dado el desarrollo moderno de las sociedades a través de las cuales se observa el shock estruendoso que la irrupción desafiante del lenguaje ha promovido en los planos de la comunicación en toda una

---

que cada vez que se haga mención a los problemas de la comunicación, el referencial teórico ha de tener como eje la realidad concreta de la lengua. Así, este pensador ejecutaba una negación rotunda a las premisas de Saussure, quien consideraba la disciplina lingüística englobada dentro de las perspectivas de una ciencia semiológica futura.

dimensión verdaderamente planetaria. Este impacto, abiertamente universal, exige ser ubicado con gran detenimiento dentro de las condiciones históricas y naturales que especifican el ser mismo de las denominadas sociedades subdesarrolladas, para poder prescribir con precisión científica hasta qué punto el surgimiento real de la producción lingüística, en distintos campos de la vida social, puede permitir con cierta regularidad algunos aspectos reveladores de las situaciones de rezago donde se encuentran estos países. Ese conocimiento parte, principalmente, por el intento, como decíamos en párrafos anteriores, de crearse en la práctica un lenguaje casi único, a manera del esperanto, pero con la particularidad de ser manejado en forma de cliché o slogan (la funcionalidad de la palabra o frase que se instala cómodamente en el inconsciente) para fijar estereotipos claves que contribuyen a ratificar un conjunto de experiencias significativas y definitorias de la actual realidad industrial. En el caso de la dosificación del lenguaje, como fórmula magistral para propiciar el acomodo de la conciencia a perspectivas futuras, se da con una fuerza y una tenacidad obsesiva que promueve transformaciones psicológicas, trágicas en los comportamientos de la población, pero que en el caso de nuestros países no solamente se establece el hecho de mirar de diferentes formas la conciencia del hombre común, sino que también se destruyen paulatinamente formas de hablar o maneras de expresión que son genuinas recreadoras de los comportamientos y de la sensibilidad de los pueblos. Del mismo modo, mutilan, fracturan, mixtifican, escamotean y, finalmente, alienan con la novedad de expresiones ajustadas a terminologías para imponer una comunicación diferente que en cierto sentido termina por convertirlas en modelo universal. De esta manera, posibilitan dar muerte prácticamente a esas formas de hablas al descarriarlas de su identidad hasta cierto punto inédita de la cultura autóctona o, más bien en sentido general, de la cultura nacional. Quizás la gravedad del fenómeno se encuentra en que la ilusión óptica y sensual, conjugada por los medios de comunicación, es tan imponente y asediante, por el acoso de estos, que son vistos como vectores de

cultura en sentido global, al mover los resortes funcionales que hacen que ese lenguaje (imagen) aparezca completamente fresco. En esta forma se acumulan una serie de situaciones: visiones, frases, films, sexo, crímenes, juego, viajes, ficciones y realidades distintas, que se distribuyen en varios niveles para ser depositados frente a los ojos de los observadores y radioescuchas de estos países, y a la vez que desvirtúan y niegan su autenticidad cultural, promueven el establecimiento de un nuevo acervo muy artificioso generado por la maquinaria capitalista. Esa sobre-cultura impuesta con una persistencia insistente en busca de la promoción de un lenguaje tecnificado, muy bien seleccionado para diferentes tipos de público, presenta dentro del lenguaje gestual, mudo o abiertamente hablado, el filtro secreto que penetra hasta enmascarar las actitudes espontáneas de numerosas masas, ubicadas en diferentes geografías de continentes en donde encontramos sociedades definidas por su condición de subdesarrollo. Así, el lenguaje provoca el desgaste de la palabra hasta neutralizarla y hacerla objeto de uso, que pierde su trazo semántico para ir a formar parte de las innumerables expresiones repetitivas e idénticas, que desfilan para cumplir el mensaje, pero que caen dentro del cúmulo de frases muertas aunque diseñadas para despertar la avidez de los espectadores. Esa efervescencia de los lenguajes, que inundan a través de un cosmopolitismo civilizatorio las realidades marginales del subdesarrollo, se desplaza por canales directos de los medios de comunicación para hacer blancos con imágenes (lenguajes) en la sensibilidad de los telespectadores. En esa presencia insinuante del lenguaje que contribuye a silenciar las explosiones de crisis que corroen la existencia de millones de seres sepultados en ciudades-misericordias. Simultáneamente, con esa misión corrosiva del lenguaje, promovida por la acumulación desbordante de expresiones y representaciones, se encuentra un muestrario bastante sugestivo de palabras-objetos, estas sirven para llenar vacíos creados por la ausencia de obras arquitectónicas, monumentos, símbolos definitorios de la conciencia de esos pueblos (eso no significa la carencia de estos valores que no han sido recobrados, sino más bien

mixtificados y contaminados por la acción represiva de las altas culturas) que parecen hallar secuencias de acervos culturales, los cuales ponen en vigencia e instituyen los principios colonizadores de la sociedad occidental. Pero este es un vacío creador, mercantilizado por la actividad misma del lenguaje a través de la TV y recubierto por el auge estridente de la producción económica abierta a la ansiedad del mensaje que se proyecta en la oferta-demanda de la comunicación.

El lenguaje tiende cada vez más a identificarse con expresiones relacionadas con lo novedoso, porque la palabra casi siempre enuncia o rescata significaciones absolutamente minadas, desde el momento en que la dinámica de la lengua está recreando la densidad de la palabra hasta el instante de creaciones semánticas (fugaces pero ideológicamente ricas en representaciones que aparentemente semejaran acabadas de ser pronunciadas) e inéditas en cierto sentido. Pero a partir del fenómeno momentáneo del hecho lingüístico, su captura fugaz, fluidez y sensación bucal, que se encuentra disuelta entre los dientes, cae dentro del uso de su cotidianidad (la palabra absorbida por la palabra después de su repetición, incluso tautológica). De esta manera, desprende al lenguaje de su cobertura augural, pero esta particularidad está prescrita por el cariz violento que ha tomado aquel y en general la comunicación con relación al papel que desempeñan estos en el valor de uso de la palabra en el mercado de la cultura. Es esa estructura aparentemente postiza del lenguaje lo que ha contribuido a reflexionar y mirar a cierta distancia la economía semiótica de la producción lingüística. Y esto sin dejar de mencionar de pasada la reflexión estructuralista que ha permitido definir la configuración más o menos real en su organización y oposición fonológica en estos últimos veinte años, que en su ordenamiento sistemático ha requerido metodológicamente desarmarse en un engranaje epistemológico por la manera cómo articulan y disponen inteligentemente el fonema o el morfema. Componer un escenario que haga deseable el intercambio de términos que acosen, rehagan y disuelvan esas palabras constituye

precisamente el entrecruce de la publicidad y del mercadeo por los cuales se determinan a veces la invención forzosa. El pasto de la palabra parece cubrir el vacío que el video-tape debe llenar para cerrar felizmente el circuito de una atmósfera donde la mudez podría ser catastrófica. La imposición desafiante del lenguaje ha sido tan definitiva que ha contaminado los planos del silencio, los cuales ya son percibidos o sentidos simbólicamente y no como surtidores secretos recreadores de la palabra tallada que definen revelaciones reales para obtener mayor fuerza dentro de la atmósfera ciega de lo no pronunciado. Y esto ha indicado ya el trabajo insistente de imágenes, representaciones, slogan y figuras que han prescrito una manera o forma de pensar o decir las cosas, por lo que cualquier cierre de labios (absoluta mudez) puede determinar un significado denso, que incluso propicia la economía de la expresión y muerte de la comunicación sonora u oral. Ideológicamente este tipo de acto comporta un peligroso fin que persigue someter más subrepticamente al radioescucha o al televidente para solo conformarse con la mirada que parece insinuarse e indicarle el rico contenido de lo que no se pronuncia. Ese lenguaje gestual, lanzado a medias, se impone fragmentariamente, y a la vez que gana el interés de un gran público que aliena gravemente a los telespectadores, mutila finalmente y desvirtúa la cultura como vertiente colectiva de valores. De esta manera, se produce un extravío que para muchos corresponde a un proceso normal de la tecnificación, pero que en la realidad expresa el sometimiento y estrangulamiento de la palabra misma que ha sido vaciada, saqueada, para quedar sometida al empleo voluntarioso, pero al mismo tiempo deleznable del referencial lingüístico. Pierde su arraigo cultural y el peso semántico de su ser-palabra, para flotar a la deriva como despojo de otras palabras muertas. En relación directa con la realidad social y cultural de estos países del Tercer Mundo se comprueba cómo ese silencio del lenguaje se sobrepone en formas tradicionales. Esa experiencia se comprueba abiertamente al definir el grado de penetración de ese lenguaje-cultura en términos contundentes hasta marcar los límites del habla cotidiana. Pero sobre

ese hecho se desatan y quedan reducidos los términos, expresiones, imaginerías que recogen la identidad más o menos secular de lo que podríamos denominar cultura nacional. Por encima de todo el conjunto de experiencias, se encuentra la situación trágica creada por la lenta eliminación del lenguaje de nuestras culturas aborígenes (y de sus habitantes por supuesto) que han sido desplazadas, marginadas y destruidas por la arremetida feroz de la economía nacional-capitalista. La marginalidad de estas comunidades está precisamente muy vinculada en la actualidad a la problemática reciente suscitada en un grupo de estudiosos de las disciplinas antropológicas, que por intermedio del estudio del lenguaje se han percatado de una serie de situaciones cruciales al establecer el silencio y la muerte de toda una realidad lingüística de comunidades autóctonas. Arraigados quizás al suelo ancestral de sus formas de hablar, los indígenas se encuentran desterrados, extraviados en medio de una naturaleza cada vez más desmantelada por el arrase de los desplazamientos de carácter tecnológico, producidos con un ímpetu semejante al establecido en dimensiones distintas por la implantación de un lenguaje completamente extraño, destinado a pronunciarlo de manera forzosa. Y el asediante desarrollo de la civilización está profundamente vinculado con los enormes progresos logrados por el propio estudio del lenguaje que en relación con la influencia ejercida por los medios de comunicación parece determinar los límites posibles de la sociedad futura. En este sentido, el redescubrimiento del lenguaje en el umbral de la época moderna constituye uno de los logros más significativos y quizás más aterradores provocados por el auge creciente del capitalismo mundial, al proporcionar una verdadera clave que ha sido utilizada por la inteligencia del sistema para cumplir un control represivo sobre los diferentes sectores sociales de la humanidad post-industrial. Esta actualidad abierta del lenguaje, que a diario desborda las múltiples facetas y representaciones de la creación cultural, corresponde en parte a la profunda crisis que ha sacudido desde hace mucho tiempo la concepción diacrónica y hasta cierto punto metafísica de la lengua. La vigencia teórica de

la problemática de la lingüística expresa, dentro del contexto de las ciencias sociales y humanas, el surgimiento y validación de un conjunto de investigaciones eminentemente estructuralista que en los últimos diez años han contribuido con carácter polémico al desarrollo de la teoría social. Se puede evidenciar cómo se ha producido un ascenso vertiginoso de la significación específica de la lengua, lo que ha posibilitado definir y rescatar la noción de estructura hasta colocarla en el centro de la reflexión de las mencionadas disciplinas. Este acontecimiento encubre una doble vertiente por medio de la cual se percibe la irrupción de una conciencia crítica del lenguaje en base al papel que desempeñan las ciencias estructurales en la búsqueda aproximada del conocimiento objetivo. Estas han provocado a nivel epistemológico un profundo cuestionamiento de la idea tradicional de historia, confundida como punto de partida necesario para poder determinar las transformaciones teóricas y conceptuales del discurso científico.

En el otro extremo del campo restrictivo de las ciencias del hombre, se encuentra el sorprendente despliegue alcanzado por la “comunicación” en sentido general, pero también este fenómeno es resultado de la reciente sollicitation sémiologique<sup>4</sup> que cunde en todas las manifestaciones de la vida moderna. Y se descubre por doquier la presencia activa y creadora del lenguaje al revelar la influencia preponderante que mantiene sobre el condicionamiento diario del pensamiento común. Ese notable auge del lenguaje permite establecer el estrecho contacto que hoy existe entre comunicación y mundialidad, al determinarse el rasgo industrial de la producción de lenguajes que son cuidadosamente dosificados por los poderosos focos de los mass media.

En esa dimensión, el mensaje parece revelarse más seductor hasta llegar a convertirse en el medio que lentamente homogeniza y atrapa las regiones más oscuras de la conciencia. Ese estallido exorbitante de las palabras hace que el espectador multitudinario se extravíe en

---

4 Roland Barthes, *Le degré zéro de l'écriture*, Seuil, 1966, p. 7.

las infinitas imágenes, sensaciones, colores y toda una atmósfera singular que aparece recreada muy subrepticamente por un lenguaje sutil. Quizás no exista expresión más enajenante que la encarnada por la realidad misma de la lengua, representación desvirtuada que procura el abono de un terreno ideal en donde se establezca el libre sabotaje de la conciencia.

Esa deformación cotidiana del lenguaje se impone por el alto grado de comercialización presente en la utilización de la palabra, desde que vemos surgir a la muchacha rubia que ofrece jabones y cosméticos a los televidentes. Detrás de la apariencia formal del lenguaje hablado o escrito que más semeja ser expresión renovada de una estética reciente de la industria cultural, aparece oculto el sentido mercantilista que le caracteriza aunque disuelto inteligentemente en la atmósfera general que le sirve de ambiente. Así se instala como en un verdadero acto de magia algún objeto o cosa por el estilo ante la mirada fiel de los espectadores, mientras que una voz anónima profiere la hipnosis general. Cada vez que reaparece la instancia en que surge y se nombra el producto, se lleva a cabo el rito de la palabra que lo devela y consume; rasgar un papel, fumar un cigarrillo, abrir una cubierta, son instantes de ese clima ritual que propicia el deseo. Aditamentos y juegos secretos de un lenguaje que no se nombra de una sola vez, sino que se regodea hasta en los intersticios o porosidades de la pantalla. Sin embargo, un rasgo de la sociedad opulenta es aquel relacionado con la exterioridad de un lenguaje sofisticado que ni siquiera refiere en forma impositiva a un objeto particular; más bien ese empleo arbitrario y aparentemente negativo implica una nueva fórmula de despertar el gusto. Esto corresponde al lenguaje diabólico de la publicidad que ingenia la manera para que la gente cambie rápidamente muebles, automóviles, utensilios..., por la fijación de modelos ideales que se graban incluso en sentido informal. Además, ese lenguaje establece una especie de moda permanente que impone desde el último estilo de traje femenino diseñado en París, hasta el reciente best seller de la literatura norteamericana. Todo esto acompañado de una profesión incontenible de términos que llenan el espacio de la vida cotidiana

y que corresponde al cúmulo de productos que a cada momento invaden los innumerables mercados de consumo. Ese lenguaje-slogan, inscrito en etiquetas y rótulos, fulgura solo algunos segundos mientras dura la seducción del público, porque siempre existe otro en proyecto que será el sustituto y pasado ese tiempo caen en el inmenso almacén de frases y términos repetidos e idénticos que llenan los depósitos de las grandes metrópolis. Conjuntamente con ese deterioro de las palabras y cosas que se vuelven comunes dentro de los mecanismos de diaria competencia, se realiza el desuso y muerte del lenguaje que al principio se hace borroso como esos rótulos que pierden poco a poco el color, pero que lentamente va a quedar suplantado por una nueva fórmula creada para atraer la mirada del mismo espectador. Cada semana o mes se inventa “la última palabra” en materia de cosméticos y detergentes, con la cual se elabora un lenguaje técnico para el uso común que hace que millones de personas sometan los sentidos al fogueo permanente de la comunicación. De donde proviene finalmente un lenguaje-lenguaje, lenguaje-objeto, lenguaje-bagazo, que solo sobrevive el instante necesario para intimidar y constreñir la decisión tanto del obrero como del ama de casa. La constancia de la frase estereotipada y del cliché contribuye para que el espectador reciba a la larga la vieja mentira siempre renovada dentro de frases minadas de espontaneidad, pero a través de las cuales el sondeo psicológico funciona a la manera de una bomba de tiempo que estalla y corroe los planos más agudos de la sensibilidad.

La floración vertiginosa del lenguaje que se inicia durante esta segunda mitad del siglo veinte, después de haberse logrado una exploración sistemática de la forma lingüística en su raíz genética y estructural, significa también a nivel tecnológico la síntesis de múltiples y novedosos lenguajes que han sido procesados por intermedio de la codificación de una serie de índices, señales y signos que revelan, aunque a la vez opacan, la vida en sociedad. De este modo, se alcanza el ordenamiento del caos inmenso de palabras, imágenes, ruidos, gestos, textos, luces... (productos de la experiencia y derroche de una sociedad ostentosa) que atraviesa

de un extremo a otro las diferentes regiones del planeta. Al mismo tiempo, promulgan el control racional del lenguaje por el uso de esos signos que expresan en alguna medida una economía de la comunicación e institucionalizan el significado (cuando hablamos de signo en este texto no lo relacionamos en sentido estricto a la especificidad semiológica de la cultura, si se considera el hecho de que la comunicación en el seno de la sociedad se revela de forma exhaustiva por el empleo de ese vínculo constante, aunque ambiguo, del significante-significado-signo, según ha sido actualizado por toda una semiología moderna que va desde Charles Peirce hasta Julia Kristeva), también coercitivo de la cultura de masas. Ese rasgo inflacionario del signo como justamente lo señala Jacques Derrida<sup>5</sup> refleja la crisis profunda que ha subvertido el logos de la sociedad occidental. La cibernética, la teoría de la comunicación y la lingüística estructural han contribuido al desmantelamiento del lenguaje, concebido en términos tradicionales, al indicar los mecanismos internos y externos que lo mantenían inserto dentro de los cánones de una génesis primera, para después dejarlo a la deriva en presencia de su propia finitud. Disuelto el espejismo que siempre lo recobraría como algo más que una historia de la historia, el lenguaje parece enviar continuamente, por medio de sus cuantiosas figuras fragmentadas, a un presente precario que nombra en forma intermitente; y que al mismo tiempo cubre, bajo una capa de imágenes y verbos, un pasado cada vez más remoto. El lenguaje ha roto su nicho providencial en donde lo había recluso la historia para convertirse en asunto público a causa del estallido diario de la comunicación. Esa ruptura *pluridimensional* del lenguaje conduce a situar la dinámica de la vida en un tiempo mayor, más rico y sugestivo, que este tiempo presente que ahora nos desvela. Aquí reside el papel fabulante del lenguaje al poder abrir perspectivas inusitadas de un mundo ideal por el juego tramposo de imágenes y expresiones escritas, muy bien diseminadas para el nostálgico agrado del radioescucha o

---

5 Jacques Derrida, *De la gramatología*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

telespectador: “este es el viaje que usted necesita”, “esta casa puede ser suya”, “en pocos días usted puede cambiar de vida”, “usted es diferente”. Estas frases reviven el sueño de un presente que a la vez se asoma como posibilidad real de un mañana próximo, por el cruce secreto del *slogan* que invita a ser feliz a millones de seres, más allá de sus grandes miserias y fracasos. Después de suscitarse un corte radical en el contexto de la teoría lingüística, el lenguaje se ha instalado en su trazo exterior con el ritmo hormigueante de palabras que simultáneamente se destruyen bajo el peso voraz de otras palabras. Situado en el centro de este presente-presente desquiciante de la historia, el transeúnte cotidiano digiere el cúmulo de ilusiones entretejidas por las numerosas redes de figuras y términos que lo conducen a perder de vista “el contenido subjetivo de la memoria”<sup>6</sup> y puesto que como sugiere el escritor Norman Mailer “la historia del pasado se está haciendo saltar en pedazos en el presente”<sup>7</sup> bajo el alud envolvente de expresiones escritas o habladas que desarraigan la vida a lo largo del mundo. Esta irrupción avasallante del lenguaje apresura la urgencia de un presente-futuro, a la vez que sepulta los trozos del pasado en donde el hombre siempre se ha reconocido en su dimensión histórico-social. El fogueo incesante, al cual vivimos sometidos por los cuantiosos lenguajes y representaciones de la producción industrial de la sociedad capitalista, cada vez más bloquea la adquisición de una conciencia histórica.

La imposición represiva de la imagen-lenguaje en todo el campo de la sociedad industrial ha promovido el ordenamiento de la conciencia de los hombres a escala mundial, hasta tal punto que la objetivación de la realidad social se hace bastante transparente por la fuerza coercitiva que imponen los *postizos puentes de frases*. Esa concreción del mundo como un material aprehensible en sus diferentes, aunque relativas dimensiones “conscientes”, es resultado

---

6 Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1968, p. 118.

7 Norman Mailer, *Los ejercicios de la noche*, Editorial Grijalbo, México, 1969, p. 113.

de ese enrejado que a nivel de inmensas y profundas encrucijadas de discursos están subyacentes en los vericuetos de la vida cotidiana. La materialización de la vida capitalista ha sido definida en su represión monumental por la práctica social y dialéctica de la comunicación, que se va revelando al mismo tiempo que el discurso se descubre en su novedad de frase recién pronunciada, inscrita o etiquetada sobre bases resultantes de la construcción misma de ese universo. Así, el mundo ha alcanzado un conocimiento de su significado a través del desarrollo del lenguaje que desentierra la palabra, pero a la vez la refleja en su totalidad “aparente”. Esa cosmocomunicación que permanentemente está recorriendo de un extremo a otro del planeta como chispazo eléctrico, que atraviesa fronteras para conservar en constante vigilia a los habitantes, no solo en el interior de lo que podría ser el radio de actividad de nuestra humanidad, sino también dentro del *espionaje* de ese lenguaje que se ha vuelto espacial, al trasladarse por intermedio de satélites artificiales al mundo sideral. De allí, el sentido magnificante que tiene actualmente la comunicación que de manera vertiginosa y creciente valora en términos compulsivos la asediante riqueza de la sociedad de consumo. Pues, la facturación reciente de la comunicación entraña el arado de valoración que el capitalismo en la actualidad efectúa de sus producciones, las cuales son desplegadas bajo obsesivos *guiños* de avisos luminosos o tras el fogueo persistente de frases muy bien destiladas (pre-fabricadas) para drenar el inconsciente del peatón cotidiano. De este modo, se da la urgencia del lenguaje que se cosifica en la desenvoltura del objeto desnudo para fijar la rutina del hombre-TV o de la mujer-radio. El peso alienante envolvente, absorbente del lenguaje, ha hecho que el mundo aparezca cada vez inmerso más y más en un inmenso espacio, en donde la sociedad de consumo crea cosas para convertirlas en *objetos* que irían a rellenar con esos objetos-lenguajes o lenguajes-objetos, ciudades, metrópolis y megalópolis. Se ha determinado que el lenguaje recorta la realidad para nombrarla y marcarla con un diseño que la haga bien diferenciada frente a otros materiales, pero es tan enorme la profusión de esos productos

que a diario surgen hasta convertirlos en una masa casi amorfa de objetos, sub-objetos o pseudo-objetos, que prácticamente se vuelven anónimos al ser recubiertos por la acumulación de los mismos objetos. Es decir, hablar de la comunicación como expresión abierta de lenguajes, que giran en misión de mensajes sin referirlos para su objetivación final en la nominación de cosas y distribución de estos en diferentes mercados de consumo, posibilita una visión parcial del sentido y del acto de la comunicación. La referencia a los objetos en relación con sus características de colores, formas y diferentes expresiones que los revelan por la cobertura más o menos estetizante, permite que por intermedio de esta pudieran definirse de manera relativa en elementos conjugados dentro de cierta particularidad cultural. Por lo que de acuerdo a las experiencias de los creadores del op-art, pop-art, cinetismo, informalismo permiten construir *collages* de construcciones híbridas en donde han encontrado expresiones de un cierto arte de vanguardia en las últimas décadas, pero simultáneamente permiten encarnar el escenario de la “objetualización” en donde se encuentra encerrado el hombre en la actualidad. Formas arquitectónicas y, en general, creaciones que obtienen niveles de representación que van más allá de la invención diaria y casi homogénea de los objetos que describen relaciones neutras marcadas por secuencia de materiales repetitivos e idénticos, forjadas por la actualización de lo común (que por la moda se insinúa como algo diferente) para cotidianizar hasta la muerte la expectativa que una representación publicitaria pudiera despertar por esas cosas. En este plano, asistimos a la desecación ascendente de valoraciones generadas por una estética cernida por las altas culturas, sobre todo en lo referente a las formas artísticas desublimadas que significaron durante siglos expresiones consagratorias del buen gusto burgués, para contemplar la desmitificación de esos cargamentos fabulosos de formas y significados por la penetración persuasiva del tráfico mercantilista en el campo del arte. La belleza se ha disuelto dentro de la contaminación *real* desatada por el goce lucrativo del dinero, el cual de acuerdo a la ideología del capitalismo en su significado

ideal rompe con la seducción gratuita del acto “contemplativo”, cuyo máximo grado de deificación se alcanzó con las veleidades de un romanticismo decadente. En esta panorámica, no se puede negar que el significado del arte ha descendido a “cualidades” estéticas bastante cuestionables, al cortarse de manera violenta el cordón umbilical de toda una experiencia histórica creadora, que si bien ha permanecido imbuida por las realizaciones del sistema capitalista, en este momento presenta la concreción abierta del objeto-valor de cambio en su pura y sonante moneda de mercadeo de galerías y museos.

El lenguaje es la representación más ancestral y fecunda de la cultura en sentido antropológico genético-estructural, y más cuando se trata de registrar en áreas de culturas aborígenes donde la fuerza del lenguaje detecta los enclaves escondidos de un cultura *ciega*. Por esta misma vertiente podrían situarse las armaduras de mosaicos de hablas o lenguajes que se registran en los países del Tercer Mundo. Sin tomar en cuenta directamente el arma que constituyó y constituye desde que se inició la usurpación colonialista de estas redes sociales, como es el caso de la barrera que significó para los invasores la mudez intraducible de grupos indígenas quienes usaron además de los instrumentos de guerra, la propia palabra para combatir la presencia del civilizador-colonizador. Pero al mismo tiempo el lenguaje fue un refugio “transitorio” para los indígenas, al imponerles un habla común que como *camisa* de fuerza contribuyó a la perforación gradual e histórica en la conciencia de estos de las premisas culturales de una civilización. Esta trágica experiencia que se fue ampliando a medida que la dominación lograba un mayor radio de acción sobre millares de comunidades, no solamente a causa de la presencia de España y Portugal, sino también por las contiendas que se entablaron entre otras potencias colonizadoras como Inglaterra y Estados Unidos, cuyas disputas dejaron una marca voraz en las coseduras y hechuras de lenguajes desperdigados todavía en una mitología oscura que aún guarda insospechables riquezas culturales. Sin perder de vista el pillaje de la empresa colonialista durante cuatro siglos, existe hoy

dentro de los países de América Latina –por ejemplo– la influencia preponderante de la nueva lengua del civilizador: el inglés, que en base a expresiones y juego de imágenes condicionan muy minuciosamente la mentalidad del hombre común. Este lenguaje está presente en la boca de todos en el momento en que comemos *Corn Flakes*, tomamos Coca Cola o respondemos con un apresurado *okee*, expresiones y actos que se han colado sutilmente entre las dentaduras de los habitantes de los países subdesarrollados con gran certidumbre. Asistimos a las pérdidas más notables de nuestras hablas más auténticas y a la dominación estimulada e instituida por la sociedad de consumo de un lenguaje estandarizado. Lenguaje que se impone en términos radicales, con la fuerza policial y obsesiva de una moda para romper la repetición cultural de palabras (hay que ser diferente incluso a nivel de lenguajes porque eso es señal de prestigio), que son formadoras y reafirmadoras de nuestra identidad primaria, existencial.

El estatus de la cultura actual parece proyectarse artificialmente por las armazones postizas de elaboraciones industriales que conforman una red de construcciones monumentales en todos los sentidos de las transformaciones crecientes que ocurren en los diversos órdenes de la existencia social, en base a los diseños del nivel de percepción de la propia realidad material. Experimentan, por el corte inteligente del lenguaje, la capacidad creadora y penetrante que se ha realizado en los reductos más sombríos de la conciencia, al canalizar muy sutilmente el destino de la humanidad, puesto que el ojo de la palabra asoma el rumbo por seguir dentro de los delineamientos imaginados por las creaciones de la producción industrial. Esta extrema vigilancia del lenguaje establece la perspectiva ideal para colocar el tramo o escalón en la prosecución de rupturas y fronteras hechas con la finalidad de instalar un lenguaje casi automático de preguntas-respuestas. Y esto corresponde a uno de los acontecimientos más dramáticos hacia donde se encamina la civilización a medida que el lenguaje construye los mecanismos requeridos (cibernética, teoría de la comunicación, electrónica, informática) para atender a la unicidad que se vincula con las promulgaciones críticas de

la unidimensionalidad del universo cerrado del lenguaje descrito por Marcuse. La ruptura del lenguaje condiciona expectativas que perforan lo inédito de la realidad imaginaria, o todavía no aprehensible en el plano mismo del conocimiento. Y es como si lentamente surgieran los pasadizos por donde debe insinuarse el devenir<sup>8</sup>, aunque sin poder olvidar en ningún momento la estrecha y férrea conjugación que se crea entre las campañas de publicidad mercantilista y la excavación paciente del lenguaje-lenguaje. Por esta situación se puede deducir la elaboración de una nueva cultura por la coraza artificiosa, pero eminentemente definitoria del lenguaje que se instala paulatinamente como caparazones de verdades que se van sedimentando hasta delimitar una proyección de la propia realidad circundante que parece abrir dimensiones absolutamente recientes o acabadas de descubrir, para las miradas asediadas de los observadores de vitrinas y medios de comunicación. La espesura de ese lenguaje, que desborda todos los campos posibles de la realidad real, incita a fijar la atención hacia fronteras no muy perceptibles, pero a la vez detectadas por el rastreo insistente que la palabra abarca con su aprovisionamiento de imágenes y sensaciones que la hacen destellar en todas direcciones. De cualquier manera: si se rompe el espesor superficial dentro del cual aparecen depositadas las palabras, encontramos primero la funcionalidad concreta que el lenguaje estrena para la construcción de planos de realidad, al desentrañar la raíz desierta del vocablo que no se encuentra intrínsecamente aferrada al contexto cultural que desea definir, porque se ha realizado sin haber entablado muy estrechamente ataduras inextricables que solo podrían ser determinadas por cerradas raigambres de acervos culturales. La profusión de lenguajes, que actualmente presenciamos en todos los sectores públicos en donde se desarrollan los procesos dinámicos de la existencia social y cultural, refleja actos dispersos de esa creación creciente, bastante fragmentaria y efímera que ha impregnado vastos sectores de la civilización del consumo. Las aristas

---

8 Con esto se desmantela la armadura circunstancial y efímera de un lenguaje estatuido a fuerza de imágenes.

creadoras abiertas por el lenguaje proyectan la ilación que ha indicado la sombra insinuante del futuro, la cual aparece distante; aunque si comprobamos la armazón gigantesca de acontecimientos, hechos y realidades de diferentes tipos que se estructuran o fabrican, se puede determinar cómo el *shock* de ese futuro imaginario se disuelve en los pasajes muy concretos tramados por el presente. El futuro hipotético se disuelve porque el peso magistral y contundente del lenguaje para anularlo es tan evidente que obviamente se está forjando en base a la edificación poderosa de mecanismos tecnológicos que logran articular evidentemente presente y futuro. La aprehensión del devenir de un lenguaje que está signado por fórmulas y terminologías que ya presentan el espectro probable de esas realidades<sup>9</sup>, cuyos perfiles se perciben casi con absoluta precisión. Y esa computación de los acontecimientos futuros tienen su validez en el dominio casi perfecto de los resortes fundamentales que mueven la maquinaria de la industrialización, hallando en el lenguaje verdaderos oráculos que proferen los procesos y tránsitos que deben ocurrir en la acumulación histórica de la certidumbre de ese devenir. En definitiva, el lenguaje ha logrado explorar la palabra en su más íntima raigambre, con lo cual ha permitido conocerse en su ordenamiento más cerrado para obtener de esa manera el conocimiento pleno del cuerpo sistemático de la lengua. Además, esta arqueología escrutadora del lenguaje puede revelar en diferentes campos de la conciencia una posibilidad cada vez mayor por la sedimentación de series de conocimientos situados en distintos marcos conceptuales de las ciencias sociales y naturales que ayudan a hacer más inteligibles las expectativas tanto reales como imaginarias que entreabren las compuertas del mundo venidero. Si el prestigio obtenido por los estudiosos del lenguaje ha involucrado el desplazamiento de la lingüística hasta situarla como disciplina básica para la comprensión del conocimiento científico en el tránsito de las cinco últimas décadas, debe indicarse que también

---

9 Esto se debe al surgimiento de la moda estructuralista que trata de englobar las manifestaciones más complejas y peculiares que definen los diferentes niveles, a través de los cuales se proyecta la realidad social y cultural.

ha habido especulaciones y análisis de los fenómenos de la sociedad y de la propia naturaleza humana.

De allí que sea necesario hacer descender del pedestal consagratorio en donde se había situado la lingüística para colocarla dentro de la relatividad gradual que le corresponde en el universo dimensional de la cultura. Se puede explicar el predominio del análisis lingüístico después de los hallazgos obtenidos por Saussure, porque en verdad representaron un sensible descubrimiento que desarticulaba una continuidad de secuencias conceptuales e históricas que habían regido el horizonte de la lengua durante mucho tiempo. Y el estructuralismo, precisamente en base a estas experiencias, se apresura de manera enfática para dejar sentada la validez absoluta y determinante de las investigaciones hechas en torno a los problemas del lenguaje. Quizá se obtuvo uno de los principios bastante rigurosos al situar la lingüística en el centro crítico de las demás ciencias sociales y humanas por su codificación estructural.

La palabra se enajena y cae seducida por la propia palabra, como si el lenguaje comenzara a ejercer un poder de atracción tan insinuante que ha contribuido a desplazar el interés por otras disciplinas, para instalarse sólidamente fiel a sí misma, revelando –a través de seres que se hablan– su identidad consciente e inconsciente. Este hecho fue también manejado por los medios de comunicación que hallaron en el lenguaje el meollo propicio para pasar de contrabando secuencias de fenómenos conectados en diferentes aspectos de la vida en general. Sin embargo, esa transmisión de mensajes contaba particularmente con la personificación o exaltación de la palabra en sí que obtenía la deificación necesaria para transformarse por momentos en un lenguaje diferente al común. El auge del estructuralismo ha comenzado a perder esa prioridad cultural recibida con gran escándalo en Europa hasta llegar a hablarse más bien de un post-estructuralismo según lo ha señalado por Henri Lefebvre en su

libro: *Au delà du structuralisme*<sup>10</sup>, como si la moda impuesta por el estructuralismo hubiese culminado en poquísimos tiempo, mientras se preparaban (a veces apresuradamente) y vendían libros, folletos, revistas y materiales diversos relacionados con estos trabajos. Esto implica que ahora más que nunca frente al caos, creador de tesis, ideas, racionalizaciones que definen las configuraciones teóricas de las ciencias sociales y humanas, se hace necesario cumplir análisis fríos que permitan desmitificar el término “estructuralismo”, saturado por connotaciones confusas. Por una parte, este conjunto de singulares experiencias emergen por intermedio de las proposiciones de algunos pensadores como si estuvieran en el umbral inmediato de un conocimiento absoluto; no obstante, no todos los seguidores de las premisas estructuralistas llegaron a asumir posiciones tan extremadamente dogmáticas al considerar (el estructuralismo) como modelo único por seguir<sup>11</sup>. Y en otra perspectiva aparecen los grandes cuestionadores del estructuralismo que han arremetido en los últimos cinco años de manera frontal contra las pretensiones totalizadoras de estas concepciones que a fin de cuentas no representan más que (según algunos de sus más calificados críticos) el último asalto cometido por la burguesía para mantener su estatus económico. Creemos que es importante llevar a cabo, después de diez años de abundante producción sobre este fenómeno generado en forma continua, el establecimiento de observaciones más objetivas que

---

10 Henri Lefebvre, *Au delà du structuralisme*, Editions Anthropos, París, 1971.

11 Con todas las críticas realizadas contra el método estructuralista, cuya difusión se ha debido a la compleja obra del antropólogo Claude Lévi-Strauss, aun cuando se le ha considerado una respuesta eminentemente ideológica elaborada para vigenciar la realidad histórica de la sociedad actual (y conscientes como estamos de la validez de algunos de esos planteamientos), consideramos que la experiencia de este movimiento, que tiene su apoyatura metodológica en la emergencia de la disciplina lingüística, la cual ha posibilitado la iniciación de un cuestionamiento fundamental para esta disciplina y para las otras, situadas dentro del cuadro epistemológico de las ciencias sociales y humanas, exige una cuidadosa revisión para poder medir sus significativas contribuciones.

permitan situar esta experiencia dentro de la relatividad que estos trabajos exigen para alcanzar una síntesis más prudencial en la estimación de estos conocimientos. Esa extremada valoración que se ha estipulado con las exploraciones de los procesos creadores de la lingüística ha permitido últimamente promover el deslinde de niveles como lo han agenciado en términos categóricos algunos pensadores de esta disciplina. Quizás la personalidad más significativa que ha aparecido con formulaciones críticas dentro del campo heurístico de la lingüística sea el norteamericano Noam Chomsky con las producciones elaboradas en el laboratorio de trabajo en la Universidad de Massachusetts. Es bueno mencionar que esos intentos por descifrar la complejidad sistemática de la lengua, al ser determinada por una estructura que sintetiza la experiencia elaborada por la lingüística en los últimos veinte años, basada esta en los soportes metodológicos de Saussure, unidos a los aportes de la Escuela Fonológica de Praga influenciada por Jakobson y Trubetzkoy, hizo que el surgimiento de la lingüística transformacional de Chomsky se convirtiera en un punto de referencia que sirviera para ubicar de manera crítica el estado actual de esta ciencia post-saussureana a partir del legado afirmativo o cuestionable del pensamiento estructuralista. Tampoco se puede obviar cómo las particulares observaciones de Chomsky parten de una reflexión eje, centrada en lo que quizás puede considerarse su obra cumbre: *Lingüística cartesiana*, a través de la cual recobra una serie de nociones, conceptualizaciones y metodologías que habían permanecido relegadas después del surgimiento excepcional de los estudios inmediatamente pre-estructuralistas de comienzos de siglo. Y además él ha construido rigurosamente un complejo de observaciones pertinentes y bastante sugestivas frente a la posición magistral que ha asumido el conocimiento de la lengua con respecto a la problemática crucial de la naturaleza misma del lenguaje. Esa concepción de los trabajos de Chomsky para abordar una revisión a fondo de la lingüística moderna está relacionada simultáneamente con los estudios y enfoques realizados por filólogos, filósofos y

lingüistas desde el siglo XVII hasta Lévi-Strauss. Significativa es la obra de Noam Chomsky porque permite parcialmente “cerrar” (que en realidad no es más que abrir perspectivas prometedoras) una serie de pre-nociones y nociones que se han ido perfilando a través de un proceso heurístico destinado a la conformación de una teoría lingüística. El escenario dentro del cual se habían formado notables análisis, que nucleaban posibles nudos de conocimientos de esta ciencia en cuestión, presenta la compleja dificultad de cómo ese pretendido “corpus” es una idea forzada para intentar aprehender a como dé lugar la difusa realidad de la lengua, considerada como una totalidad. Cuando se pensaba, desde Saussure, que se había realizado la captura del conocimiento lingüístico en su especificidad estructural, solamente se estaban sentando apoyaturas epistemológicas y metodológicas que irían a esbozar los futuros contornos sobre los cuales se sistematizarían los postulados científicos de una concepción aproximada de la lengua dentro del contexto de esa globalidad. Y esa experiencia histórica, que se ha ido repitiendo con los supuestos teóricos, de cortes sincrónicos revelados a nivel de otras ciencias, tanto sociales como naturales, ha encontrado en la lingüística quizás el estallido embrionario de un *imbroglio* crítico en su expresión más radical. Sin dejar de referir algo ya asomado brevemente en párrafos anteriores, relacionado con los conceptos de lenguaje y lengua que históricamente apuntalan el determinismo culturalista y racionalista, que después va señalando el logocentrismo occidental<sup>12</sup>, se observa que al provocarse las desconexiones de los nudos bien atados de la nervadura lingüística, esta haya volado hecha pedazos por los necesarios

---

12 La lingüística ha servido de umbral para el reconocimiento más vasto de los complejos niveles en donde se articulan los embriones conceptuales de las significaciones de la creatividad cultural, esa dimensión insinuada con el conocimiento del lenguaje ha sido especificada desde el reconocimiento antropológico de este, como retículo fundamental de la cultura, hasta la profusión enajenante de redes de significantes que desplazan la comunicación de referencias artificiales, aunque por eso no dejan de encontrarse vinculadas a experiencias de subculturas o a niveles de la cultura en su sentido amplio.

y obsesivos registros de esa materia que se desdobra, enriquece o desplaza por las mismas exploraciones generadas hacia áreas cercanas como la teoría de la comunicación, la informática, la cibernética, que a fin de cuentas conforman (en cierto sentido) productos de la autopsia de la lengua. Por eso, en la actualidad, las múltiples facetas que presenta la problemática lingüística es un reflejo de la crisis de esta disciplina, pero tampoco puede inducirnos a pensar por esta plataforma teórica en la idea especulativa de una metaciencia (metalenguaje), pues las quebraduras de esos elementos fijadores de núcleos matrices delineadores de tesis o teorías encuentran su meollo fundamental en las actuales disyuntivas conflictuales de la propia sociedad. Para continuar valorando los planteamientos cuestionadores y renovadores de la creación lingüística acometidos por Chomsky, percibimos que este pensador, quizás único en la historia de la lingüística de las últimas décadas, logró una toma de posiciones bien definidas frente a una cierta metafísica de esta disciplina concebida durante largos siglos, conjugándola valientemente con situaciones dramáticas que en este momento desgarran a millones de hombres en el mundo. Y esto último es muy importante (con lo cual no deseamos justificar ni acuñarle más fuerza al pensamiento de Chomsky) porque la imagen que más o menos se ha tenido del lingüista que utiliza términos de lengua o lenguaje con dimensiones de microscopios para obtener una codificación exhaustiva de esa problemática, es que descuidaba muchas veces que esas experiencias debían ser vivificadas por un contenido profundamente humano.

En este caso, la lección de Chomsky ha sido ejemplarizante, pues se ha convertido en uno de los abanderados denunciantes de la guerra eco-etno-genocida perpetrada por los Estados Unidos en Vietnam. Junto a ese compromiso asumido a plenitud por el lingüista norteamericano, se une una crítica acerba a múltiples intelectuales norteamericanos que especialmente en complicidad con los gobiernos de turno han servido de baluartes ideológicos del imperialismo. Una lectura fecunda del pensamiento de este autor implica vincular sus investigaciones sobre la naturaleza del lenguaje

con las proposiciones de una vanguardia crítica que se perfila en Norteamérica por intermedio de un grupo de pensadores, quienes han tomado conciencia del necesario papel que deben asumir en las transformaciones sociales que se procesan en su país. Precisamente, en 1969, la revista inglesa *New Left Review* publicó una entrevista hecha a Chomsky titulada “*Linguistic and Politics*”, en donde se efectúa una indagación de los trabajos sobre la problemática del lenguaje cumplidos por este y la actitud que ha asumido en relación con sus declaraciones antibélicas expresadas en actos públicos y en libros o artículos para la prensa. Dentro del conjunto de preguntas, formuladas en cuanto a las posibles relaciones entre su actividad política y su creación como científico, señalaba:

Las ideas políticas y las ideas científicas pueden converger y si, aun siendo independientes se conjugan, es porque se desarrollan en la misma dirección, magnífico. Pero no deben forzarlas a que coincidan en detrimento de una desfiguración y paralización, o algo parecido.

Pero es en su libro traducido al español con el nombre de: *Responsabilidad de los intelectuales* en donde se percibe con más abundancia de ideas los propósitos políticos del lingüista de la gramática generativa en cuanto a la crisis que conmueve la vida del pueblo norteamericano cuando dice:

Tal como están ahora las cosas, parece difícil que la resistencia vietnamita venga abajo. Los Estados Unidos parecen incapaces de reunir la fuerza militar necesaria para aplastar esta resistencia y garantizar la dominación del gobierno y las instituciones que nosotros hemos decidido que son las apropiadas. (Editorial Ariel, p. 8).

Incluso insistimos en un hecho casi paradójico del lingüista que ha desatado un cambio muy particularizado en la concepción eminentemente estructuralista de la ciencia del lenguaje que se había mantenido hasta ese momento en el cuadro de una reflexión crítica, cuya experiencia se proyectaba desde Saussure, Jacobson, Pierce, Barthes, Tullio de Mauro, Benveniste... hasta las observaciones

pertinentes ejercidas por Derrida o Baudrillard, por ejemplo, para enjuiciar en términos contundentes la política neo-fascista del gobierno norteamericano, Chomsky remueve y profundiza una mala conciencia que estaba enterrada en millares de intelectuales norteamericanos en conexión con la corresponsabilidad de los acontecimientos bélicos desencadenados por los Estados Unidos en lo que va de siglo. El grado más álgido de este cuestionamiento se ha obtenido con la trágica guerra de Vietnam, a causa de las oleadas de masacres que son tan evidentes, las cuales expresan oficiales actos genocidas que norman el Imperio. La cruenta historia de esos continuos baños de sangre se encuentra explicada con más detenimiento en un libro titulado: *At War with Asia*, que es un meticuloso recuento de los procesos que han conducido a las producciones de guerras periódicas con la finalidad de precisar una dominación estratégica de Indochina por parte de los Estados Unidos, pero que en general responden, según Chomsky, a una continuidad de fracasos guerreristas que durante muchas décadas el colonialismo ha emprendido para conquistar numerosos pueblos asiáticos. Por el academicismo teórico, que ha caracterizado los valores canónicos de la ciencia lingüística, era importante engranar los estudios de Chomsky con la experiencia personal de su vida, por haber introducido en el plano de esta disciplina innovaciones hipotéticas de gran contenido polémico. Noam Chomsky comienza a formular sus críticas a las modernas investigaciones metodológicas de la lingüística y entre otras a las elaboradas por los estructuralistas. Pero la reformulación de las observaciones fundamentales de este pensador para intentar explicar los procesos de adquisición y puesta en práctica del lenguaje requiere definir una estructura cognoscitiva cristalizada por las experiencias de los primeros años de la infancia. Esta sistemática, que encierra lo que Chomsky denomina la *competencia lingüística*, fija las bases de los comportamientos y aptitudes de los individuos, aunque nunca establecidas por el resultado de relaciones asociativas simples. Y quizás la importancia del término resida en que, de acuerdo con el lingüista americano, este tipo de elaboraciones o construcciones

claves en la dimensión de lo psico-fisiológico, determinadas metodológicamente, han de corresponder a puntos de partida básicos que niegan las definiciones taxonómicas características hasta hace poco tiempo de trabajos lingüísticos formales. El punto crítico de esta reflexión está centrado en el significado de las descripciones que traducirían el pretendido carácter dado a la competencia, puesto que la dinámica que mueve los engranajes mentales en sus manifestaciones psicológicas “son cualitativamente distintos de los complejos retículos y estructuras que pueden desarrollarse mediante la elaboración de los conceptos que parecían tan prometedores a muchos científicos apenas hace algunos años”<sup>13</sup>. Con ello certifica Chomsky cierto aventurerismo científico, al pretender creer que por el solo hecho de poseer un instrumental y una serie de técnicas se estaba en el pórtico de hallazgos sorprendentes, en cuanto al empleo y sentido de la naturaleza del lenguaje. Esta observación es denunciativa por el cuadro mismo de una pretendida y correlativa vinculación del desarrollo de la civilización a nivel tecnológico y de conceptualizaciones teóricas que fomentan las perspectivas de ese progreso dentro de las concepciones de una avanzada creciente hacia un conocimiento más acabado de la sociedad. Esta reflexión entronca, además, con una visión que Chomsky, lleva a fondo en los postulados de una nueva lingüística, al determinar la necesidad de rescatar críticamente lo que en parte ha constituido toda una disciplina de corte clásico que fue opacada y absorbida violentamente por las certidumbres más o menos objetivables de las búsquedas de esta ciencia en décadas recientes. No obstante, sitúa la posibilidad de iniciar el cuestionamiento de la construcción de esa ciencia en el siglo XVII, en donde la problemática moderna, fundada sobre el significado de los autómatas, ya se había sugerido en su progresión científica a medida que se tomaba conciencia del avance de las posibilidades históricas del conocimiento humano. Esta oportuna revisión de Chomsky devela el problema al ubicarlo en el eje de la

---

13 Lenguaje y entendimiento, Editorial Seix Barral.

reflexión cartesiana, que precisaba ya para aquella época el entrecruce conceptual entre la capacidad y la intuición para hacer inteligible una serie de referencias teóricas, provocados por la capacidad potencial del lenguaje en su práctica creadora. Esta aplicabilidad del caso de la percepción lingüística respondía a la concepción de los cartesianos en su relación con el análisis científico de la materia, pero a la vez proyectaba las dificultades que tropezaban con estas formulaciones que tendían hacia una explicación del uso normal del lenguaje. De acuerdo a los puntos de vista de Descartes, que manifestaba la imposibilidad de captar en esencia la problemática del lenguaje, según observaciones mecanicistas utilizadas en la concepción empírica de otras ciencias, es por lo que Chomsky, aprovechando las proposiciones de este y de sus seguidores, intentará una alternativa en un principio profundamente inédito basado en la elaboración de una sustancia diferente. La validez conceptual y metodológica de esta premisa se autentifica en la probabilidad de referir la capacidad creadora del lenguaje, que permite marcar su especificidad *generativa* en el nivel más radicalmente antropológico, con la creencia de poder definir al hombre a través del lenguaje como productor de ideas nuevas. Por esto, la particularidad relevante de la creatividad del lenguaje en ningún momento puede ser traspuesta por las realizaciones de los autómatas, que parecieran detectar intrínsecamente los mecanismos oscuros que tipifican el sentido de la profusión lingüística, al tratar de penetrar en el entendimiento de los procesos gestadores del habla. Este fenómeno radica en la base definitoria de la lingüística de Chomsky, al elaborar epistemológicamente un marco teórico que posibilita profundizar en la cualidad *sui generis* inherente a la realidad al producir esta sus propias conceptualizaciones. Esto es debido a la particularidad de la dinámica de la lengua que expresa la reacción creadora, dada en la práctica del lenguaje, como un dispositivo propio del pensamiento frente a la emergencia de la realidad social.

Las agudas imbricaciones que presenta la penetración cognoscitiva del lenguaje implica una tarea difícil para los especialistas de esta

materia, pues difícilmente exista una disciplina que, por la ampliación del escenario teórico al cual se encontraba tradicionalmente referido, haya sufrido una bifurcación tan exhaustiva en sus fundamentaciones generales que pudiera determinar un congestionamiento de su identidad epistemológica hasta llegar a condicionar la apertura de vertientes de conocimientos bastante densos en el entrecruzamiento de las ciencias sociales y humanas. La pérdida de esos delineamientos más o menos discernibles de la realidad de la lengua en la práctica ha ocurrido hace muy poco tiempo con la intromisión e imposición de irrupciones violentas de lenguajes significativos o más específicamente comunicativos que promueven juegos artificiosos dentro del espectáculo permanente de la sociedad ostentosa. Esa explosión de lenguajes abrió progresiones creadoras para la incubación misma de la palabra, que se encontró libre en su desplazamiento semántico a través de invenciones de espacios recreadores de vivencias novedosas para las multitudes. Esta atmósfera idealizada de los lenguajes-objetos respondía a una fragmentación de una pretendida cobertura de la unidad lingüística, que parecía captarse en los ordenamientos sistemáticos de observaciones hechas en torno a la férula más raigal del lenguaje desde que comienza a ser desmantelado en su significado más profundamente estructural. Si esto acontecía en la interioridad de una cierta lingüística, que se encontraba presionada por descubrimientos teóricos-metodológicos de postulados que, partiendo de algunos elementos embrionarios de la comunicación, se proyectaban para instalar las premisas de nuevas disciplinas, casi simultáneamente en la exterioridad de la vida cotidiana, la mitificación de la modernidad era estatuida por un lenguaje espectacular. Y es eso lo que hemos querido escenificar usando los propios materiales de vertientes semánticas extraídos del mineral lingüístico, monando la frase desde su reducto semiótico para desencajarla y verla estallar hecha vocablo, palabra o secreta mudez, indicadora de soterrados e imaginarios cauces de comunicaciones semánticas (ideológicas) donde se encuentra inserta dentro de los acomodados y arreglos subrepticios, colocados por el enrejado de lenguajes dispuestos para crear ese ir y venir entre los *Carrefours* de grandes metrópolis que testifican el furor

y la seducción de esta civilización enajenante. Muerta por momentos la intermitencia de la palabra, se desciende al espacio medular del lenguaje para medirla en su instancia embrionaria, como es todo el contexto que ocupa la dimensión de cualquier acto comunicativo en su expresión más plenaria e irrisoria. Esta es la instancia ideal para afrontar el problema en este momento bastante escabroso de la vigencia de una ciencia semiológica independiente, producida por la irreductibilidad del código expresivo en su organización técnica en la que se le da crédito dentro de la complejidad de la situación a la abundante red de comunicaciones que encuentran su fijación en los planos de sistemas puramente lingüísticos. El término semiología ya fue inserto en el contexto heurístico de la obra de Ferdinand de Saussure como una ciencia englobadora de un conjunto de conocimientos que con el tiempo podrían ser mejor definidos por una práctica teórica que implicaría en sus codificaciones una definición más lineal del futuro concepto generalizador. Durante medio siglo se mantuvo la noción de semiología dentro de una posibilidad que resultaba menos especulativa en la medida en que el pensamiento de Saussure era concretizado por las interpretaciones críticas de sus fragmentarios trabajos. En los últimos quince años, las experiencias relacionadas con la demarcación del conocimiento semiológico han cumplido un desarrollo elocuente que parece ratificar la profecía como lo había indicado el formulador de la expresión a comienzos de siglo. Las progresiones semióticas lentas en un comienzo y muy fecundas hoy con las avanzadas estructuralistas, que han ayudado a una captura radical del signo en su interioridad, dieron una apoyatura sólida para los reconocimientos de este en sus desplazamientos de índices, señales y códigos. Pero esta facturación resultante de una semiótica parece desplazarse por la fuerza misma de sus imágenes que construyen el juego del mundo en las instancias nodales de las comunicaciones lingüísticas, con lo cual desembocamos en el terreno de los cuestionamientos cruciales de esta ciencia en la actualidad. Quizás sea Georges Mounin quien ha insistido con más vehemencia, últimamente, en vindicar por las producciones prácticas de lenguajes hacia la verificación de la moderna conceptualización

de la semiología. Este enjuiciamiento teórico lo recoge en su libro: *Introducción a la semiología* (Editorial Anagrama, 1972), que reúne una serie de textos publicados en diferentes años dentro de los cuales revisa la diversificada situación que presenta el fenómeno de la comunicación con lo paradójico y ambiguo que pudiera resultar la expresión. Para él hay que partir realizando un inventario cuidadoso de la heterogeneidad de nominaciones que encierran de manera confusa la primacía de nociones que dificultan el entendimiento del acto semiótico. Considera Mounin que la semiología ha alcanzado ya el peldaño que toda axiología científica acuerda a una disciplina después de establecer críticamente progresiones parciales, delineadoras de proyectos de modelos por realizar. Ese ajuste de cuentas con las elaboraciones semiológicas exige precisar bien qué se entiende en definitiva por el sentido más o menos neto de esos referenciales, puesto que pareciera eximirse de otras connotaciones, cuando se utiliza lo semiótico como expresión general de todo sistema de comunicación. Esta definición involucra la idea de distanciar las terminologías para reducir las especulaciones capciosas que el manejo de lenguajes propician con el riesgo de fomentar la confusión. Mounin aclara que así

se opondrá, por razones teóricas y metodológicas, a los intentos de aplicar, quizás un poco miméticamente, sus operaciones a toda clase de objetos, sin que se haya demostrado previamente que lo que se estudia sea un tipo de comunicación, sino solamente un conjunto de hechos significativos. (*Introducción a la semiología*, p. 8).

La reafirmación de esa instancia semiológica, que de acuerdo a Mounin estaba solo implícita en el *Curso de Lingüística General*, se estabiliza ahora con más rigor por la verificación cotidiana de esos subsistemas registrados por códigos, los cuales operativizan en su ciclo cerrado la acción del mensaje. Esta línea de pensamiento contradice directamente la observación de Barthes que hemos anotado en páginas anteriores en cuanto a la duda que le despertaba la validez de una semiótica que no tuviese como indicativo final al propio lenguaje. Esta advertencia perfila la intención de remover

piezas cerradas que han extendido el ámbito de la semiología, pero que, según el autor de la *Introducción a la semiología*, se ha estipulado sobre falsos supuestos epistemológicos, y la desviación de un conocimiento más despejado del signo en sí, probablemente, se ha dado porque no se han conformado planos ideales en donde se descubriera el procesamiento crucial del fenómeno semiótico. Las asas de sustentación de ese espacio olvidado dentro del contexto general de la moderna disciplina quedó implícito en un mal reconocimiento de la complejidad de la dinámica del signo, lo cual ahora intenta ventilarse conduciendo las discusiones hacia la revisión de los principios de comunicación y significación. La ejecución de esta tarea encaminada por Mounin se hace difícil por la carencia de un material teórico factible de ser aprovechado para respaldar en forma más fehaciente la problematización de esa cuestión bastante crítica, de ahí que prácticamente base sus planteamientos en las investigaciones de los lingüistas Buysens y de Luis J. Prieto. Para este último, el punto álgido de la situación se centra en la creencia de que todo dispositivo teórico-práctico que involucre “significación” debe ser convalidado por la red de comunicación que, si ha sido sustituida como modelo primordial, responde a la escuálida presencia de elementos pertinentes generados por el progreso necesario de la semiología de la comunicación. Legitimar la fundamentación de esta premisa es ambicionar el desmenuzamiento de formulaciones iniciales que fueron conformando el cuadro aproximado de la semiología para desarmar los referentes de signos, señales, índices, símbolos, códigos, sistemas, estructuras, los cuales han dado continuidad y solidez a la nominación científica de la disciplina. Precisar la validez de estos elementos redundaría en provecho de una facturación plenaria de la identificación de esa “ciencia general de signos”, pero cuya respuesta final podría hallarse afrontando el dilema agudo que presiente Mounin cuando se pregunta si “existe intención de comunicación” y al responderse de manera afirmativa, completarla con otra no menos delicada como es el poder comprobar la evidencia de esa comunicación. Emitidos estos sospechosos juicios, el cuestionamiento dirigido a la búsqueda

de esa ciencia idealizada por Saussure encuentra serias perturbaciones cuando se consideraban sedimentadas sus producciones teóricas dejadas por *paliere* reveladores de la emergencia particularizada de lo *significativo*. Así, se percibe que Mounin organiza una ruptura casi radical con los puntos de vista de la semiología que se había entendido en líneas generales hasta ese momento, para abrir una área inédita, relativamente, en donde se insertan las mediaciones metodológicas que han de cimentar, decantado rigurosamente las ilusiones de espectro semiótico, la verdadera ciencia futura. La apertura promisoriosa para demostrar la probabilidad histórica de esta nueva aprehensión del sentido de lo significativo y de lo comunicativo aparece estimado, además de las cuestiones abordadas por este pensador anteriormente, en las correspondencias de materiales que integran algunos sistemas de comunicación no necesariamente lingüísticos. En su segundo abordaje del problema, Mounin dispone del manejo de categorías que ayudan a trasparentar más dentro de sus proposiciones cuestionadoras los perfiles de una semiología crítica para erigirla *in stricto sensu*, con lo cual colma parcialmente el vacío abierto por las interrogantes dejadas en suspenso. La dirección de los desplazamientos del meollo primordial de su pensamiento gira en función del sentido y causa del fenómeno de la comunicación, al que proyecta en tesis eminentemente semiológica al constatar experiencias con un pretendido interés secundario, pero que están sujetas a revaluaciones de formaciones comunicativas no lingüísticas y ahora perceptibles con mayor expectativa por las relaciones económicas de la sociedad capitalista.

El desarrollo evidente que ha reunido al conjunto de ciencias sociales y humanas, a mediados de siglo, se estipula por un desplazamiento abierto del discurso lingüístico al proyectarse en un espacio nuevo en donde se perfila una objetividad crítica capaz de definir cada vez más áreas que especifiquen un cuerpo de conocimientos. La misma estructuralidad del lenguaje ha servido para romper el cerco cerrado de las diferentes ciencias reafirmadas en la particularidad de su contexto por un cierto imperialismo teórico-histórico que las mantuvo apegadas a su verdad interior. La

lingüística ha proporcionado una brecha posible para dar comienzo al reconocimiento de la situación recorrida por el movimiento de conceptos en la verificación de trazos fijadores de sus progresiones. Si el umbral fue revelado con las reducciones y cristalizaciones que esa disciplina comprueba al inferirse en un nucleamiento estructural, es la apertura de la medición epistemológica lo que va a establecer la complejidad y alcances de esos conocimientos posibles de codificar. La apropiación de ese campo ideal, a través del cual va a ejercitarse la práctica teórica (cuestionadora) del lenguaje, es por intermedio de actos epistemológicos que después hacen a este emerger como definidor de cualquier registro conceptual, cuya mediación más reciente se desenvuelve con la intervención de la semiología. Las reflexiones que se han ido tejiendo en el meollo cada vez más problemático de la semiología conducen a una puesta a prueba del grado de rigor facturado por un trabajo teórico que siempre se cuestiona para fijar transitoriamente las adquisiciones de lenguajes-matrices de la ciencia. Ha sido Julia Kristeva, búlgara de nacimiento, pero con siete años de residencia en Francia en donde se encuentra dedicada a los estudios semiológicos en laboratorios del CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas), la que ha contribuido de manera radical a la certificación de un estatus rigurosamente científico a esta disciplina. Las configuraciones de ese proyecto crucial fueron esbozadas a lo largo de varios años en un conjunto de textos publicados en revistas como *Tel Quel*, *Semiótica*, *L'homme*, *Nouvel critique*, etc., para luego ser recogidas durante el 69 en una obra titulada: *Recherches pour une sémanalyse* (Editions Du Seuil). Este libro es capital en el escenario actual de las búsquedas semióticas, porque acomete el desencadenamiento de una serie de operaciones transformadoras de la pretendida "lógica" de un sentido del discurso científico promovido desde una lingüística, cuyos resultados han incidido intensamente en los engranajes epistemológicos de las disciplinas humanas. La práctica semiológica ha ayudado a romper el círculo vicioso del *significado-significante* elocuente de Occidente que

activa las inventivas subyugantes de la ideología del *intercambio* que se irradia por las porosidades de la vida cotidiana.

La irrupción del lenguaje ha cuestionado radicalmente la cultura occidental por la utilización de una metodología que lo extrajo de su *ceguera histórica* en donde se encontraba abandonado a la práctica *pasiva* de colmar espacios urgidos por la necesidad de agregar nominaciones a una cadena de significancias, cuyos eslabones se cerraban cada vez más en las inserciones históricas del discurso semántico. La perforación de esa dimensión, que fue asomada por Saussure, condujo al desplazamiento lento de operaciones que sacarían a flote elementos estructurales insertos a una *escritura* sedimentada dentro de la institucionalización de un ordenamiento gramatical. En la medida en que el lenguaje empieza a reconocerse, recorriendo las instancias de sus difusas formaciones, se desencadena a otros niveles la desecación del espejismo cultural. La instauración de una escritura crítica, en el sentido más radical del término, ha sido posible por el descubrimiento de las articulaciones de vocablos o de oposiciones de fonemas que han permitido descentralizar esa pretendida unicidad del lenguaje para remitirlo a su relatividad estructural. Pues anteriormente pareciera como si el fenómeno del lenguaje opacara y hasta disolviera la especificidad de la escritura en la continuidad impositiva y elocuente del verbo en los procesos de producción inmanentes a la civilización tecnológica. El resurgimiento de la problemática de la escritura, que con anterioridad a Jacques Derrida había sido formulada –entre otros– por Rousseau y Lévi-Strauss, corresponde a la determinación de un enjuiciamiento categórico del significado de la escritura para propender a una valoración más raigal de las relaciones: lenguaje/escritura o escritura/lenguaje en el contexto cultural de Occidente. Canalizando las deconstrucciones que el análisis de la escritura permite para perfilar su profundidad histórica, opacada por el sometimiento y hasta por su disolución en el ser del lenguaje, logra Derrida excavar nódulos estratégicos

que han fundamentado toda la metafísica de una cultura. Por muchos siglos, la escritura ha sido el trazo que ha marcado la existencia del lenguaje, puesto que por intermedio de los recorridos de este en la cápsula de la escritura ha obtenido la palabra su inscripción histórica y la ratificación de un imperativo cultural. Pero si el rescate de la escritura es resultado de un penetrante descenso a los juegos ambiguos, aunque formales de los significantes en su movilidad constituyente de expresiones, ha ocurrido algo así como una presión histórica condicionada por el estallido del signo que desborda el referencial semántico para proyectar el deslizamiento del término escritura. Y es importante demarcar cómo la caracterización del sentido denotativo de escritura que aparece bajo ese retículo exterior de significante del significante emergía desde adentro y afuera de manera compulsiva para romper los límites prescritos por un lenguaje fijado por todo un fonocentrismo hasta convertirse en una lectura crítica del logos hegemónico en esta época postindustrial. Se requería una movilización a fondo de las derivaciones de la lingüística como disciplina portadora de lo visible que parecía sedimentar lo inteligible para evaluar por reducción de la propia palabra los límites de su finitud, revisando los posibles arranques originarios del fenómeno en donde lenguaje y escritura parecieran disolverse. Es evidente que con el desarrollo de la civilización, la afluencia del lenguaje ha fluido hasta convertir la escritura en su depósito ideal que despliega su presencia en una linealidad semántica, cuyos límites, aunque estructuralmente han sido previstos, desbordan en su espejismo la mundialidad. De cualquier manera este presente cósmico, que testifica en su plenitud medular la fecunda existencia del lenguaje, fragmenta el mundo hasta reducirlo al juego de la pura palabra por el acoso obsesivo que la herramienta del lenguaje corroe sobre el espacio de su propio cadáver. Y todo esto es resultado de la trepanación en su suelo *embrionario*, por la proliferación de su irradiación incontenible que lo sitúa como el doble necesario

de un conocimiento a fondo del *afuera/adentro* de su sonido y grafía. Es tan lenguaje el interior semántico recorrido por este que podemos encerrar (*con pinzas momentáneas*) en un ya su actual riqueza y finitud, a través de la radiografía exhaustiva que de él han hecho Chomsky, Kristeva, Derrida, entre otros, tomados ellos dentro de un círculo importante de nombres, pero que podrían suturar el difícil proceso de síntesis. Ellos han abierto a fuerza de conceptos, hipótesis y remoción de caudaloso archivo, pistas ideales para que la representación se despoje del mito de una imagen que dicen ha encarnado un origen dado como comienzo, y este breve paréntesis realizado *ex profeso* para reencontrar la aguda nervadura de la escritura de Derrida que escarba, bajo un cerrado arqueo, el sedimento memorioso de la presencia viva del sonido que nombra disecando *grafías*.

Hemos querido apenas asomar los desplazamientos actuales de una cierta semiología que se convierte en un texto crítico, por precisar con más rigor, por las posibilidades que la mediación del lenguaje ha propugnado hasta adentrarse en su propia negación. El trabajo teórico manejado a través de estos términos es difícil de inventariar en sus difusas proyecciones, por lo escabroso de sus formulaciones que exigen una centralización más objetiva del problema. El análisis a fondo de esta situación creada por el reciente redescubrimiento de la ciencia semiológica pensamos tratarla con mayor densidad en un ensayo referido a la nueva escritura. Sin embargo, sabemos cómo, cada vez que realizamos el estudio de una experiencia crítica tan enraizada en el problema mismo de la sociedad y del hombre, hace falta centrarlo en la dimensión histórica de los países sometidos y mediatizados del Tercer Mundo; pues, aunque el lenguaje signifique la mundialización creciente de significantes, siempre estará referido a las contradicciones progresivas del desarrollo de Occidente, teniendo como base de desplazamientos económicos e históricos, realidades de continentes con culturas conformadas por signos de “autenticidad cultural”. La cosmo-comunicación ha puesto

a girar un lenguaje que envuelve y factura diversas geografías, haciéndolas ajustar: a sus determinaciones ideológicas. Aún así, es urgente capturar y (d)escribir las instancias prescritas por este lenguaje/mundo, pero descifrando las interferencias estructurales que la identidad cerrada de algunos aspectos de esas prácticas culturales pudieran expresar en los planos en que una lingüística, escritura, semiótica darían en sus revelaciones.



# Ficción de lo nuevo

El contexto histórico en donde se desarrolla la producción industrial de la moderna sociedad actual se ha recubierto muy sugestivamente con los valores culturales siempre renovados de un determinado modernismo que incide en el condicionamiento de los diversos procesos de producción y organización monopolística del sistema capitalista mundial. La modernidad puede entenderse como resultado del estallido de agudas crisis que provocaron rupturas radicales en la estructura de la sociedad europea de finales del siglo diecinueve y comienzos del veinte. Después, este fenómeno llega a convertirse en el escenario ideal a través del cual parecieran transparentarse los crecientes progresos de una sociedad lentamente encaminada hacia una racionalidad económica. Esta visión narcisista de la sociedad ostentosa, que constantemente aparece recreada sobre su propia imagen, vamos a aprehenderla en pleno proceso de autoexaltación cuando los medios de comunicación alcanzan su más alto grado de desarrollo tecnológico. Se suceden irrupciones simultáneas de imágenes interconectadas, aunque armadas artificialmente, hasta crear un espejismo semejante al dejado por las luces de neón sobre una gran metrópoli. Crece ese proceso de incesante ruptura que luego desata un clima violento a nivel de lo imaginario<sup>14</sup> al iniciarse el desmantelamiento de un pasado inmediato que aparentemente abre las puertas de un futuro bastante promisor.

---

14 La modernidad, el futuro y lo imaginario parecieran coincidir de repente dentro del nuevo contexto de la producción cultural de Occidente, como vertientes recreadoras de una posibilidad mundial.

Ese asalto de la modernidad se realiza a medida que lo nuevo va perforando y hasta cambiando (recubre los diversos planos de la realidad con imágenes diferentes que condicionan un ambiente seductor) las instancias de la vida cotidiana. Es la avalancha de la producción industrial cayendo sobre todos los recovecos de la vida social al precipitarse en una invasión de objetos, artefactos, noticias, acontecimientos, films, fragmentos imaginarios, viajes espaciales que se reparten con un vértigo cada vez mayor por la urgencia económica de la vida misma.

La escapada hacia la modernidad se establece a partir de una excesiva valoración que se concede al material recién salido de fábrica y es en definitiva el *señuelo de lo nuevo*, lo que en parte despierta el entusiasmo de los consumidores. Se establece de esta manera *un juego seductor*, cuyos efectos se adivinan cuando nos vemos atraídos a tocar determinados objetos o a leer la etiqueta del producto que acaba de exhibirse para el espectador. Algunas veces, la especificidad de lo nuevo resulta más de los condicionantes exteriores que instalan el ambiente en donde se coloca la cosa novedosa, que del propio material expuesto en la vitrina. Esa forma velada, tras la cual se esconde el objeto colocado en el sitio ideal de la sala, contribuye para que este ejerza un poder de atracción sobre las multitudes, capaz de desatar cierto fetichismo enfermizo cuando debajo de la cosa ofrecida se insinúa la inscripción: *favor no tocar*.

Fetichismo ritualizado que comporta el modo de sacralización, de fascinación, de sujeción psicológica por medio de los cuales los individuos interiorizan el sistema generalizado del valor de cambio<sup>15</sup>. Habría que distinguir el proceso de ideologización determinado, cada vez que el objeto desencadena el deseo en la globalidad de la sociedad de consumo, con lo cual no podría concebirse dentro de la particularidad del *acto fetichista* como un gesto cualquiera que ha de culminar con la obtención del objeto adquirido. Este proceso abarca instancias y secuencias que inciden en un conjunto muy

---

15 Jean Baudrillard, *Fétichisme et idéologie: la réduction sémiologique*, Nouvelle Revue de Psychanalyse, N° 2, 1971.

bien articulado en la dinámica del sistema concebido como tal. Esta práctica fetichista que se concretiza en la consumición de cosas a nivel multitudinario la captamos a diario a través del creciente uso de elementos, pongamos por caso: para adorno del cuerpo, lo que permite sublimar el ego narcisista<sup>16</sup>, que ha estado condicionado abiertamente por los poderosos medios de comunicación. Esta obsesiva fascinación por adquirir variedades de cosas que incluyen desde un traje cortado a la última moda, hasta un nuevo producto alimenticio por el solo hecho de gozar del peculiar estreno, ayuda a esclarecer el marco referencial de la *obsolescencia que domina y gobierna todas nuestras actividades*<sup>17</sup>. Con el mismo fervor con que se obtiene determinado artefacto o producto comercial a nivel de ciertos sectores sociales, casi con la misma carga compulsiva se provoca un rechazo inmediato<sup>18</sup> de estos ya que parecen contener próximos sustitutos, con lo que se reafirma en su estructura real la sociedad opulenta. El fenómeno de lo nuevo encubre siempre la sombra de lo efímero que de inmediato asoma su instante inaugural, el cual dura el tiempo suficiente para que la mirada registre la portada apenas develada de la cosa recién puesta en vitrina. Sin embargo, al mismo tiempo que el transeúnte cae poseído por la ficción del artefacto nuevo, descubre los móviles que contribuyen a la producción moderna de objetos numerosos. Aun así, se sigue extendiendo de manera alarmante la

---

16 Esta actitud corresponde en parte a que la gente se encuentra constreñida por la necesidad de consumir cada vez más dentro de ese mostrario fabuloso de cosas que como un inmenso bazar parecen sepultar la ciudad. Y difícilmente pueda escapar al desafío suntuoso que a diario ganan el entusiasmo del transeúnte común.

17 Símbolo, comunicación y consumo, Gillo Dorfles, Editorial Lumen, p. 8.

18 En la actualidad, el observador de la TV, o el propio radioescucha, se encuentra atiborrado por las ruidosas campañas desatadas por la publicidad para ofrecer productos y aunque es consciente de las formas utilizadas (modulación de la voz, insinuación insidiosa del objeto, creación del efecto psicológico, etc.) para alcanzar el éxito; siempre cae víctima del nuevo material que finalmente termina por comprar.

guerra de demandas y ofertas que a nivel mundial constituyen la norma para lanzar el producto *escogido* por las grandes empresas para ser impuesto a los consumidores. De no percatarse las causas profundas que ejercen la expansión del hecho novedoso, casi sería factible argumentar como si la conciencia estuviese únicamente atraída por el sutil y caprichoso barniz (lo nuevo) que envuelve al producto.

La seducción de lo nuevo se capta con particular elocuencia en el terreno concreto del crecimiento de ciudades inmensas. Grandes ciudades aparecen convertidas en metrópolis (encrucijadas de la producción mundial en donde se exhiben los mismos productos creados por el capitalismo monopolista a través de imágenes, carteles, códigos, edificaciones), por intermedio de numerosas vertientes de señales e imágenes, utilizadas a manera de trampolines para lanzar el arsenal inmenso de la siempre renovada producción industrial. La ciudad-urbe se ha convertido en el polo de atracción de millones de seres al transformarse en el centro económico por excelencia, tanto en el orden nacional como internacional que activa el espectáculo cotidiano del consumo de grandes grupos humanos. Simultáneamente, sucede en el corazón de las metrópolis las violentas sacudidas provocadas por la modernización urbanística, que se entabla en una lucha (entre pasajes a nivel, puentes, subterráneos, autopistas) voraz (económica) entre la nueva y la vieja ciudad. En los países subdesarrollados de América Latina (con algunas excepciones), esta realidad se percibe de manera trágica por la ciega destrucción<sup>19</sup> que se realiza de antiguas edificaciones para crear sobre los nuevos espacios construcciones que respondan más bien a un modelo estandarizado de ciudad con altas edificaciones, las cuales pudieran encontrar un patrón en las modernas ciudades norteamericanas. La avanzada de la nueva ciudad, que parece salir

---

19 Con la introducción de lo nuevo en el plano urbanístico, se injerta “un cuerpo extraño” que va a conformar el hábitat de millares de personas, mientras progresivamente se ha logrado cortar de raíz con lugares (ciudades), los cuales han sido escenarios de determinadas historias, al mismo tiempo que son expresiones carnales de esa misma historia.

violentamente (sobre todo en América Latina) del viejo cascarón de la ciudad colonial, deja al descubierto a través de la fractura urbanística toda la miseria de grupos sociales que habían permanecido guarecidos detrás de barrancones y debajo de puentes en donde durante mucho tiempo mantuviéronse ocultos. Lentamente, la metrópoli se ha convertido en la *meta ideal* hacia la cual se encamina la mayoría de los habitantes de estos países para transmutarse finalmente en el punto de confluencia de todas sus ilusiones y frustraciones, cada vez más precipitadas (promiscuidad, insalubridad, enfermedades, conflictos pasionales, alcoholismo, aberraciones sexuales, delincuencia, traumas psíquicos...) por la obsesión que despierta la gran urbe como posibilidad idealizada de encontrar un bienestar mejor. Dentro de esta situación, ¿hasta dónde es posible medir el grado de alineación que se hace más crucial cuando los habitantes “desarraigados” comienzan a darse cuenta de que se encuentran frente a toda una realidad absolutamente nueva, lo cual significa una invitación constante al deleite de la vida, al mirar en forma trágica la ciudad más allá de los fregonazos que lanzan las luces del neón? El despliegue cuantitativo de las producciones en serie del capitalismo altamente industrializado, que ha desbordado las grandes metrópolis bajo el anuncio deslumbrador de la modernidad, contribuye a cerrar ilusoriamente la fractura (abismo) estructural determinada por la existencia de naciones cuyas poderosas transformaciones tecnológicas y sociales han tenido su fuente providencial en el atraso y saqueo de los países del Tercer Mundo. Esa pretendida homogeneidad se establece cuando en el tráfigo de las ciudades-urbes se encuentran presentes los mismos elementos: *imágenes, fachadas, slogans, modas, best sellers, construcciones arquitectónicas, drugstore, boutiques...* que dan un viso de universalidad a la vida social en su totalidad. Esta vertiginosa disolución de fronteras geográficas (las barreras culturales son arrasadas por el creciente avance de la producción en masa de objetos con rótulo de diferentes nacionalidades, aunque en especial predominan aquellos marcados con sello *made in USA*, como etiqueta clave de una mundialidad) se encuentra muy bien tapizada por el *mensaje unificador*

*de la modernidad*, cuya dinámica está determinada por el creciente incentivo de las sucesivas creaciones de cosas novedosas<sup>20</sup>.

El fenómeno de lo nuevo recubre la vida moderna en toda su extensión como una representación permanente de frases sucesivas de un pretendido “productivismo”<sup>21</sup>, que se ha determinado ideológicamente como la lenta conformación de un progreso encaminado en una marcha exitosa hacia la abundancia para bienestar de grandes multitudes. Esta incidencia directa es expresada en todos los planos de la vida social por la explosiva apertura (producción elocuente de imágenes, que expanden la luminosidad de lo nuevo como un constante desafío) de la modernidad que todavía mantiene su estallido espectacular muy particularmente en los países subdesarrollados. Se requiere destacar que dentro de esa realidad convulsionada falta todavía mucho espacio por colmar, tanto a nivel del *mensaje-slogan* (cualquier ofrecimiento para vender determinado alimento o artefacto comporta en sentido general la reafirmación compulsiva del sistema de vida capitalista) que los medios de comunicación proyectan con gran furor o hacia las zonas más apartadas del continente, como la misma saturación de imágenes

---

20 Es difícil calibrar en su especificidad lo puramente nuevo, tanto a nivel de las representaciones e imágenes como de un determinado objeto de consumo, porque algunas veces es más bien resultado de un juego combinatorio de etiquetas y diseños, ya que su condición de material pretendidamente inédito (nuevo sentido estricto) es profundamente ambiguo, al quedar determinado por experiencias de formas y contenidos usados en producciones anteriores.

21 “El productivismo se define por una intención y una consciencia. La intención consiste en orientar la acción comunitaria hacia el crecimiento más rápido posible de las potencialidades productivas. El consumo y la potencia emergen como los fines complementarios de esta carrera del crecimiento como preocupación profesional y sectorial. Esta intención puede integrarse en un sistema de acción pluralista por el cual el crecimiento económico no es más que un objetivo entre otros. Él se hace totalitario cuando propone su racionalidad instrumental y parcial no como fin supremo-sino último”. Pierre Kende: *L'abondance est-elle possible?*, p. 27. Idées. NRF.

que se destilan para atrapar la conciencia del público consumidor. Sin embargo, día tras día, se hace más imponente y determinante el muestrario de ese depósito siempre cambiante de las diversas secuencias que condicionan la invasión de la red de producciones de la vida moderna, pero significa al mismo tiempo la imposición real de una mundialidad en la calle abierta de la vida cotidiana. Se percibe con mayor transparencia la circulación de objetos que determinan el circuito cerrado de la actividad económica nacional que al mismo tiempo se hace mundial (por el pasaje en el orden incluso de los signos y señales), a causa de ese material que cruza las grandes metrópolis de Norteamérica y Europa hacia las ciudades urbes, ciudades-provincias de América Latina. Ese lanzamiento incesante de mercancías conjuntamente impregnadas con sus solapados mensajes de modas recientes, promueve la estandarización de una conciencia en la dimensión del hombre unidimensional.

Ese juego encantatorio de la modernidad al encontrar asideros sobre “pretendidos” espejismos que concretizan sus progresiones subterráneas (visibles), pero que al mismo tiempo se convierten en exteriores a ese aparato descomunal elaborado por la sociedad tecnocrática, somete bajo una sola horma las diversas expresiones que determinan las especificidades y las características generales de los pueblos de Occidente e incluso recortando a su “imagen y semejanza” numerosas sociedades situadas fuera de sus habituales radios de acción. Es el caso cada vez más desalentador del etnocidio cometido con numerosas comunidades indígenas, que durante mucho tiempo se habían mantenido guardando una cierta distancia prudencial frente al avasallamiento desbordante de esas excavaciones futuras que estaban ya potencialmente referidas a escenarios ensamblados por los insinuantes medios de comunicación de masas; que dentro de una maraña de signos entretejen los perfiles de sociedades venideras. Aquí encontramos un rico caudal de sugerencias para intentar comprender cómo los despliegues encubiertos o no de los desplazamientos continuos o periódicos de fenómenos novedosos enhebran bajo ímpetus ese *campo ciego del futuro*, pero a la vez enmarcando dentro

de referenciales que se materializan por la misma fuerza compulsiva del lenguaje. Estamos desprendidos como en un largo viaje hacia la conquista de ese objetivo teleológico de una civilización de la felicidad<sup>22</sup>, que ha sido asomada en forma de maqueta con grandes expectativas que detentan un tránsito temporal hacia el año 2.000, en donde numerosos científicos fijan el descubrimiento de una dimensión planetaria alucinante, pero también cargada de situaciones imprevistas. Se establece de hecho el desplazamiento veloz de la humanidad conducida por los tubos de la comunicación a la domesticación fabulosa de ese terreno todavía inédito (como estuvo la Luna) del futuro por la seguridad que el desarrollo sólido de una tecnología ha demostrado frente a la mirada atónita de multitudes que asisten diariamente a sus producciones a gran escala. El peligro reside en que esta escapada ilusoria, dirigida casi por un solo canal al ser construida a través de la unidimensionalidad, pretende especificar en un único modelo la mundiabilidad de sociedades “desarrolladas”, forjadas por la maquinaria “superindustrializada” del capitalismo, para obnubilar las fracturas que crean los *shocks* generados por las grandes crisis sociales y económicas<sup>23</sup>. El capitalismo ha estructurado

---

22 La sociedad en general parece que está siendo equipada, sobre todo de manera psicológica, para emprender imaginariamente, pero muy bien dirigida por los medios de comunicación, las crecientes conquistas de la meta ideal: el futuro, y para lo cual han estructurado dispositivos sutiles, que determinan los vericuetos por seguir durante la caza obsesiva de esa realidad tan materializada con extraordinaria prontitud.

23 En América Latina, se comprueba en la actualidad el cuestionamiento de la problemática del subdesarrollo, a través de las reflexiones de diferentes teóricos, tanto economistas como sociólogos, que buscan clarificar y focalizar el nódulo central de la dominancia y determinancia de la realidad económica de este continente, tomando en cuenta los referenciales históricos de la denominada dependencia. Sin embargo, es tan variado el número de proposiciones que parecieran girar en torno a la constante de un “economicismo”, el cual deja a un lado el complejo y variable fenómeno de las cristalizaciones culturales, desde génesis presentes en sociedades múltiples, situadas en el contexto de comunidades rurales en relación con centros periféricos claves. Pero también se han olvidado explorar las

en el presente su desarrollo basándose en la dinámica sustentadora del monopolismo, con lo cual se sedimentan los fastuosos progresos de la modernidad en todas las encrucijadas de artificio y desfalco que silencian momentáneamente los gestos de miseria enterrados en nuestros países dominados fundamentalmente. Ese estruendo terrenal de los cambios y transformaciones no son más que desfiles de facetas que representando un inmenso caleidoscopio, la sociedad capitalista ofrece dentro de una realidad ametrallada con millones de objetos sobreimpuestos a los espectadores. Es un mundo sometido a la compra y venta voraz de materiales efímeros y transitorios, elaborados para encadenar hasta el “infinito”, tras las variaciones de invenciones diarias, el urgente consumo que ojos ávidos realizan bajo el imperativo cruel de un sistema implacable.

Ese vértigo sostenido de un clima infártico, que somete a las “muchedumbres solitarias”, persigue sabiamente la finalidad de conducir a la humanidad hacia las edificaciones magistrales del capitalismo dentro de un proceso acelerado, con lo cual el significado de la modernidad esconde el umbral paradisíaco del hormigón armado y del plástico con sus tonalidades de representaciones que deben impactar a generaciones próximas. Pero ese prodigioso canto de sirena cumple a cabalidad la función de encaminar la sensibilidad del hombre moderno hacia un destino predeterminado; aun cuando científicamente se hace muy difícil predecir con antelación los acontecimientos que sobrevendrán y muy particularmente después de comprobarse las agudas y cerradas contradicciones que quiebran y desatan desequilibrios, derrumbes de sociedades milenarias y de pueblos con pocos siglos de existencia, a causa de las aguerridas luchas de clases que suceden en medio de guerras de liberación. La

---

interrelaciones históricas y culturales de una serie de minorías (sociedades ágrafas), que han jugado un papel preponderante y bastante significativo para una mejor definición -por ejemplo- de modos de producción como el asiático, tan discutido en la actualidad. De allí que los analistas de las ciencias sociales y humanas de Latinoamérica deben ver con más detenimiento las experiencias surgidas de los trabajos de antropólogos en sentido general.

reafirmación continua de la modernidad se escurre entre las sutilezas de elaboraciones novedosas que establecen un escenario mundial a través del cual se desliza la circunvalación permanente (de los objetos-satélites), que se desplazan en giras de estandarización por los cuatro puntos del planeta. El acto seductor de lo efímero entraña la corrupción de la conciencia a fuerza de balazos de *slogans* y lenguajes, condiciones para que usted hable por boca de nosotros (instituciones, organismos, mecanismos o implementos utilizados por el sistema para llevar a cabo su cometido), con lo que se reafirma el saqueo visceral y existencial que se cumple en el individuo en el momento de su nacimiento e incluso antes. También puede decirse que la computación de ese acto se observa en las corrientes interminables de imperativos de tipo policial (compre, ahorre, distíngase) que a toda hora reproducen el fenómeno. Así, se transparentan “los saqueos de los significantes” como diría Jacques Berque<sup>24</sup>, puesto que el lenguaje anda por encima de las cosas (aunque es por dentro por donde el anzuelo de la palabra engarza la conciencia), facturando ideológicamente o volviendo a etiquetar todo contexto u objeto que tropieza a su paso. Por lo que es la intensa reafirmación de ese “presente ahora”, cada vez más veloz, pero más atrayente, el que insta la frase al ser lanzada al aire y por los propios móviles de la publicidad por lo que desde ese instante está condenada a desaparecer para dar paso a otras “vírgenes e inéditas”; que promueven la ansiedad secreta del ojo-espectador, para despertar frescos campos semánticos que solícitos propician el goce de las palabras: objetos, rostros, sensaciones, por la fluidez innovadora del lenguaje.

La materialidad de esta época histórica, como hemos venido diciendo, se estructuraliza por la imposición determinante de la fabricación tecnológica que objetiva de manera exagerada las transformaciones del hábitat humano, hasta desfigurar casi de manera total las progresiones crecientes del desarrollo urbano. Es el cuadro complejo de las metrópolis que ya comienza a tomar configuración de

---

24 *Descolonización del mundo*, FCE, p. 60

megalópolis (específicamente dentro del perímetro gigantesco de las actuales ciudades norteamericanas y europeas), en donde se perciben en forma magnánima las edificaciones fantásticas, pero al mismo tiempo monstruosas que han armado las trabazones de técnicas modernas. Sin dejar de señalar los exitosos logros que el contexto específicamente científico han obtenido desde las investigaciones dadas en el espacio del microscopio o probeta, hasta la elaboración de los dispositivos encargados de asegurar el descenso de naves espaciales a otros planetas. Esa euforia tecnológica al sistematizarse (tarea no fácil dentro de los procesos de irracionalidad que producen) presenta la sucesiva implantación de formas, algunas muy monumentales, que se hacen difíciles de orquestar dentro de un pretendido cuadro de objetos prefabricados, diseñados o en proceso de construcción permanente para suplantar los otros tantos que cunden los mercados con los cuales se infiltran rasgos aparentemente diferentes a través de las modas. Existe una constante fluidez de movilizaciones de objetos novedosos de esta categoría en varios planos de la reproducción comercial (cultural a grandes rasgos), que pueden ser estudiados más acuciosamente para determinar posibles significaciones establecidas por la cuantificación de utensilios u objetos. Así, las compulsiones creadas por el sistema capitalista convierten la difusión alienante de objetos dentro de una determinada dimensión en *única*, aunque perceptiblemente bajo una cierta determinada especificidad moral que es temporal, puesto que de inmediato entra en los desvanes de lo aceleradamente precedero. Frente a ese desgaste continuo de cosas que son recobradas con otros matices dentro de formas acabadas de inventar para desatar el oleaje de artefactos (objetos) se puede establecer la aprehensión efímera de estos, para ubicarlos en sus significaciones parciales que son determinadas por la *realidad vivida* en el plano de la moda. Se trata de medir la cualidad que hace resaltar ese objeto en el contexto serial de múltiples productos creados para ser consumidos por la matriz de la moda, más allá del chispazo publicitario que lo coloca como algo que ocupa un espacio en los vitrales de las grandes tiendas. Espacio que, finalmente, se

convierte en una realidad neutra, pues sirve a manera de horma para asentar cualquier tipo de material elaborado por el diseño capitalista en su incesante y aparentemente cambiante despliegue de formas que abarrotan las tiendas. Si examinamos la emisión de etiquetas que sellan industrialmente un continuo de cosas en función de una avidez grande que existe por la misma interferencia ideológica del sistema, con la finalidad de promover la demanda de todo tipo de objeto, pudiéramos observar verdaderamente un caos incontrolable entre la existencia desbordante de cantidades de materiales expuestos a la gente y las expectativas reales o subjetivas definidas por el público consumidor. Pero esa percepción circunstancial del objeto particularizado que en un momento dado se convierte en mensaje de moda (que es la misma moda aunque sea por un día), tampoco puede describirse como una elaboración contingente de un producto desencajado de una red intrínseca de producciones que encadenan un proceso económico bastante definido. En esa dispersión creciente de alimentos, cosméticos, materiales de construcción, elementos específicamente de la creación cultural, engranajes más generales de industrialización, se encuentran ejes estructuralizadores que de acuerdo con la dinámica de la propia tecnología posibilitan sistematizar con cierta fijación metodológica probable las emergencias “inesperadas” de elaboraciones mercantiles. Difícilmente se vuelve factible proseguir las secuencias racionales (significativas dentro de un plano estructural), que conforman los procesos objetivadores de la multiplicidad de elementos novedosos, fundamentalmente, porque con el apremio enajenante del tiempo, requerido para la determinación del producto en todos sus aspectos, desemboca en la explosión altisonante de “series materiales”, que cada vez más (en algunas ramas de la producción) se formulan siguiendo patrones de consumo que son urgidos por las expectativas de la moda. Esta experiencia, que explica con más amplitud el fenómeno de la *obsolescencia*, permite enfrentar aunque sea parcialmente la creación individual (en apariencia) de objetos y su necesaria conjugación con el fenómeno crucial de la tecnología, en el sentido más totalizador de la civilización...

Esta realidad observable, que pretendidamente semeja instaurar polos opuestos por medio de los cuales se visualiza el mensaje solapado de la modernidad y su ardid con la función venta del objeto, permite simultáneamente revelar el caudal de riquezas (cuantitativo) de millones de elementos mercantiles de distintos matices implantados de manera violenta por la sociedad capitalista. Sirve también para articular en sentido crítico y científico los ajustes ideológicos necesarios que relacionan la “racionalidad” técnica y la emergencia temporal y efímera de las realizaciones capitalistas de producciones a gran escala. Esta racionalización se dificulta por la multiplicidad de elementos que constantemente están participando en el juego de la producción, con lo cual se hace bastante difícil mantener una observación atenta y codificable de los diferentes sistemas de objetos que entran en escena en el campo de la cotidianidad. De este modo, es un problema poder seguir de cerca los ordenamientos difíciles de armar, por los surgimientos de aspecto irracionales creados por las apetencias o las desmedidas seducciones del mercado que establecen las pautas económicas por realizar en base al estímulo de modas. Representa la introducción de una investigación muy secuencial en torno a las apariciones, especificidades, rotulaciones, creatividad y valoraciones reales o supuestas que mantienen en el escenario de la productividad y de la demanda de innumerables materiales por los mecanismos manifiestos y ocultos del sistema capitalista. De allí que necesariamente se tenga que romper con la forma del producto en donde descansa el halo de atracción para las muchedumbres, sobre todo, cuando son traídas por el rumor de la moda para situarlo en la inmediatez del significado ideológico que encubre su manufacturación. Momentáneamente, se dismantela toda una gran parafernalia que envuelve de manera espectacular la plataforma de las cosas hechas con la finalidad de satisfacer necesidades (esta situación está presente en la elaboración de productos, pero al mismo tiempo se encuentra injertada a las tonalidades siempre funcionales de lo novedoso) para tratar de encasillar con grandes esfuerzos organizativos de codificación las discontinuidades, tanto en forma como en contenido de cuantiosos

materiales que pudieran constituir los sistemas de objetos para obtener un conocimiento más estructurado. Disuelta intencionalmente esa atmósfera de ebullición de la modernidad (que por cierto solo por un proceso de abstracción pudiera realizarse), a causa de la existencia vívida de los objetos dentro de ese caldo de cultivo de sus particularidades crematísticas, el análisis sociocultural de estos implicaría un desmontaje gradual de esa armazón de formas, funciones, signos (más que significado se convierten en significantes), al servir como trampolines para propiciar la elaboración de condicionamientos psicológicos que solidifican el sistema al promover el surgimiento de otros semejantes o por lo menos con cargas de innovaciones dadas las modas. Concebida así la interrelación estrecha entre la creación capitalista y su finalidad en los diversos órdenes de la vida social y cultural encontramos que el fenómeno de la modernidad se convierte en una experiencia bastante compleja, cuando se trata de mirarlo dentro de las mediciones de los países subdesarrollados. Es importante indicar esta particularidad, pues los procesos de modernización se encuentran muy emparejados con el desarrollo real (si es posible señalarlo) de las naciones que han poseído las transformaciones infraestructurales necesarias para situarlas en una dimensión de progreso creciente, relacionado este con acervos culturales y patrimonios bastante significativos en los procesos acumulativos de sus respectivas historias. Sin embargo, es importante destacar que esas transformaciones abiertas, alcanzadas por determinados países altamente desarrollados, son resultado de las diversas formas de explotación que a lo largo de siglos han ejecutado sobre otras sociedades que también aún conservan sugestivas cristalizaciones culturales, pero igualmente saqueadas conjuntamente con las fuentes de materias primas que han poseído. Es el caso patético tan actualizado en estos momentos por los investigadores de las ciencias humanas en relación con la penetración y el pillaje del denominado Tercer Mundo. Por eso, la pretendida ruptura de valores tradicionales, que se da con la introducción etnocida de la modernidad en todos los lugares del globo, corresponde a la imposición monumental de la civilización centralizada fundamentalmente en los Estados Unidos y Europa, como potencias que se encontraban en

proceso de aumentar su productividad al máximo, con el objeto de instalar mercados de consumo que sirvieran para imponer un *modus vivendi* diferente, que fueran coyunturas para dosificar la ideología imperante.

La modernidad ha contribuido a limpiar las fachadas de las grandes ciudades para propender hacia la construcción de patrones nuevos basados en la plasticidad asombrosa que pueden realizar a través de la tecnificación económica, pues esa modernidad alcanza una preponderancia descomunal por los efectos sociales, psicológicos, culturales y, en general, económicos que han logrado. Y es un fenómeno que casi al mismo tiempo que se ha extendido como reguero de pólvora, tanto en los países desarrollados como subdesarrollados al anunciar la liquidación de formas de vida rezagadas (si no expresaba este hecho de manera manifiesta por lo menos en su avanzada, el capitalismo tiende a la imposición agresiva, de “realidades nuevas que echen al basurero de la historia una producción obsoleta” con todas las implicaciones ideológicas que este proceso implica), anuncia el descubrimiento de un diferente *way of live*, idealizado para todas las sociedades futuras. Esta ideología en ningún momento surgió como expresión etnocéntrica de la creatividad en sentido general de los Estados Unidos y de algunas grandes naciones europeas, sino que es producto de la explotación creciente que sacaban de las exploraciones de los subsuelos o del acaparamiento de las riquezas existentes en Asia, África y América Latina. Por tanto, esto explica cómo la modernidad ha sido una realización conjunta, es decir, dialéctica. Con el tiempo, el auge del capitalismo monopolista, expresado superestructuralmente a través de la modernidad, como intento de unificación cosmopolita de los países, por el diseño de etiquetas estándar que explicarían casi bajo un mismo lenguaje (significantes) una homogeneidad cada vez más cerrada junto al dominio ideológico desplegado por doquier, imperaba de manera casi absoluta por la conjugación avasallante de una unidimensionalidad de la sociedad y de la cultura. El abordaje de esta experiencia, visualizada a diario en la mayoría de los centros

metropolitanos del mundo<sup>25</sup>, permite ratificar la vigencia del acto de modernización, aunque comprenda connotaciones ópticas muy particulares, y se actualiza dentro de una vertiginosa carrera hacia una mundialidad<sup>26</sup> que encuentra, precisamente en los países subdesarrollados, especialmente de América Latina y de África, un desagüe total por el conjunto de interrelaciones políticas forjadas por la dependencia económica que tiene su eje difusor en los Estados Unidos. Sin embargo, la introducción creciente de la modernidad (el capitalismo monopolista dinamizado por la implantación de la sociedad de consumo), en estos países, impone verificar una serie de situaciones promovidas por rasgos ambiguos presentes en las características mismas del fenómeno observado en el escenario de nuestras sociedades. Una de esas distinciones se encuentra conectada con todo el bagaje artificioso y desmontable de materiales que componen el alud novedoso de la modernidad, cuando se inserta en la funcionalidad económica de países como los nuestros. El artificio es un dispositivo clave utilizado para promover las armazones requeridas para la construcción de diferentes complejos urbanísticos, técnicos o de comunicaciones que tropiezan de manera frontal con el desarrollo histórico-genético de sociedades imbuidas por el peso

---

25 Cuando hablamos de los núcleos de metrópolis, lo hacemos para acentuar el proceso alienante de la modernidad que se ha instalado como la gran moda por intermedio de los artefactos portadores de lo novedoso en las grandes urbes, con lo cual no negamos que el espectro ha penetrado los recovecos más ocultos de las provincias y de las conciencias de los habitantes de naciones diferentes.

26 La vigencia peligrosa de la instauración de una mundialidad en términos totales ha podido obtenerse consciente o inconscientemente a través de las relaciones diplomáticas, que en cierto sentido promueven la intromisión de factores sutiles que sin lugar a duda ejercen cierta influencia psicológica sobre las masas. Pensamos precisamente en China, que a través de su inviolable muralla había permanecido resguardada del canto de sirena de la modernidad, pero que la presencia, por ejemplo, de Nixon en su reciente visita con la transmisión de esos actos pudiera servir para romper barreras que ideológicamente se encontraban cerradas para los intrusos portadores de los medios de comunicación en la perspectiva de una mundialidad.

ancestral de una naturaleza no desmantelada todavía. Sin querer ni siquiera asomar los pretendidos estadios de una naturaleza conservada e “inédita” frente a las roturas que necesaria y paulatinamente han llevado a cabo la tecnificación mecánica del suelo con los destrozos cada vez agudos de la ecología ambiental, pretendemos, no obstante, hacer estimaciones significativas que se encuentran vinculadas con los cargamentos y embalajes de objetos que han transfigurado no solamente las realidades naturales del paisaje, sino que han ejercido una influencia abierta sobre los grupos humanos ubicados de manera dispersa en estos territorios.

Se comprende que una transformación racional e irracional está ocurriendo desde el surgimiento de la utilización constante de medios mecánicos que han contribuido a la invención de diferentes medios ambientales. Pero la predominancia contundente de lo artificioso, ficticio y falsificado o camuflado a gran escala establece una dimensión digna de señalar dentro de las diversidades culturales y especificidades sociales de los pueblos sometidos al dominio cerrado del imperialismo americano, porque en las naciones europeas e incluso los Estados Unidos, la avidez por provocar una promoción de los valores consuetudinarios, que aparentemente descansaban sobre las concepciones tradicionales de los modelos culturales, está intrínsecamente conectada con la emergencia del hegemónico prestigio occidentalista que desde hacía milenios había colocado, sobre todo a las primeras, a la vanguardia de la europeización de la humanidad. El auge preponderante de la modernidad mide en cierta forma vivencias y patrimonios milenarios inscritos en las concepciones culturalistas de escasas naciones, pero ha sido fundamentalmente la explosión creciente del capitalismo en su fase más óptima lo que ha posibilitado trascender esa condición histórico-etnocéntrica para desplazarla a través de insinuantes medios de comunicación de masas a la dimensión económica eminentemente procreadora de la sociedad de consumo. La modernidad ha permitido en cierta forma el traslado de una secuencia para que fueran patrimonio de diferentes pueblos del mundo, dejando (relativamente) de lado

los celos ancestrales de élites que consideraban sus producciones culturales como acervos únicos que consolidaban y determinaban la proyección histórica de determinadas naciones a través de sus desarrollos sociales. Este acontecimiento está íntimamente ligado con la desmedida acumulación capitalista que fundamentalmente intenta un dominio absoluto de la humanidad, con la imposición rígida de las premisas de la función económica como factor coyuntural para la usurpación y sometimiento de los países de la Tierra.

Esta situación después de varios siglos es la que descubrimos en cada una de las sociedades insertas dentro de los denominados países del Tercer Mundo. Aun así, comprendemos cómo es factible visualizar el imperativo categórico de una determinación económica que rige el destino de estos pueblos. Son sus símbolos y representaciones que han sufrido distorsiones, cuando no sus eliminaciones, en los cuales en la perspectiva del fenómeno pueden ser comprendidos por la medición de un *abismo* en la utilización e inmanencia de una naturaleza domesticada culturalmente por los pueblos europeos y los Estados Unidos. Y el significado “particular” de este concepto (modernidad) exige, para poder delimitar a conciencia, los elementos concernientes a la imposición de los ensamblajes ficticios en el campo más abierto del subdesarrollo. La euforia de la modernidad, que en este instante cumple un momento álgido (siempre será así, mientras que el predominio y el desarrollo progresivo del capitalismo mantengan un relativo “ascenso”; cuestión diferente pasará cuando necesariamente tenga que sufrir el descalabro y el desgaste de sus valores por los choques, crisis y conflictos de sociedades en pugna que ya expresarán su destrucción), comporta un cuadro de tipicidad histórica en las realidades del Tercer Mundo.

De este modo, podemos medir el extrañamiento absoluto de armazones urbanas e industriales entre los procesos de cambios “lentos” de sociedades concentradas dentro de un “ámbito tradicional natural”, si es que cabe acuñar esta frase, frente al trasplante gigantesco de ciudades enteras con sus cargamentos descomunales de lenguajes, símbolos, espejismos estéticos, naturaleza domesticada,

confort, *week-end loisir*, que han perturbado o por lo menos seducido la conciencia del habitante de estos continentes. Este drenaje devastador de los ensamblajes artificiales en los medios urbanos y rurales de América Latina determina de inmediato la diferencia entre una naturaleza completamente “salvaje” y un acopio de materiales diversos depositados por las periódicas descargas de las exportaciones *made in USA*. Esta marca y dual contradicción entre una naturaleza sedimentaria de cristalizaciones ecológicas, todavía en estado original, y las apariciones magistrales (cada vez más) de construcciones móviles desmantelables son dignas de seguir con la mirada para restablecer muchas veces majestuosas realidades ambientales absolutamente distintas a las existentes hacía pocos meses. Plantean una observación más rígida sobre el encadenamiento del fenómeno que lentamente pareciera ser natural frente a los necesarios empujes y demandas de construcciones a todos los niveles de nuevos sistemas de vida. Y si se ha querido combinar casi de manera simultánea el desarrollo del urbanismo con el país, que encierra el escenario en donde se instalan los artefactos novedosos, difícilmente en nuestro medio se ha podido lograr ese equilibrio como posiblemente ya se ha conseguido en muchas ciudades europeas y de los Estados Unidos. Aunque sea difícil de alcanzar una identificación casi gradual entre ambas realidades, se percibe que la naturaleza adquiere el sometimiento paulatino a los mismos valores sacralizantes (en cierto sentido) existentes en los centros de urbanización. Una naturaleza cultivada no solamente con los condicionamientos recreativos de parques y lugares de distracción, sino también en las dimensiones de una naturaleza en donde habitan animales de caza, pero determinados por esa cierta “racionalidad” de conservación prudencial (cultural) de *viveros claves* para la manutención de esos lugares y de una tradición hasta cierto punto creadora de valores de esa civilización.

En cambio, en este continente por lo general existe una marcada diferencia entre la naturaleza y las producciones de la modernidad detentada por la forzosa instalación de edificaciones que en ningún momento han seguido ritmos más o menos evolutivos por las

transformaciones infraestructurales. La invasión desmedida de cosas recién facturadas, trasladadas e impuestas de manera brutal ha expresado las copias vulgares de creaciones y experiencias tipificadas por la horma económica de países que en la actualidad ejercen el control de la mayor parte del mundo. Y esta acción la miramos desplazarse continuamente en los diversos medios de los países subdesarrollados, en donde la asepsia de materiales recién sacados de los hornos o de las grandes fábricas, son inmediatamente trasladados sin planificación alguna para cubrir los espacios urbanos y rurales. De ahí que sean tan visibles esas notables contradicciones formadas por la emergencia aparatosa de ciudades modernas con sus enormes bazares de “modas”, que implementan la difusión violenta de hábitos y costumbres estandarizados en relación con las conformaciones de una naturaleza que todavía no se ha ajustado a los requerimientos exigidos por la coraza de concreto de la civilización. El asalto ha sido tan reciente y tan espectacular que ahora es cuando podemos seguir de cerca las grietas traumáticas que a nivel geológico, incluso, ha proporcionado el traslado compulsivo de una maquinaria tecnológica, la cual ha devastado grandes áreas de terrenos intactos para convertirlos en pocos años en el cauce de grandes metrópolis. Pero si este desequilibrio se observa en el plano de una naturaleza destruida que en cierto sentido corresponde a un verdadero “ecocidio”, debe medirse con más detenimiento los *shocks* creados para millares de habitantes que tradicionalmente se encontraban ubicados en zonas semiurbanas o rurales.

Por eso, la infiltración desquiciante de la modernidad aparentemente ha intentado rellenar para toda la humanidad el espacio del planeta con las mismas etiquetas, *slogan*, fórmulas y construcciones, etc., con lo cual el imperialismo pareciera cubrir con un mismo rótulo superestructural los desniveles espaciales y temporales de las sociedades. Parcialmente, ha conseguido a través de la fuerza misma de las cosas obtener una disminución de las desproporciones abiertas entre el entorno natural con respecto a la irrupción descomunal de la industrialización desatada de manera

imperiosa por la sociedad de consumo. Y una similitud forzada, de las posibles semejanzas entre las interrelaciones de las ciudades con relación a la naturaleza (con lo cual aparentemente parecen fundarse *vasos comunicantes* que hacen menos contundente el choque entre ambas dimensiones), se percibe con la práctica de cierto tipo de distracciones y juegos que permiten domesticar más la naturaleza a la usanza europea o norteamericana. Queremos referirnos a la introducción simultánea de toda una armadura artificiosa de construcciones trasplantadas casi de raíz desde el exterior: la tríada también de costumbres, hábitos y experiencias sofisticadas como las definidas por: *picnic, week-end, open house, etc.*, que sin lugar a duda introyectan un “aire” novedoso que cautiva a los habitantes de las urbes más nuevas para conciliar el choque desafiante entre la naturaleza y ciertos nódulos típicos de la modernidad.

Es decir, si existe una evidencia de la formación alarmante de cuerpos complejos de ciudades (si insistimos tanto en el señalamiento de la urbanización como resultado directo de la modernidad, es porque creemos que el escenario real e histórico donde se realiza el desarrollo de la vida social en su cotidianidad más espontánea es precisamente en los cuadros entrecruzados de las inmensas urbes), es porque la penetración distorsionante del sistema ha encontrado un caudal ideal por donde asentar el poderío al crear esos focos de producciones o ensamblajes de artefactos (ciudades), desconectados absolutamente de las propiedades históricas y culturales del *hábitat*<sup>27</sup>. La gravedad del asunto se hace difícil cuando establecemos que este zumbido seductor de la modernidad ha escarbado los intersticios más oscuros de la imaginación humana, contribuyendo a la gestación de un violento desafío que ha posibilitado la comprensión de la caza sideral hacia la cual últimamente se ha escapado la tecnología más reciente como último grito de esa modernidad. Y este ejemplo puede permitir sobrepasar los peligros, acechos y trampas que han sido tramados con

---

27 Este problema trataremos de abordarlo de manera muy particular tomando en cuenta nuestra condición de habitantes de países desarrollados en un texto que aparece más adelante bajo el título de *El asalto a la ciudad*.

gran sutileza por los conductores y ejecutores de la dominación del mundo en todas sus dimensiones, al disolver aparentemente todos los determinantes tiempo y espacio, para todos los habitantes del planeta que pueden “convivir” en esta aldea global (término acuñado por McLuhan), en las perspectivas evolutivas y futuristas del devenir como un acto concreto. Para adentrarse más en el juego fastuoso y fascinante de lo novedoso con su secuela de facetas de especímenes distintos, pudiéndose señalar que no existe diferencia entre la Tierra y la Luna (más cabría nombrar al infierno), captada desde cualquier sitio del planeta, pues imaginariamente todos los hombres se deleitan del espectáculo elefantiásico de la mundialidad destilada gota a gota por los telescopios de los medios de comunicación. El ardid ha sido descubierto por los ojos avizores que han seguido los desplazamientos de las elaboraciones en los laboratorios o en el despliegue genial de los cohetes cazadores de estrellas, pero ha sido tan agobiante la sobrecarga de lenguajes para atragantar hasta la saturación la mente humana, que el artificio se ha colocado con espontaneidad mientras presenciábamos la realización de los sucesos.

Todo el desagüe de vivencias significativas y aparentemente intrascendentes se esfuma a diario mientras hace explosión momentánea o progresiva el hechizo de la moda que se convierte en la investidura periódica y a veces diaria de los mismos maniqués acomodados con cierta gracia que superan los gestos petrificados de pretendidos hombres o mujeres de yeso. Como se dice ya *la procesión anda por dentro*, puesto que el extrañamiento asombroso frente a una determinada prenda o artefacto admirable dura solo centésimas de tiempo, pues consumido el fetiche dentro de un ritual verdaderamente canibalístico (la moda) queda la intensidad del deseo, pronto a consumarse, al adquirir otro algo nuevo. El furor de la consumición insaciable, originada por las danzas eróticas de lenguajes –verdaderas máquinas delirantes– que acometen la conquista de buenos gustos para la compra solícita de diseños ya concebidos con antelación, describe objetivamente el fuego graneado que el sistema ha inyectado bajo el giño secreto de un *slogan* a millones de seres

humanos prisioneros de ese gnomo doméstico de la televisión. Es difícil tratar de describir este fenómeno de la modernidad inscrita bajo el ropaje del filtro de lo novedoso, pues su presencia es tan determinante que prácticamente es tal la revelación descarnada de sus efectos que uno es víctima y cómplice que (rechaza-aceptando) la indumentaria bélica de sus magistrales artificios.

Desestructuralizar la estela dejada por la modernidad encuentra un sitio estratégico (como ya parcialmente lo hemos señalado) cuando se registra desde abajo y adentro de los países subdesarrollados; al poderse mirar con lucidez los pasajes que a manera de exhalaciones se cruzan de un continente a otro; tras el rastreo efímero de esas explosiones que hacen blanco en el espectador callejero para irse a morir inexorablemente en la pared de un muro o en el ámbito más atractivo de una tienda de modas. Esa situación, en cierto sentido privilegiada del observador crítico acantonado en estos territorios, obtiene una focalización más sugestiva del problema al examinar con cuidado las sinuosidades que deja en su recorrido los tránsitos del espectro de lo recién manufacturado, aunque casi siempre camuflado bajo facetas estetizantes que distraen al transeúnte mientras deslizan de *contrabando* la mercancía. El subdesarrollo expresa todo un contenido estructural, que a cada momento de su registro histórico está definiendo las mediaciones, las cuales osifican las rupturas potenciales, cercenadas por los estrangulamientos constantes de diferentes fuerzas económicas que han obstaculizado procesos generativos de sus transformaciones. Pero si esta concepción descansa en resultados científicos históricamente comprobados por el desarrollo mismo de naciones poderosas que han solidificado su engranaje infraestructural, es factible destacar cómo siendo en esta realidad determinante la complejidad misma de la producción industrial, se crea una problemática crítica por las mismas características del fenómeno estudiado. Insistir en la especificidad bastante difusa de este acontecimiento contribuye a precisar con más discreción y concreción científica las interrelaciones dialécticas, cada vez más densas entre los elementos pretendidamente

definitorios de una economía, y la insurgencia notable de las creaciones superestructurales que en ningún momento pueden ser concebidas como antagónicas, sino circunscritas a una cerrada órbita o nódulo generador de esas contradicciones. En los países del Tercer Mundo, la existencia crucial de la miseria se encuentra dispersa por toda la superficie de diferentes sociedades rezagadas; pero al mismo tiempo comprobamos cómo el lanzamiento apoteósico de esa bomba de tiempo de la modernidad difunde una cortina de humo que a medida que esconde la tragedia del despojo y del desperdicio propugnado por el capitalismo, asienta sedimentos decantados de una superestructura (supercultural en términos etnocéntricos de la civilización unidimensional) bastante rigurosa. Con esto queremos indicar las dificultades de realizar investigaciones centradas en el eje estructural del subdesarrollo, sin que se tomen en cuenta las cuantiosas y disímiles incidencias de factores que necesariamente con el tiempo se han convertido en núcleos conflictivos que engloban una totalidad crítica. La acumulación de mercancías en los mercados de los países subdesarrollados promueve la movilización de todo el aparataje publicitario con sus miras puestas hacia el erotismo de la moda para propender a la vigencia necesaria de la sociedad de consumo.

Ese entrecruzamiento actual, creado por las mismas oportunidades históricas que el capitalismo encuentra para poner en boga más que en ninguna otra parte ediciones nuevas de expectativas elaboradas por la modernidad, permite el juego complejo de posibilidades condicionantes y determinantes de simbologías inéditas que todavía pueden capturar a plenitud la conciencia del espectador porque si bien es cierto que la similitud de experiencias en cuanto al lanzamiento de las producciones monumentales de cosas nuevas fue simultánea, relativamente, no se debe olvidar que en cierto sentido la influencia tradicional de las sedimentaciones de significaciones culturales, en sentido estricto, sirvieron de soporte para que no se produjera un desquiciamiento descomunal de orden psicológico. Aquí nos encontramos con un terreno virgen (incluso en sentido

geográfico, ni siquiera tocado por la planta humana como fue hecho de la comunidad indígena hasta cierto momento), que por primera vez iba a confrontar el bombardeo sistemático e insistente de la publicidad por los canales de la comunicación de masas. También el uso de esos medios constituía un fenómeno novedoso, pero existía en general una cierta comunicación surtida por los bagajes culturales de patrimonios históricos, tanto antiguos como recientes, en donde el *balcanismo* (como en América Latina) no era tan determinante para mantener la incomunicación humana y geográfica, como estuvo presente en estos países hasta hace pocos años. La modernidad ha roto parcialmente esas distancias y ha impuesto un lenguaje más o menos codificable que está profundamente arraigado en la compra y venta de artículos de diferentes factorías diseñadas para el mercado mundial en todas sus acepciones. Y esto debe recalcar las características culturales y etnológicas de los distintos pueblos situados dentro de Latinoamérica, que por el carácter de su ruralidad hace pensar de inmediato en el marginalismo anacrónico a las que han sido sometidas millares de comunidades campesinas, para no hablar de las más recientemente surgidas con el factor de la urbanización. Débese tomar en cuenta la existencia de numerosas sociedades indígenas que han estado más allá de las fronteras nacionales, como expresión concreta de una *marginalidad cruenta* (marginalidad dentro de una marginalidad) que durante años han permanecido encerradas en sus cotos de caza y a la expectativa frente a los habitantes de la cultura nacional. Esta dualidad dialéctica (subdesarrollo y modernidad) encuentra fuentes bastante promisoras para conducir a un análisis sociológico de los choques, pero que a fin de cuentas sirven para montar y aceptar a todo tren una dinámica que explicita los desniveles creadores de saturaciones encubridoras de ese “impase” histórico estructural y que demarca las desgarraduras sobre todo internas (porque afuera el ambiente propiciado por las innovaciones hace pasar como algo inapercibido las fracturas abismales), que definen el sometimiento neocolonial de acuerdo con el tráfago mistificador de la cultura como agente de contaminación.

Esa diversidad de aspectos, formas, vivencias que solamente un análisis antropológico puede conducir a un ajuste histórico, más o menos severo, permite entender a cabalidad las incongruencias, desajustes y concepciones economicistas de algunos estudiosos del subdesarrollo cuando intentan desentrañar en su totalidad el significado real del problema.

Se ha desecado parcialmente el *boom* de la modernidad, después de haber decantado las intervinientes que estructuran la red de elementos que se incrustan para dejar innumerables esquilas flotantes y relativamente inconexas, pero que por estar regidas por una racionalidad del sistema no se pueden concebir formando parte de un caos indescifrable de acontecimientos, creaciones, fabulaciones, etc. En la práctica cotidiana, difícilmente son posibles capturar en su objetividad significativa los procesos reguladores de estas constelaciones de elaboraciones económico-culturales, puesto que al estar envueltas en un maremágnum de piezas articuladas es como se desplazan los acontecimientos denotativos y connotativos de la modernidad. Esas piezas entrecruzadas se fueron difundiendo en forma de satélites que recorrían una diversidad de circuitos económicos (desplazamientos mundiales de los mismos productos) hasta ser neutralizadas, cuando habían alcanzado la repetición semántica de las nominaciones “objetuales” del artificio promovido para el consumo masivo. A esas primeras remesas de elementos se fueron uniendo, intercalando, sobreponiendo, adhiriéndose, un vértigo de millones de otros objetos que explicaban el aumento de la productividad y apertura elocuente de la sociedad de consumo. De inmediato, se abrieron los canales para la extensión de numerosos mercados para la trasmisión de las innovaciones convertidas cada vez más en invenciones efímeras que acentúan a diario el sentido transitorio de las modas, pero simultáneamente difunden hacia todos los rumbos los vertederos de los conductos de comunicación de masas. Las distancias se acortaron rápidamente de tal manera que las imágenes parecieran captarse en un mismo momento en diferentes continentes, como si el tiempo y el espacio se redujeran tanto que el

ojo del televidente los caza con vehemencia para mirar con actitud mezquina el desfile de “encrucijadas” vertiginosas que no deja lugar para precisar con certeza la complejidad de sus figuras transitorias. La luminosidad atractiva desprendida sobre las terrazas, autopistas, espacios turísticos descubiertos de las grandes metrópolis despertó la ilusión de los viajes quiméricos destinados a satisfacer el goce interior de seres que solamente podían imaginarse mundos sentados o recostados en sus habitáculos domésticos, mientras asistían absortos a los estallidos innovadores de la sociedad. La transmisión de mensajes con sus códigos ideológicos alimentaban las bocas y los oídos de millones de personas sedientas de aprehender esas cosas o realidades absolutamente fantásticas, jamás vistas, registradas delante de sus ojos, pero que realmente ocurrían en otras latitudes.

Disuelto el bombardeo anestésico de aparatos y retículos heterogéneos de formas complejas, que entrañan los resortes articuladores de nódulos tecnológicos, los cuales fueron capaces de promover el auge de la civilización, podemos intentar finalmente el deseado descenso a una reflexión más sedentaria, capaz de despejar las confluencias de tramas de sugerentes lenguajes laberínticos que se abren o cierran como frutos suculentos. La consigna es la eliminación permanente de lo que comienza a dar muestras de considerarse deteriorado en el ambiente social, que corresponde a la existencia de un momento particular que puede estar marcado fielmente por la utilización de un modelo estándar de moda. Pero el surgimiento de esos rasgos son tan violentos e inesperados que casi siempre nos encontramos a la zaga de la moda, y más los habitantes de los países subdesarrollados que, con todos los mecanismos armados por el vértigo del tráfico capitalista, reciben estilos prefabricados para ser difundidos con los requerimientos exigidos por la sociedad de consumo. En algunas ciudades latinoamericanas se percibe el problema de la constante transformación de estos, que exigen, por su inestable solidez estructural y urbanística, reiterados acomodos a las exigencias funcionales que la supercarga de las construcciones, con reajustes innovadores, ocasiona periódicamente. Por eso asistimos

casi siempre a las roturas de calles, aceras, para acomodar la ciudad a las proporciones racionales que los planificadores descubren cuando analizan sobre el terreno las disfunciones de algunos aspectos, los cuales difícilmente encuentran acomodo, más o menos, propicio a las perspectivas ideales del urbanismo imaginado para ese momento. Es la muerte constante de lo fabricado, por lo menos distinta o poco distinta a la anterior, para así remover entusiasmos que se encuentran en los bordes de la conciencia. Pero, en la gente de los países subdesarrollados, el drama es bastante complejo, pues al mismo tiempo que cumplen la vulgar imitación de esas formas ideales creadas en laboratorios de Europa o de los Estados Unidos, con lo cual se establece una repetición de un valor económico muy bien camuflado por diseños estéticos, se han de fijar también estereotipos tipificados muchas veces como expresiones relativamente originales de esta realidad, por la asimilación tan absoluta con que son absorbidas esas formas (tan pronto como son expuestas en las vitrinas), con lo cual se pierde con mayor sutileza patrones éticos de corte cultural ya avasallados abiertamente por el sometimiento militar y económico de nuestros países a las grandes potencias. Maquinaciones constantes que a todos los niveles de lo cotidiano encontramos por doquier en procesos de reajustes o desplazamiento de nuevas formas por otras, como si lo permanente fuese a fin de cuenta el elemento fugaz, especialmente en nuestros países (por lo menos Venezuela pareciera representar un modelo de tránsito y derroche de creaciones estipuladas con carácter de moda) confinados perentoriamente a importar novedades. Aquí juega un papel importante el concepto de ruina que connota despojos de materiales o producciones que se encuentran periclitadas. En la actualidad, habría que redefinir el concepto, pues existen ruinas desechas en poquísimos tiempo (*ruinas nuevas*). En sentido general, este espectro lo descubrimos a grandes rasgos dentro del foso de la ciudad que en un proceso de fagocitosis destruye ambientes recién creados (el término ruina significaba algo viejo), fachadas, edificaciones, imágenes, para tirar esa serie de experiencias de golpe a un olvido total.

Este planteamiento está vinculado con lo que en alguna parte Marcuse señala como “la muerte de la memoria”, es decir, con gran facilidad podemos destruir y borrar de un tirón numerosas vivencias que en un momento dado estuvieron tan descaradamente presentes y constituyeron quizás parte importante de nuestro pasado. Pero insistimos que frente al enterramiento ritualesco de lo universalmente novedoso, cuyo procesamiento (el tránsito del espectro de la fagocitosis) entreabre los bien condicionados, tejidos, para resguardar dentro de su continua muerte la insurgencia de lo que potencialmente debe emerger investido de formas innovadoras. Se instala la sociedad solidificada por el *frenesí del consumo*, ruidoso y mítico de la productividad que proclama bajo la pancarta de imágenes influyentes la elección del “buen gusto” para el goce silencioso, junto al pretendido libre acceso a cualquier materia distribuida para el mercado mundial, borrando, frente a una humanidad cada vez más “abierta”<sup>28</sup>, la disolución de barreras geográficas por la propagación creciente de circuitos económicos muy bien sincronizados. Depositados también como esos maniqués de acuerdo a la estación, momento o temporada, nos encontramos presenciando la espectacularidad del acto de la devastación capitalista. Vistiendo y desvistiendo a otros iguales a nosotros, también prisioneros de un *slogan* que los ha convertido en dóciles marionetas de carne y hueso que se desplazan por calles y avenidas siguiendo los encadenados ritmos de una moda siempre idealizada.

La estampida de objetos que podemos decir vuelan por los aires hasta casi “ennegrecer” (llenen de colores vistosos) los contornos de las ciudades, colinas o parques, fenómeno este que a muchos llevará a pensar que corresponde a una ilusión óptica, carnaval festivo, en donde se crea un ardid imaginario de un juego fraudulento para enceguecer multitudes. Es una realidad bastante visible que

---

28 La acción de los medios de comunicación de masas ha promovido la invención de otra realidad existente solamente dentro del montaje de los laboratorios de la televisión, con la que exterioriza la elasticidad y hasta la permeabilidad de esas reglas que estructuran la estratificación social (sobre todo en los países subdesarrollados) para presentar la imagen feliz de una sociedad abierta (Karl Popper), que encubre la cruenta explotación y la muerte diaria de miles de personas víctimas del hambre.

aparatosamente se desgaja en millones de hombres y mujeres que son acuñados a través de nichos de socialización recubiertos por grandes edificaciones: *pent-house*, quintas, casas acondicionadas para grandes familias, lujosos apartamentos, barrios residenciales en donde se planta la leyenda de propiedad privada; y guarecidos bajo la escafandra de vestimentas, ropajes, lentes, zapatos, ornamentos distintos, barnices, maquillajes, gestos, aretes, pelucas, perfumes, medicamentos, y una diversidad de artefactos eléctricos y objetos de diferentes tipos destinados a llenar los espacios en blanco de paredes y pisos hasta poseer verdaderos bazares cambiantes de acuerdo a la medida en que puedan seguir de cerca las excentricidades de la moda. La ficción de lo nuevo es el sueño de la modernidad que encuentra su escape violento a lo largo de frescas coberturas que borran la marca de lo “estrenado” por un cuerpo que funciona igual que un maniquí. Ficción que alinea también a millones de seres marginales con sus vidas saqueadas y negadas por la guerra atroz de una miseria andante, con el sabio entrejuego de imágenes estéticas cruzadas diariamente en sus frentes, dirigidas a buscar deseosas una cierta “tierra prometida” que esconden detrás de sus mensajes. Ficción que alcanza la dimensión de un mito universal *homo faber*, porque amamanta (y se amamanta) del desafío erótico que clases ascendentes anhelan para ir a la caza de ese oasis sideral, emanado de la sociedad de consumo, y que felices procuran socavar y preservar sosegados en el coto de sus habitaciones.

Los ideólogos del sistema capitalista en la ejecución consciente que han hecho de los caudalosos montajes, aunque a la vez siniestros de la denominada sociedad de consumo que como caja de Pandora es capaz de realizar increíbles milagros para satisfacer los más curiosos y extravagantes deseos imaginados por los hombres, están conscientes de que no se puede dar un enterramiento absoluto de las vivencias del pasado, en sentido mercantilista, para emprender siempre la institucionalización ideológica del artefacto nuevo (pues lo nuevo como producto absolutamente nuevo no existe en líneas generales, cuya expresión ejemplarizante la conseguimos en las

representaciones periódicas de la moda, que a fin de cuenta no es más que la manifestación de otras surgidas a través de los tiempos), por lo cual conjugan el lavado cerebral de una civilización pretendidamente feliz con la asepsia culturalista de objetos que todavía conservan frescas etiquetas de fábricas. Pero para promocionar secuencias que proporcionen resultados beneficiosos, para acumular mayores ganancias con la expansión del espíritu último (novedad) de la tramoya capitalista, descubrimos cómo se elaboran materiales híbridos para obtener una apoyatura ideológica y mercantilista entre las multitudes. Cuando nos referimos a productos híbridos queremos dar a entender el juego inteligente que combina algunas representaciones antiguas (las cuales significan para algunos grupos sociales verdaderas reliquias sacralizantes, cargadas de sentimientos que han quedado ancladas dentro de vivencias de particulares épocas históricas) con los injertos seductores de una reciente plasticidad. Es toda una serie de construcciones de diferentes marcas que pueden ser situadas bajo el significado de las renovaciones, las cuales implican una marcha fluida de las elaboraciones de la sociedad de consumo, comportando simultáneamente simbolizaciones que recrean lo antiguo con lo nuevo —el olvido se encuentra viviendo en el rostro descubierto del objeto sublimado en un presente abierto en carne viva—, pues es la reafirmación actualizante del sistema. Sin lugar a duda que este tipo de experiencias se encuentra más determinadas en sociedades de países subdesarrollados, donde la parafernalia caótica de la modernidad no ha desencadenado la dislocación catastrófica de una imposición casi absoluta de valores a todos los niveles de formas de vida diferentes, desde los cambios sociales abiertamente comprobados en el desarrollo de la sociedad, hasta las rupturas culturales de cánones que eran los fundamentos de tradiciones ancestrales como ha ocurrido en los Estados Unidos. No obstante, el cordón umbilical que nos une (o mejor que nos nutre) contiene una comunicación directísima a esa matriz incubadora de nuestras conciencias (el imperialismo) para armar una estrechísima vinculación con la raigambre hasta más “estructural” que la primigenia definida

por toda una axiología que comporta nuestra ancestral existencia nacional. Señalamos esto, porque la imposición de nuevas formas y reglamentaciones, que han dirigido el desarrollo de experiencias culturales, encuentran asideros auténticos en los escondrijos ocultos, pero a la vez más inéditos de las culturas “primitivas”, junto a las experiencias cívicas-libertarias dejadas por los próceres de la denominada “independencia”, término este tan contradictorio y ambiguo por el cerrado sello de dependencia que actualmente vivimos. La factura de la superindustrialización parece cada vez más dirigirse a romper ese cordón umbilical que comprende arrancar y arrasas predios simbólicos de comunidades reales guardados por la memoria a fuerza de los insistentes e incisivos cortes violentos efectuados por los medios de comunicación, para ofrecer únicamente la alternativa ineludible del futuro como plataforma idealizada sobre la cual deben volcarse las expectativas del presente. Consideramos así que, aun con todo ese abierto y secreto bombardeo, poseemos los refugios (del mismo modo que algunos países desarrollados tienen sus subterráneos antiatómicos), en donde se resguardan cristalizaciones de existencias de valores “materiales” y “espirituales” de patrimonios culturales, que precisamente se encuentran en proceso de desmantelamiento y muerte, como muy bien lo pudimos comprobar recientemente en un estudio preliminar que hicimos de la cultura guajira<sup>29</sup> en el país. En cambio, en los Estados Unidos no solamente se ha liquidado de raíz con esos acervos milenarios, sino que también encontramos que los representantes más “primitivos” de esa cultura están reducidos a islotes culturales en donde se les

---

29 El caso de la comunidad guajira situada entre la frontera colombo-venezolana es un ejemplo bastante determinante del estado de absorción y destrucción violenta de estas sociedades indígenas a pocos kilómetros de la segunda ciudad de Venezuela y por lo demás una de las regiones petroleras más ricas del mundo. La acción etnocida y genocida se cumple prácticamente con un ritmo vertiginoso frente a la presencia pasiva de centenares de venezolanos que son testigos mudos de la trágica desaparición de una de las culturas aborígenes más significativas que están ubicadas en el contexto sociocultural del país.

percibe como verdaderos conejillos de indias al ser ubicados en esas áreas “especiales”, pero que posibilitan la representación de algo similar a lo ocurrido con la observación de ciertas especies animales prisioneras en zoológicos-etnológicos. Estos reductos involucran una experiencia profundamente trágica para el país, al mantener enterrados en esos ghettos aquellos que durante siglos fueron los propietarios naturales de inmensos territorios por donde anduvieron caminando y cabalgando generaciones de indígenas dueños de su destino.

Se ha interpuesto de manera vertical una supercultura artificiosa, bien articulada para cumplir una buena disolución de tradiciones de un pasado riquísimo, cuya expresión concreta corresponde a personajes creadores de los santuarios de esas costumbres que han desaparecido. Esa capa densa de plasticidad y de celuloide, que divide casi de manera aprehensible en la actualidad la “civilización” americana, es el proyecto expuesto en maqueta viviente que se irradia hacia todos los rumbos con poderoso juego de atracción para emprender maquinalmente el cierre de una mundialidad. Felizmente, en los países del Tercer Mundo no se ha dado ese grado de disección cultural tan colosal como ha ocurrido en los Estados Unidos, pues todavía se encuentran áreas de una naturaleza no “contaminada”, las cuales contribuyen a preservar a duras penas vertederos de culturas que posibilitan todavía rastrear con lucidez núcleos embrionarios, que autentifican de alguna manera una identidad antropológica en el mejor sentido del término.



# El asalto de la ciudad

Las enhebraduras de un escondido y subterráneo lenguaje encuentran cabos en que atarse para proseguir las coseduras necesarias que demarcan bien los filamentos de esa red nunca bien definida de índices arbitrarios revelados en los pliegues por donde se desprenden a la deriva<sup>30</sup>, trazos escritos de ciudades encerradas entre difusos cargamentos de significantes. Percibida a una cierta distancia se descubren grafías de cruces laberínticos que podrían de por sí ser interpretadas como progresiones crecientes de signos flotantes que se mueren dentro de sus propios referenciales. Es un lenguaje embrionario posible de describir como un tablero de ajedrez en donde las piezas se armaban siguiendo un ordenamiento de acuerdo con los movimientos realizados por el progreso industrial de ciudades que, referidas a las emergidas dentro de los países subdesarrollados, proporcionan distorsiones que imposibilitaban continuar observando el desplazamiento histórico de ese juego cerrado de representaciones. Esas formas urbanas antiguas, forjadas a través de delineamientos armónicos, han conformado movimientos claves de piezas definidoras, incluso en su expresión primigenia. Más que un lenguaje connota una

---

30 Las ciudades son trampolines ideales para entretejer en diferentes grados una apretada maraña de lenguajes, los cuales encierran el propio significado de ciudad en el contexto histórico actual. Pero al mismo tiempo ese ovillo profuso de lenguajes, cuyas ramificaciones e hibrillas manifiestan ideológicamente las contradicciones de construcciones de espacios urbanos se transparentan como realidades únicas en su historicidad.

escritura tallada sobre piedra y ladrillo. La nominación de ciudades comprende una noción cultural que esclarece un espacio recortado por cierta “racionalidad”, que ha estado presente en el desarrollo progresivo de esas construcciones “arquitectónicas”, cimentadas por fundamentaciones de valores civilizatorios, identificados con cierta creatividad estética hasta un determinado período de la historia. Ese peso ancestral del término ciudad se ha institucionalizado con mayor amplitud desde el momento en que aparece instalado como el centro ideal sobre el cual se “organizan” los complejos procesos de socialización (culturalización), que perfilaban con gran hegemonía el auge metafísico de una civilización inscrita en los frontis de las crecientes urbes. Se cristaliza a través de los tiempos con el barniz consagratorio de arquetipos urbanos conformadores de la postura etnocéntrica del hombre que alcanzó el estatus ciudadano bajo la insurgencia del Renacimiento. La existencia de esas efigies solemnes encarnadas por las ciudades antiguas (reliquias), sustentadoras de su espíritu histórico, comienzan a sufrir resquebrajaduras con los supercargueros violentos que los caudales del capitalismo imprimen en sus cotidianas y periódicas innovaciones mercantiles. Ese cuidado por conservar una atmósfera cultural que permitiera revivir la presencia de un pasado-presente, con lo cual expresaba en parte la historia de la arquitectura, encaminada a configurar prudencialmente los delineamientos de ciudades asomadas en su novedad, pero sin perder las perspectivas estructurales del núcleo original. Esa elocuencia de grandes ciudades que relatan o mejor escriben su pasado encuentran en la actualidad un encaje de sabias relaciones económicas generadas por el capitalismo, que en su afán transformador ejecuta una política del despojo para obtener fabulosas ganancias. Esta experiencia está presente en numerosas ciudades europeas y asiáticas deseosas de mantener, en cierto grado todo el ensamblaje arquitectónico de sus perfiles primarios, cumpliendo solo algunos ajustes funcionales que tienen como finalidad condicionar espacios comerciales para no romper del todo fachadas diseñadas para soportar una linealidad urbana. ¿Sabemos cómo

han podido conservar esas exterioridades a fuerza de inserciones estilísticas, apuntalando imágenes grandilocuentes para escenificar una pretendida memoria arquitectónica que revela en todos los niveles de sus (re)producciones económicas, sus representaciones culturales? Ese tablero en donde ubicamos la estrategia nodular de la ciudad, cuyas piezas (monumentos, edificaciones, iglesias, museos, habitaciones...) se colocaban según operaciones generadas por movimientos que la actividad comercial promovía en el seno de esas ciudades-mercados, se ha podido sostener “relativamente” para presentarnos los cuerpos bien diseñados de moles estampadas en complejos urbanísticos reunidos en torno a un eje directriz, creando eslabones históricos que fueron preformando las particularidades fragmentarias de diferentes sociedades que, desde épocas antiguas, se sucedieron en Europa –por ejemplo– específicamente (aquí se capta a través del espectro de las urbes el fenómeno del eurocentrismo como modelo de civilización), cuando estaban escribiendo trazo a trazo los zócalos civilizatorios de la performance cultista de la ciudad. Los muros de las ciudades, sin necesidad de realizar labor de arqueólogos, sacaban a flote la descarnada historia de estas, puesto que el acontecimiento parecía grabado aún en el recuerdo intacto de las piedras, orquestadas para abonar buen terreno sobre el cual debía pisarse con la seguridad de que la gente se encontraba en el anteportón de complejas expectativas por venir. Frente al relevante estatus arquitectónico de la ciudad que convalida ese espacio sacralizante de una sociedad definida progresivamente por los marcos referenciales de sus obras (ciudades), se comenzaba simultáneamente a diluir ese significado neto para ir definiéndolo de manera más compulsiva por sus concretos valores de cambio. Sin intentar abordar de manera exhaustiva el problema asomado muy subrepticamente que podría ser material para elaborar un largo análisis; no obstante, se puede observar esto realizando una prospección a grandes rasgos de secuencias de transformaciones sufridas por el entorno de las ciudades. En realidad, ha ido acrecentándose el rumor viviente de estas al ser desbordadas en sus configuraciones bien determinadas por

la estructuralidad de espacios conjugados<sup>31</sup>, para perderlas de vista, englutidas por el permanente movimiento de grandes multitudes.

Siempre ha existido un interés importante por el conocimiento de las ciudades porque como la presencia de la misma sociedad concreta que a diario percibimos, las urbes, constituyen el escenario natural en donde millones de hombres se han establecido para emprender una carrera que para ellos responde a situaciones de absoluta sobrevivencia, mientras que para otros estas representan verdaderos *oasis* acuñadores de su sosegada conciencia burguesa frente al acorralamiento gigantesco y vertiginoso del propio monstruo ciudadano. Durante muchos siglos se ha escrito sobre el fin de las ciudades y de sus funcionamientos para tratar de buscar el bienestar entre sus habitantes a causa de las *disfunciones* surgidas por el crecimiento demográfico, pero esa diversidad de trabajos respondían a posiciones ideológicas que una serie de pensadores expresaban frente al descarnado desaffo de la ciudad. Los numerosos estudios elaborados en torno a la problemática de la arquitectura o del urbanismo han obtenido un aumento colosal en los últimos cincuenta años con el fragor de las metrópolis, al comenzar a romper necesariamente sus marcos históricos, por el asalto de multitudes que buscaban, a como diera lugar, habitaciones en las urbes con las consecuentes explosiones demográficas. De cualquier manera, se requiere hacer un cuidadoso análisis de los innumerables planteamientos hechos para poder medir más o menos las proyecciones críticas del pensamiento urbanístico moderno. Un punto de partida metodológico, que pudiera servir como apoyatura “formal” de la compleja experiencia tejida y en virtud de las formulaciones esbozadas para delinear las conceptualidades más aproximadas al significado posible de las

---

31 “La crisis de la ciudad, la crisis de la arquitectura, la crisis de la habitación corresponden a una crisis más vasta, pues si las ciudades estallan, o se pudren, los mismos poblados se disgregan o periclitán. La crisis del mundo rural no es menor que la crisis del mundo urbano” (Les erreurs monumentales, Michelle Ragon, Hachette, París, 1971, p. 13).

formaciones de una ciudad ideal, estaría concebido dentro de algunas reflexiones signadas por la Bauhaus.

Los crecientes análisis científicos de los problemas relacionados con los procesos de urbanización, que se están produciendo de manera vertiginosa en diferentes regiones del planeta, aparecen íntimamente conectados con las transformaciones industriales que el desarrollo de la tecnología ha proporcionado en grado óptimo. El progresivo estrangulamiento que el neocapitalismo promueve dentro de los países subdesarrollados instala un escenario bastante proclive para percibir la fractura estructural de esa crisis en la constitución de las grandes metrópolis, en donde se visualiza el choque urbanístico de las modernas ciudades latinoamericanas<sup>32</sup>. En pocos años, la industrialización de estos países se ha convertido en detonante escandaloso que ha ocasionado el desmantelamiento de la ciudad, al mismo tiempo que propicia la edificación de nuevas metrópolis, las cuales desbordan los límites ideológicos y estéticos de la urbe tradicional. El surgimiento de esas ciudades gigantescas revela los ambiguos condicionantes de la urgencia “urbanística”, mediatizada por compulsivos mecanismos del consumo de países cada vez más sometidos a los imperativos imperialistas de un proceso mundial de modernización<sup>33</sup>, frente a la decadencia manifiesta de la vida rural.

---

32 Se puede realizar una lectura superficial que codifique los cortes, fragmentaciones, injertos y desmembramientos de la ciudad, como choques de planos sobrepuestos de manera violenta, por la carencia en parte de una planificación urbana que en sentido más global expresa la anteposición abierta entre la nueva y vieja ciudad. Debajo de esa multiplicidad de fachadas, se descubre una lectura más engorrosa y dramática que oculta el ahogo demográfico de grandes multitudes sometidas simultáneamente al sobresalto agresivo de una vida que para esos grandes sectores de población es trágicamente cruel.

33 Este fenómeno puede evidenciarse de manera elocuente dentro de las naciones altamente desarrolladas, mientras que en los países sometidos se comprueba cómo la metrópoli insurge en la representación de un muestrario universal de la acumulación de mercancías, objetos y riquezas, a la par que se observa la miseria generada por la acción depredadora del capitalismo.

En el patrimonio cultural de Occidente, la ciudad era concebida, antes de ser tomada por el arsenal industrial, como el resultado de un conjunto de realizaciones económicas y sociales influidas por la organización más o menos “racional” de la sociedad, pero simultáneamente involucraba su existencia la incidencia de una conciencia colectiva<sup>34</sup>. Esa valoración puede rescatarse históricamente por la permanencia significativa de un cúmulo de *obras y monumentos* que han constituido representaciones ideales de ciudades. Pero en la actualidad son acosadas y hasta mistificadas por los mecanismos abiertos y ocultos del tráfico capitalista. De esta manera, el estallido de la metrópoli con sus cargamentos de producciones estandarizadas simultáneas en todo el mundo, debido a la difusión monopolística del capitalismo, contribuye a recrear la presencia seductora de las fachadas de ciudades de los países de este continente, que encarnando imágenes de tarjeta postal, pretende dar una medida del grado de desarrollo alcanzado en la globalidad de estas naciones.

La exterioridad de las ciudades certifica un papel fundamental que les permite inscribir el rótulo de un cierto desarrollo económico, por el hecho de presentar un progreso urbanístico que fuera comparable en su apariencia con algunos resultados de los países de Europa occidental y de los Estados Unidos. En los países “subdesarrollados”, a medida que las aceleradas producciones de mercancías devoran el espacio urbano para constreñir y perforar los perfiles de una edificación más o menos homogénea, una dimensión urbanística distinta ha empezado a formarse en el contexto más reciente del término ciudad. La acumulación excesiva de depósitos de mercancías, ofrecidas al público en un muestrario permanente y cambiante a través de numerosos sitios de venta: tiendas, bazares, supermercados,

---

34 Hasta hace poco las ciudades latinoamericanas en su mayoría presentaban un radio urbano que, a grandes rasgos, conservaba el cuadro general de las viejas ciudades coloniales que permitía a la población recibir las líneas arquitectónicas del desplazamiento de estas. Con la brecha introducida por la industrialización, el salto hacia lo que podríamos definir como metrópoli se cumple y ya se pierden los lineamientos más o menos precisos de su morfología tradicional.

*drugstore, boutiques*, centros comerciales, etc., han ido acorralando el centro de la ciudad hasta reducirlo al casco recordatorio del viejo núcleo urbano. No obstante, quedan algunos ejes tradicionales que han soportado los embates continuos de esa avanzada del capitalismo mientras la moderna ciudad despuntaba desafiante proyectando el espectro de su imagen futura. Irrumpe arrollador el *mito de la ciudad metrópoli*, como un extraordinario canto de sirena de la modernidad que determina el inmenso poder de atracción ejercido por el derroche del capitalismo al exhibir desafiante el producto de su pillaje sobre vidrieras, fachadas y azoteas, con la evidencia elefantástica de sus riquezas. El fenómeno bastante reciente del surgimiento de las explosivas urbes latinoamericanas (excepción hecha de ciudades como Buenos Aires) no solo está condicionado por las migraciones de grupos campesinos, obreros y algunos sectores de clase media baja que han escapado en los últimos treinta años de la provincia para buscar mejores medios de vida a causa del empobrecimiento progresivo, sino también por la presencia de densos grupos de inmigrantes europeos establecidos en diferentes países de América Latina. Por lo tanto, es necesario referir el papel desempeñado, en el auge de estos *polos urbanos*, por los medios de comunicación de masas que han difundido una imagen sugestiva de la capital, como expresión nacional más acabada de la modernidad. Esta irrupción repentina de ciudades claves de América Latina implica la emergencia de procesos de urbanización<sup>35</sup>, mientras el abismo entre este eje y la enorme provincia parece hacerse cada vez más intenso. El crecimiento inusitado de las metrópolis entrañaba la síntesis del país en su proyección histórica, política y cultural, pero a la vez gestaba el doble de otras ciudades anegadas de miserias denominadas: *favelas, barriadas villas-miseria, callampas, ciudades-tablitas*, desplazadas de manera espectral por la cintura de las urbes.

---

35 El crecimiento alarmante de algunas ciudades latinoamericanas profundiza la imagen represiva de la metrópoli frente al resto del país, que por momentos parece percibirse como otra realidad absolutamente diferente.

Detrás de la expansión novedosa de las ciudades de este continente (recreadores de cierto goce urbano, aunado al ocio del *weekend*), se descubren los abiertos contrastes a partir de los grandes sumideros de miseria, comprobados en la vida casi animal de millones de marginados. Las sucesivas denuncias y campañas realizadas por la prensa nacional contra la indigencia, promiscuidad, delincuencia, prostitución, enclavadas en la periferia de las metrópolis han contribuido a la creación de diferentes tipos de organizaciones destinadas al rescate social de esas poblaciones marginales. En Venezuela, se encuentran formadas organizaciones religiosas (católicas, protestantes, etc.), políticas (especialmente las llamadas “Juntas Pro-Mejoras”, cuyos miembros casi siempre realizan una labor de catequización y de captación de militantes para sus grupos partidistas, sobre todo aquellos que tienen más posibilidad de injerencia directa en la vida de las barriadas y cerros, por su pertenencia en ese momento al partido oficial del gobierno), “Cuerpos de Paz” norteamericanos que propician ayudas para los marginados a nivel de alimentos, ropas y, en general, a base de mejoras de carácter económico con las cuales persiguen controlar las respuestas violentas, que ese estado de descomposición social contribuye a acelerar para evitar que sean convertidas en bastiones militantes de la izquierda insurreccional y, finalmente sociales, al intentar contribuir a poner paliativos que mejoren la situación devastadora, la cual penetra todos los recovecos de esas habitaciones colectivas.

Sin embargo, el desequilibrio entre estas dos aparentes realidades se acrecienta al aumentar la natalidad de la población acantonada en la periferia, mientras la ciudad continúa escapándose hacia el este<sup>36</sup>,

---

36 El auge de una ciudad como Caracas puede sintetizar los condicionamientos económicos, sociales, psicológicos y hasta culturales que el bombardeo insistente de los medios de comunicación desatan en una dimensión mundial al promover la meta de la modernidad hacia un fin último. Desde hace mucho tiempo, la proyección de una conciencia colectiva para alcanzar un bienestar más cónsono con la época que nos toca vivir, como ha sido predisponernos para el consumo de la moda que se encuentra en vitrinas

cubierta del suntuoso barniz de la modernidad. Ese desplazamiento urbano posibilita medir el grado de explotación ejercida sobre la mayoría de esos sectores “exilados”, por ser mano de obra en permanente subempleo. La eclosión urbana demuestra las relaciones entre los procesos de producción medianamente industrial y el crecimiento anárquico de las ciudades de estos países del Tercer Mundo, al percibirse desaguaderos de miseria que simultáneamente arman bajo ese latero portátil las *antimetrópolis* de la moderna sociedad de consumo. Y esto se debe a la presencia masiva de racimos de multitudes hacinados en estrechos radios de la periferia lo cual proyecta una visión conjunta de esas comunidades atrapadas, desplegadas en quebradas, pendientes y cerros que contribuyen a dar un panorama de abandono y fealdad, ideológicamente en contradicción con la fachada futurista de estas ciudades muy bien exhibidas y lavadas para el turismo internacional. La exterioridad de ciudades como São Paulo, Río de Janeiro, Caracas, Buenos Aires, Ciudad de México, Lima son ejes referenciales que pueden servir de apoyo para proyectar internacionalmente una imagen feliz<sup>37</sup> del auge “sorprendente” logrado por las modernas sociedades de este continente, pero desconociendo que detrás de esas vistosas

---

y al mismo tiempo promover el traslado de ciertos grupos sociales hacia algo diferente, mientras atrás quedaba el cascarón deteriorado y añejado de la vieja ciudad con el testimonio de una experiencia “relativamente urbana” ya superada.

- 37 En la actualidad, se activa insistentemente el desarrollo de campañas turísticas que posibiliten la venida de numerosos visitantes extranjeros para que conozcan las bellezas naturales y la realidad económica del país. Sabemos cómo el itinerario del turista comporta el pasaje por determinados lugares que han de contribuir al testimonio favorable sobre la existencia de un progreso evidente del país. Incluso, la visita incluye una visión a cierta distancia de las barriadas empobrecidas que con seguridad serán vistas a través del ojo fotográfico con *expresión curiosa* de ese contraste entre progreso avasallante de la ciudad y cierta periferia; aunque nunca habrá de realizarse un reconocimiento detenido de esos zanjones semiescondidos por donde, al igual que en las quebradas cargadas de miasmas y basuras, corren vidas humanas.

construcciones subyace una humanidad sometida a una feroz explotación. Empero: las diferencias posibles en los denominados procesos de urbanización que están íntimamente vinculados con la avanzada industrial capitalista, entre países desarrollados y subdesarrollados, pueden establecer consideraciones significativas en el plano mismo de una “cierta” creación urbana. La pretendida actividad urbanística, que de manera aparatosa e irracional se ha ejecutado específicamente en Caracas a través de los últimos quince años, revela la abierta penetración de capital extranjero en la economía venezolana, por lo cual se patentiza el carácter y las relaciones estructurales de país dependiente, sometido a la subordinación de la empresa neocolonial. En los países subdesarrollados, parece existir una extensión geográfica considerable que todavía no ha sido invadida por la nombrada red *urbanística*, como ocurre más o menos en grandes centros de población de naciones desarrolladas, las cuales tienen relativamente un *hábitat urbano* restringido, en comparación con los países de América Latina.

Este extenso complejo de redes urbanas prácticamente difundidas a partir de la explosión de núcleos centrales, de metrópolis sean estas París, New York, Roma, Londres, Berlín..., ha comenzado a envolverse progresivamente dentro de sus tentáculos de cemento y hormigón armado para conformar pasadizos y puentes, en una serie de nódulos de ciudades distribuidos en diferentes regiones, hasta articular una intrincada *mall*a de comunicaciones. En cambio, en los países latinoamericanos, esa pretendida red solo presenta eslabones aislados en donde todavía el peso político de un cierto *balcanismo* impide concebir la existencia de una futura megalópolis. En los países altamente desarrollados, el engranaje de las transformaciones urbanísticas ha podido realizarse sometiendo a control determinadas áreas de ciudades que, de una u otra forma, han sido consideradas aproximadamente “intocables”, pero que cuando sufren remodelaciones periódicas, al contribuir a la creación de determinados ajustes estéticos, no dejan de conservar el carácter arquitectónico del conjunto en general. Y esto corresponde a la

celosa situación mantenida por áreas de metrópolis europeas, cuyas existencias están ligada también a la actividad cultural de esas poblaciones, transmitidas desde siglos por una tradición que recobra la ciudad como una obra, resultado del rico acervo civilizatorio de Occidente<sup>38</sup>. La vigencia casi permanente de los patrimonios arquitectónicos de esas prestigiosas metrópolis hace que se esté validando el proceso histórico de la creación cultural, aunque en la actualidad, junto a esa reafirmación del periódico testimonio de un pasado, se inserte la especulación excesiva de esos valores estéticos; a través del tráfico turístico que al sublimarlo enaltece de manera peligrosa cierto eurocentrismo. La armazón vertiginosa de las urbes latinoamericanas, después de haber sufrido la reducción al casco colonial, condicionaron la invasión de formas arquitectónicas diversas que trastocaron y finalmente liquidaron antiguos relieves que conservaban una particular regularidad del conjunto. Se comprueba el asalto mortal de nuevas edificaciones al destruir de raíz y sin reflexión alguna el significado cultural representado dentro de la breve historia de ciudades encerradas en sus memorias, hasta disolverlas prácticamente como fuentes referenciales del pasado. Y en poquísimos años se sepultó a golpe de taladro, tractores, palas mecánicas y mandarina el patrimonio social de una colectividad más o menos consciente de que esas áreas que eran destruidas representaban el producto de una significativa creación cultural. Si estas experiencias se han cumplido de manera absoluta en gran cantidad de capitales-metrópolis, una dinámica parecida se ha repetido en la generalidad de las medianas ciudades de provincias, así se ha contribuido a barrer con la ciudad como vertiente histórica por intermedio de la cual

---

38 El arquitecto y sociólogo francés Henri Lefebvre, que en los últimos años se ha dedicado a estudiar el fenómeno urbano, determina la conformación tradicional de las ciudades europeas, antes de ser violentadas por los procesos económicos de la industrialización dentro del contexto particular “de obras” que se opone a las actuales, constreñidas por la producción creciente de mercancías y objetos determinados por la invasión mundial del capitalismo.

se puede rescatar la proyección crítica de una cultura siempre en capacidad de proporcionar testimonios aleccionadores.

La presencia brutal de la ciudad en su espectacularidad desquiciante ha devenido en una realidad instaurada de la cual extraemos rasgos de identidad extranjerizante, al ser conducidos a convertirnos en habitantes fieles de una mundialidad. Esa domesticación paulatina comprende diversidad de expectativas implícitas de manera inconsciente en los comportamientos de carácter psicológico, presentes abiertamente en los gestos cotidianos, pero asumidos dentro de la personalidad del hombre ciudadano por la usurpación y mimesis violenta de sistemas de tradiciones provocados por los trasplantes compulsivos de modos diferentes de vida. Pero frente a esa reacción depredadora, fraguada por las articulaciones antojadizas y traumatizantes de espacios de ciudades impuestos por encima de toda posible “racionalidad”, asistimos a una de las resultantes de esa impostura trágica de la modernidad por la propia contaminación del ambiente. El fenómeno de la polución de una ciudad como Caracas alcanza niveles de gravedad semejante a cualquier urbe grande del mundo, por el hecho de que precisamente el estrangulamiento provocado por el impacto crucial desatado sobre áreas geográficas que hasta hace pocos años eran completamente vírgenes y ahora han sido arrasadas e incorporadas al deterioro creciente del espectro urbanístico. Respuesta a esa densa contaminación del ambiente la encontramos en parte a que Caracas ha sido una ciudad que se ha abierto paso en su desplazamiento vertiginoso, siguiendo la dirección de puntales formados por ejes de construcciones de enormes autopistas, espacios viales que definitivamente han respondido a la necesidad (entre otras) de darles cabida a millares y millares de automóviles provenientes de Estados Unidos y de Europa. El volumen inconmensurable de gas carbónico desprendido del tubo de los carros conjuntamente con el basurero enorme acumulado por los tantos materiales desperdigados en fábricas e industrias situadas dentro del campo mismo de la ciudad, que al ser quemados propagan un verdadero envenenamiento

del aire y cuyas consecuencias reales con todos los pronósticos y denuncias hechos hasta ahora no estamos en capacidad de medir en sus concretas dimensiones, son altamente contaminantes. El fenómeno de la polución, que se ha colocado de moda por las consecuencias horribles que a través de análisis de laboratorio han experimentado, pareciera corresponder a versiones de episodios de ciencia ficción al ver fotos de habitantes del Japón con mascarillas para evitar los efectos corrosivos suscitados a nivel fisiológico y psicológico entre las multitudes. Y si sabemos las causales directas establecidas por la putrefacción del medio ambiente debido al estrago caótico proporcionado por la “metropolización” agresiva del metal y cemento, creado en ciudades norteamericanas, europeas y algunas de Oriente, las cuales a fin de cuenta han conservado una linealidad urbanística, ¿qué podemos esperar en consecuencia de ciudades como esta (Caracas), en donde además de estar conjugándose elementos y situaciones marcados por los procesos del neocapitalismo, únese el desbarajuste anárquico y el desmantelamiento periódico de la estructura de la ciudad?

De nuevo aparece la ilusión de la ciudad expuesta en sus vértigos fascinantes, pero a la vez mortales, por la secuela de obsolescencias tanto en el plano del despilfarro “objetual” como del deterioro y corrosión de la persona humana. La asepsia con sus ordenanzas de limpieza y pulcritud en el interior de edificaciones estampa esa ilusión de la frescura de lo novedoso, pero esa cobertura degenera la destrucción de materiales acumulados por el consumo creciente de cosas. De ahí la vigencia de la polución en la práctica real, por ser producto de los desprendimientos de cuerpos “urbanos” formados por las operaciones comerciales e industriales. Aparece una instancia interesante para estimar la extrañeza de los componentes de la moderna ciudad (nueva), en la cual en un juego de relaciones aparece sistematizada por una aparente continuidad, cuando al realizar un inventario de los elementos descubrimos secuencias de formas, significados, representaciones, sintetizados a la fuerza por el *zurcido invisible* de la ideología urbana. Caracas realmente se convierte

en un escenario ideal para desmontar desde sus plataformas básicas hasta ese arsenal indescriptible de materiales difusos y confusos que la recubren bajo el anonimato. Intento sugestivo para sopesar palmo a palmo las madejas artificiosas de lenguajes y las piezas adhesivas que a fin de cuenta conforman el espectro de la ciudad con lo cual mediríamos, aun en abstracto, la impostura forzosa de lo nuevo. Después de desarticular esos espacios descentrados e indescriptibles por la opacidad de imágenes encubiertas y materiales depositados, podemos descender al *suelo ancestral* y quizás sea el único terreno propio a nivel de nuestra historia o quizás de nuestra geografía (porque la tierra es propiedad privada), pues todo lo otro configurado bajo los términos de ciudad ha constituido un traslado completo de una *capital* (metrópoli) por la determinación del neocapitalismo. Esos espacios comerciales, sociales, políticos, pseudoestéticos disgregan planos de formas ideológicas que nos han convertido en habitantes de un país con rótulo de venezolanidad. Este giro reflexivo está estrechamente relacionado al caso de una metrópoli abortada a la fuerza, como es el caso de Caracas, puesto que felizmente la provincia conserva todavía rasgos de una “verdadera” identidad histórica, visible –por ejemplo– superficialmente en juntas arquitectónicas de pueblos coloniales. (Ironía grande dejada por el tatuaje semántico de la cultura). De ahí que ese aire malsano, muy a diario respirado (hasta el aire ha terminado por ser extraño), ha derivado de la putrefacción de materias manufacturadas, cuyos desechos abundantes forman miasmas que, mezclados a los sumideros de gases carbónicos, han terminado por corromper la atmósfera natural de grandes ciudades emergidas con cierta monumentalidad hace muy pocos años.

En Caracas se puede observar como la poderosa maquinaria de la sociedad de consumo monta todo un dispositivo articulado a una novedosa existencia de ese cúmulo monumental de edificaciones dinamizadas por el cruce veloz de ofertas, que están domesticando insistentemente a millones de seres y al mismo tiempo asoma vías de

escape, por donde se insinúa promisor el futuro<sup>39</sup>. La ciudad tiende bajo continuas descargas de luminosidad los peldaños imaginarios que habrían de conducir a la armadura superestructural de la sociedad urbana en su totalidad<sup>40</sup>. Se encuentra la ciudad rodeada de una diversidad de formas arquitectónicas y lentamente estas se han ido cerrando hasta instalar una mole de asfalto y cemento, bloqueando en la práctica las puertas que le permitían mantener un contacto más natural con el interior. Esa asimilación violenta del nuevo medio urbano, impuesto tras el furor diario de una constante oferta y demanda de seres, productos y cosas, reafirma a este al convertirlo en el caballo de Troya de la modernidad. Y se transforma en algo mucho más imponente que un espacio inmenso cubierto de barriadas y de urbanizaciones, pues desde hace mucho tiempo se ha escapado a la mirada del habitante común a través de autopistas, pasajes a nivel, puentes, avenidas, torres de control que niegan todas las posibilidades de poder ser aprehendido en su trepidante ritmo cotidiano. Este fenómeno de la gran metrópoli genera continuamente los elementos “ideales” (la aparición de series de modas a todos los niveles ha posibilitado la creación de constantes expectativas en la población), condicionantes de una recreación autosuficiente a manera de *circuito cerrado*, de esa realidad que pareciera haber cortado amarras con el otro país escondido en el interior de la provincia. La capital-metrópoli deviene en la meta legendaria

---

39 Los montajes artificiales, pero por eso no menos reales que equipan la funcionabilidad y el régimen publicitario del sistema urbano a medida que atrapan la conciencia del hombre de la calle, propugnan el condicionamiento de un devenir feliz de la sociedad y esto ocurre en la *exterioridad* de la metrópoli. A nivel *interior*, los medios de comunicación efectúan su persuasiva labor de zapa, destinada a mediar en las decisiones posibles de la colectividad en lo referente al gusto de los requerimientos de una vida mejor.

40 Quizás hace solo diez años este personaje urbano poseía formas de expresión, gestos, vestimenta, actitudes y expectativas diferentes a las que en tiempo récord ha adquirido desde que fue ganado por el estallido envolvente de la metrópoli moderna.

del país presente en el acto de reafirmación de una mundialidad para reflejar el sentido trágico de una historia frustrada de país “dependiente” con cuatrocientos años de existencia. Desde adentro se realiza la conexión con una vida cargada de representaciones tipo cultura de masas, integrando la conciencia colectiva dentro de un marco de universalidad. La planificación no ha correspondido en ningún momento a fundamentaciones, más o menos estratégicas de esta ciudad, como conjunto de relaciones (núcleos urbanos que mantienen cierta continuidad relativa), posibles de encuadrar dentro del marco urbanístico global. Desde que el núcleo organizativo de una economía definía históricamente el eje central de la urbe, esta se fue distorsionando primero por el choque brutal entre la vieja y la moderna ciudad en gestación y después a esta fractura vertical se fueron superponiendo fragmentos dispersos (mientras se destruían los cimientos del cascajo colonial), de acuerdo a móviles económicos ejecutados por sectores casi siempre poderosos, que en combinación con personeros de gobiernos adquirirían centenares de áreas de terreno por precios irrisorios para después realizar ventas fraudulentas al Estado. De allí, se comprende por qué la huida de la ciudad hacia el este significó el desembolso de cantidades fabulosas de dinero por la adquisición de terrenos situados entre colinas, en lo bajo del valle, los cuales hasta hace poco tiempo eran considerados como terrenos baldíos sin gran provecho. Ese desplazamiento avasallante de la población puso en sobreaviso a muchos especuladores al detectarse de inmediato cuál debía ser el trayecto recorrido por la ciudad a partir del auge desatado por la apertura hacia un nuevo paisaje. Al avanzar, la ciudad ajustada a un cierto desarrollo progresivo comienza a perder definitivamente su fisonomía “cerrada” para sufrir después desprendimientos, sustituciones radicales y nucleamientos espaciales en urbanizaciones funcionales a manera de pequeñas ciudades, las cuales definen con más determinación el *oasis de la sociedad privilegiada* y que parecen resguardarse en términos de una mayor seguridad frente al bloqueo enloquecedor del acecho urbano. La *espina dorsal* de la ciudad como un barreno abre el pasaje por donde deben correr los

núcleos futuros de población, formando el cauce a través del cual se asientan edificaciones comerciales ratificadoras del valor económico de la empresa urbanística. A medida que la ciudad empieza a ser demolida y sustituida por representaciones parciales de una u otra ciudad, aparece reflejada en muestras fragmentarias que cubren de manera acelerada áreas destruidas o espacios en donde hasta ese momento no se había construido. Se produce el aislamiento del bullicioso centro donde se ha levantado la ciudad comercial por intermedio de las cuidadosas fronteras de las denominadas urbanizaciones o, en otros casos, zonas residenciales, en las cuales se busca conservar verdaderos campos de paz. De cualquier manera, esos islotes aparecidos como al margen del inmenso caos urbano expresan los abiertos antagonismos forjados por las aparatosas transformaciones ocurridas en tan poco tiempo y en un espacio prácticamente pequeño para poblaciones potencialmente en proceso de crecimiento. Un denso número de pobladores de la “periferia” de la ciudad se encuentran archivados en cuantiosos conjuntos, sometidos a edificaciones cerradas, tras las cuales mantienen atrapadas a millones de personas en *trampa-jaulas* uniformadoras de sistemas de vida, por los mismos caracteres regularizadores de un espacio hecho repetitivo por sistemas de *apretadas colmenas*, a donde regresan los moradores para cumplir con una monotonía disuelta solamente –a veces– con el sueño. La mayoría de la gente instalada o enclaustrada necesariamente por la baja adquisición de salarios ha tenido que refugiarse en estos *calabozos* y se convierten con el tiempo en víctimas de *shocks* psicológicos proyectándose a niveles de todo el grupo familiar. A causa de la extracción social de esa gente trasladada muchas veces en forma compulsiva a esos conjuntos habitacionales, pues provienen de medios miserables de ranchos (en estos parecieran encontrarse con una mayor libertad, escapando por lo menos a las agudas crisis psicológicas que desencadenan esos reductos colectivos), se posibilita la realización un estudio crítico de estos habitantes por venir en su mayoría del interior del país, de donde llegan con una secuela de expectativas económicas, memorias

y frustraciones que los convierten en seres desarraigados. En el análisis del nuevo impacto urbanístico experimentado en el país y muy particularmente en el radio metropolitano, es importante desmadejar esos gajos de poblaciones diseminados en los últimos quince años por las márgenes de lo que ha constituido el foso de la gran urbe de un país sometido. La marginalidad involucra de inmediato el desacomodo urbanístico del recién llegado<sup>41</sup>, quien es lanzado al basurero de la periferia, pero esta situación se encuentra intrínsecamente articulada con su condición de hombre desarraigado, con lo cual se interrelaciona el fenómeno del habitante desvalido con capacidad mínima de subsistencia y compelido a convertirse de inmediato en delincuente o prostituta. Inserto a esta resultante, bajo la otra cara de la misma moneda, queda implícito el trauma también *cultural* producido por el vacío económico que lo engrana dentro de esa larga cadena de desterrados deambulantes. Es el prototipo del limpiabotas, vendedor de periódicos, traficantes ambulantes de diferentes tipos y de objetos: en una sola palabra buhoneros, con la peculiaridad de una circunstancial participación en el diario mercadeo de la compraventa de objetos para la subsistencia.

¿Hasta dónde es posible medir la nefasta enseñanza para diversas generaciones que, aún no teniendo una formación crítica del significado histórico y cultural de ciudad, se encuentran educadas hacia un reconocimiento negativo a niveles éticos y estéticos de esta? Pues constantemente se realiza el espectáculo de su demolición como un fenómeno natural e involucrando dentro de este proceso criminal la idea de liquidar, con la eliminación de esos despojos relativamente

---

41 Los estudiosos de los problemas relacionados con la situación de marginalidad de numerosos sectores sociales de esta ciudad cuentan con la favorable experiencia histórica de que el surgimiento de este fenómeno es bastante reciente. De esta manera, se facilita recobrarlos en su más compleja dimensión, refrescando la memoria para percibir los momentos en que se fueron conformando los “campos de concentración” de las ciudades-tablitas. Al mismo tiempo, estamos conscientes de que la discusión del problema se dificulta por las implicaciones ideológicas e históricas que su registro práctico comporta.

nuevos<sup>42</sup> de espacios pocos funcionales, la imagen vetusta de un país rezagado. Es decir, el concepto de ciudad en países como los nuestros no expresa una permanencia más o menos coherente dentro de su significante o significado para la conciencia de millones de habitantes, por estar sometidos a continuas secuencias de destrucciones a base de *trasplantes antojadizos* de formas y modelos exportados concernientes a efímeros espíritus de modas<sup>43</sup>. El contexto de ciudad siempre ha formado parte del ceñido sistema de valores determinantes de la cultura de los pueblos, que ha comenzado a desaparecer violentamente del escenario de la tradición porque a una gran mayoría le es difícil comprender el *papel antropológico* conjugado por esta realidad social a causa de las mismas mediaciones ideológicas que interfieren y neutralizan su condición de países dominados. En Venezuela, se

---

42 Aquí se encuentra un buen material para analizar, a través del problema de los países sometidos, el imperio económico de las grandes potencias, puesto que esas pretendidas transformaciones que ocurren en ciudades como Caracas refieren, fundamentalmente, el valor del espacio que se convierte en moneda viviente, por el lugar que ocupa dentro del perímetro táctico en donde se encuentran desplegadas áreas ideales para un mejor consumo. El dismantelamiento aparatoso de edificaciones, aparentemente no funcionales para ser ajustadas al ritmo moderno que en un cierto tiempo toma la ciudad, expresa la abolición de estructuras arquitectónicas y urbanas que a lo mejor fueron construidas hace apenas quince años, con lo cual se podría ratificar el término muy ambiguo de *ruinas nuevas*, debido al giro compulsivo y universalizante que toma la ciudad. Frente a las constantes demoliciones estamos en presencia de verdaderos *potlachs* por el desgaste continuo de riquezas; dentro de los rituales de máquinas y movimientos de tierra, celebrados por multitudes o grupos que observan atentos la instalación frenética con los nuevos perfiles de ciudades.

43 Dentro de la creación reciente de la investigación urbanística ocurrieron experimentos que en una u otra forma pudieran reflejar el sentido de una construcción que sistematice la renovación permanente de la ciudad, pero que recordarían códigos de funcionalidad a niveles de moda. Es el caso de la búsqueda –entre tantas otras– impulsada por Yona Friedman en sus investigaciones sobre arquitectura móvil que no obstante de presentar en sus proposiciones conceptos asomados ya por la Bahaus, formula el ensamblaje de construcciones que se ajustan a la dinámica que la movilidad de la producción económica ha decretado hoy.

pueden elaborar varias instancias en cuanto a la creatividad y valoración del fenómeno de las ciudades, aunque siempre definidas por el eje difusor del polo central de Caracas. Una primera debe situarse dentro del largo período que ocupa todo el proceso histórico comprendido entre los períodos de la colonia y de la Independencia. Seguida de otra que parte desde esta última enmarcada a través de ciertas perspectivas de carácter tradicional, referidas al cuidado y limpieza de las ciudades para desembocar en las modelaciones, arreglos y construcciones hechas durante el gobierno de Guzmán Blanco. De inmediato, vendrían experiencias arquitectónicas posibles de ubicar desde finales del siglo XIX hasta 1948 aproximadamente un progreso lento que con la productividad petrolera adquiere un ascenso cada vez más creciente y cuyo vértigo se da en las dos últimas décadas, para concluir de manera caótica en la confusa urdimbre de elevaciones viales, levantamientos habitacionales y comerciales de hoy. Los períodos seleccionados arbitrariamente por la carencia de una sistemática histórica, codificados del cuadro arquitectónico del procesamiento cultural de las ciudades de Venezuela, pueden ser sintetizados a nivel ideológico por la reproducción de arquetipos urbanos copiados a imagen y semejanza del país colonizador, pues todavía en la actualidad se habla de “ciudades coloniales”. Podemos referirnos dentro de ese marco inmenso del surgimiento de ciudades a *espacios sui generis*, en donde se refleja de manera repetitiva la figura exacta de algunas ciudades españolas, pues durante ese largo período histórico se fue desfigurando ese marco referencial. Sin embargo, en la actualidad observamos como las elaboraciones urbanas de las dos últimas décadas si no constituyen copias fieles de ciudades de Europa o de los Estados Unidos, las maquetas tampoco responden a diseños de formas urbanas más o menos particularizadoras de instancias de un espacio social dado. Ahora bien, retomando las observaciones hechas al comienzo del párrafo, observamos la poca atención prestada a este fenómeno en los países del Tercer Mundo en el sentido de descubrir, en la dinámica real de las ciudades ricas, fuentes de conocimiento. En esa medida, el pasado arquitectónico

de las ciudades de América Latina ha sido cortado en forma violenta en la última década (salvo algunas contadas excepciones), para después cubrirlo con una amalgama de representaciones que en ningún momento sintetizan una cierta especificidad arquitectónica de corte nacional. Al estar ubicados dentro de la particularidad de una existencia social e histórica presente, caracterizada por ocupar parte de un contexto de países del Tercer Mundo, permite presenciar, por la acción reificante de los medios de comunicación de masas, el envolvente alud de la mundialización que siempre está socavando soterradas vivencias a todos los niveles de la vida social. El proceso de negación de la ciudad puede percibirse en cámara lenta a lo largo de la historia de las urbes latinoamericanas, siendo más elocuente y dramático transparentar el espectro de su disolución en las dos últimas décadas, en las cuales las ciudades han terminado por hacerse *extrañas*, al reafirmar su diferenciación creciente frente a sus formaciones tradicionales. Y esta experiencia es bastante rica porque permite abarcar una totalidad de hechos proclives que corroboran la condición de países dependientes, lentamente mediatizados por una economía impositiva a modos ancestrales de vida que a lo largo del tiempo los han ido perforando hasta hacerlos distintos a la fisonomía definitiva de cierta identidad cultural. En esa ratificación de la situación de sociedades sometidas, aun cuando existan constantes que establezcan la determinación económica del conjunto de pueblos del Tercer Mundo, se encuentra la singularidad irreplicable del país o países prescritos desde sus orígenes por el *indeleble tatuaje de la cultura*. Pero insistimos en indicar el papel jugado por la formación de la ciudad y sus progresiones en el registro histórico de la denominada civilización. Pues bien, al penetrar en el análisis del fenómeno urbano en los países latinoamericanos, hace falta ahondar en las influencias sensibles que por momentos parecen transcribir en sus espacios bien urdidos las *quebraduras y estragos* dejados por el caos de la metropolización. Este accidentado y antagónico despliegue de las *disparatadas* urbes latinoamericanas, dentro de las cuales Caracas representa un caso peculiar por los

mismos complejos factores económicos e históricos diseñados en su carácter actual, era consecuencia del inesperado proceso urbanístico del capitalismo activado a nivel mundial en los últimos cincuenta años; así se configuraba a una determinada distancia la avanzada apabullante del auge tecnológico, revelado por la vistosidad de gigantescas ciudades y a través de cuyas radiaciones reafirmaban el horizonte abierto de la eficacia reproductora del capitalismo. Esta emergencia de la monumentalidad de las metrópolis norteamericanas y europeas, convertidas en portavoces de la modernidad, condicionaban expectativas sublimadas por el consumo creciente de bazares de producciones, pero al mismo tiempo promovían otras nuevas que debían ser saciadas *ad infinitum*. Y, además, fuera del tráfico abierto de materiales creadores de mecanismos diferentes para la compraventa de cualquier tipo de objeto sacado hacia el mercado, la ciudad se convertía en el más seductor ypreciado objeto aclamado y buscado por las multitudes. Históricamente es necesario recordar cómo este tipo de vivencia lógicamente fue menos violenta en Europa en relación con los países del Tercer Mundo, porque las formas de las ciudades presentaban su esqueleto arquitectural con radios, diagonales y paralelas en las divisiones urbanas sedimentado en los decursos de tradiciones. Y frente al polo de atracción, ejemplarizado por la diseminación y diversificación de la actividad económico-social de las metrópolis, debe recurrirse a los desplazamientos históricos de fenómenos culturales, los cuales han incidido para que este fenómeno no fuese de proporciones tan abismales en comparación con lo ocurrido en estos países. Tomarnos a manera de ejemplo las experiencias históricas de las ciudades: Roma, Florencia, Venecia, Bologna..., pues aun cuando el poder político de la nación estuviese centralizado en la primera, ha influido muchísimo el peso de la tradición cultural del conjunto de otras ciudades para evitar que ocurriera el impacto de la metropolización en términos menos contradictorios. La realización de la *empresa* económica, sea esta metrópoli o megalópolis, es la consumación concreta de una de las metas del monopolismo capitalista, el cual

ha dejado muy atrás el equilibrio que por momentos parecía conservarse sacrificando algunos valores estéticos por la acción urgente de la rentabilidad neta del capital. Esta realidad implica una problemática muy ardua, pues gestando el cuestionamiento de valores que respondían a un abigarrado escenario cultural, hallamos la facturación ideológica del capitalismo situado en el tránsito de su productividad para cuestionar, invalidar, neutralizar o someter a sospecha algunos principios que han normado el significado del fenómeno de la creación. Y a fin de cuenta no es más que la introyección de la *praxis* del sistema en su aplicación del código “racional”, conjugado en fórmulas para mantener el sentido de una estética urbana en este caso, mixtificando, adulterando o ajustando por intermedio de la camisa de fuerza de la modernidad, la vigencia de lo nuevo como dimensión sintetizadora de la totalidad social. Aquí cabe determinar más ampliamente la implementación del patrón: ciudad-metrópolis, en la ejecución global de la acción de la trama explotadora del *capital*, puesta por las dimensiones ideológicas visibles e invisibles por la práctica diaria llevada a cabo, con lo cual se percibe la *dobleza repetitiva* del cuadro de la metropolización internacional: *USA-Europa*. Es decir, no sería necesario pensar en el pasaje de imágenes y códigos transportados por los medios de comunicación a nivel de una doble realidad, sino se ha perpetrado el corte con ese tiempo pensado en un espacio para sentir ya la experiencia espectacular, fascinante y enajenante del acto de la metropolización (mundialización), disecado en la interioridad del cuerpo urbano. La utilización de materiales postizos y plásticos ha permitido moldear rápidamente la sociedad para secretar una acomodación mimética, hasta convertir la ficción en realidad tangible de un microcosmos descomunal, en el interior del cual asistimos a las encrucijadas de pesadillas, sueños, errancias, destrucciones, mesianismos, esténtores, fabulaciones, miserias, vueltas obsesivas en la trepanación mental del desenfreno corrosivo del *lenguaje-mercancía* al abrirse sobre todos los flancos de la vida cotidiana. En vez de traslado, se trata más bien de un injerto para introducirlo

justamente en la forma de un espacio geográfico, el cual se ha de aclimatar a condiciones óptimas en la medida en que el lenguaje-*slogan* o lenguaje-estandarizado maleabiliza la conciencia de las multitudes en la preparación de las secuencias de la unidimensionabilidad. Este fenómeno captado de esa manera implica todo un lenguaje característico de una sistemática de dispositivos artificiosos utilizados para naturalizar las armazones de ciudades, con la finalidad de mantener la expectativa de la ciudad abierta en panorámica de *sociedad-espectáculo*. Y a cada momento esos lenguajes instituidos convalidarán los experimentos creadores al suturar ensamblajes sobre los cuales se expande la gran urbe, por un manejo de consignas que han de ir en detrimento de la otra imagen sepultada o en vías de liquidarse, dejada por la ciudad primera. Esto lo observamos en Caracas, ciudad borrada ya del mapa y como mala memoria de un país que ideológicamente es necesario ocultar para asomar hacia todas las latitudes otro diferente, el cual debe estar en armonía con la imagen feliz difundida a fuerza de prestigio por este continente y el mundo. Resultado final del ascenso de grupos sociales debido a las condiciones privilegiadas gestadas por explotaciones petroleras, determinante en el condicionamiento de un “nuevorriquismo” proyectado en la obsolescencia del lapidario consumo.

La acción perversa y corruptora de ese lenguaje lo encontramos –por ejemplo– en la propagación propagandística de una de las construcciones quizás más monstruosas forjada durante este lustro en América Latina, se trata del denominado Parque Central, inmenso y cerrado conjunto de edificaciones levantadas entre el viejo centro de Caracas y todo un espacio prácticamente nuevo, puesto que su ampliación y existencia datan de poco tiempo y cuyos límites se pierden en la denominada zona este, hacia donde ha proliferado la moderna metrópoli. Pensamos en la difusión tan altisonante promovida para atraer compradores con el ofrecimiento de este complejo residencial del Parque Central. Dentro de las pretensiones urbanísticas del continente se ha materializado este proyecto-realidad

y gracias al grupo de profesionales encargados de diseñarlo que ha de representar un modelo de proporciones mundiales. En los diversos folletos repartidos para dar una idea preliminar de proyecto en vías de realización, se comprueba antes que nada la exacerbada especulación publicitaria al destacar: *Parque Central es el proyecto de renovación urbana más grande del mundo en su tipo. Por primera vez se integran lujosas viviendas con amplias áreas de comercio, oficinas, recreación y cultura, dentro del más espectacular conjunto residencial.* Aquí se nota evidentemente ese rasgo etnocentrista presente en Venezuela, con marcada insistencia al concretizarse el valor mundial alcanzado por la materia petrolera. Pudiéramos detenernos únicamente a disecar este párrafo, pero como deseamos ir a revisar cuestiones de mayor importancia para sopesar el grado de penetración ideológica obtenida a nivel urbano, queremos apenas referir en la serie de promesas de una vida distinta que los habitantes habrán de conseguir en ese nuevo espacio con la adquisición de una experiencia *cultural*. A partir de este señalamiento, los propietarios pueden obtener una seguridad igual a la brindada con la comodidad de los apartamentos, por la oportunidad de tener a la mano *la cultura* como un departamento más en el cual después de gozar de esta atmósfera vital, los residentes se han de encontrar como peces en el agua. Sin caer en actitudes alarmistas de tipo académico, consideramos que el manejo pueril dado a la expresión cultura dentro de ese contexto es bastante peligroso, por ser este concepto *plataforma crucial* de nuestra realidad existencial. Y la utilización ligera del término para ganarse la atracción de futuros propietarios contribuye a agrandar confusiones por estar implícitas en su opacidad ideológica a niveles de diferentes capas de la población. Pero quizás esta referencia pasajera a la cultura no guarde tanta significancia en cuanto al juego fabuloso despertado hacia el público por la cadena de *slogan* leídos a medida que los prospectos muestran imágenes ambientales inscritas a colores, tras de las cuales usted puede ya imaginarse instalado en ese apartamento abonado para su conciencia de aire acondicionado. De los cuatro folletos, que tuvimos a la mano para mirar de cerca las condiciones ofrecidas

para poseer una cómoda residencia en el Parque Central, elegimos primero para cumplir un análisis detenido de sus proyecciones concretas, uno en forma rectangular que tiene como inscripción en la carátula la frase: *Cómo vivir mejor en una ciudad moderna*. Este se inicia con una reflexión descrita con un cierto dejo de nostalgia, aunque bien mercantilizada de fenómeno histórico el cual provocó la apresurada, pero necesaria transformación de la ciudad, con la secuela de expectativas psicológicas presentes en el deambular del hombre ciudadano. Ese breve texto define el porqué de la necesidad urgente de construir edificaciones “modelos” como las realizadas con el Parque Central, para referir el vulgar tráfico comercial acometido por la *cultura gerencial* del capital privado, estatal o de enmascaradas sociedades anónimas, al ofrecer suculento el producto. Luego de señalar la imprescindible transformación que debe sufrir la gente ubicada en el tráfigo actual de la ciudad y a causa de las modernas exigencias de la época actual, plantea la aceptación de estos cambios en la mentalidad de la gente *pero exigiéndole al progreso conservar la identidad actual*. Frase esta ideal para realizar todo un exhaustivo análisis de la falacia conformada a diestra y siniestra con los términos, sin comprender en ningún momento el significado transcendental involucrado dentro de esas referencias a las expresiones: progreso e *identidad humana*. Sin intenciones de ir al drenaje raigal del contenido antropológico de estos vocablos, diremos solamente la absoluta negación de estos referenciales, cuando se trata precisamente de condicionar una pretendida habitación humana cónsona con la vida colectiva de grupos sociales. Inmediatamente, siguen en otros párrafos juegos de frases escritas, con gran ligereza, pero para reiterar con el ritmo de lo escrito la seducción ejercida por el progreso, pues *vinieron gentes que escucharon la apetencia. ... y que se empeñaron en la tarea de materializar los deseos de las gentes para que continuaran siendo gentes. ... y viviendo como gentes*. Aunque dentro de esta sociedad de competencia en la cual el lenguaje se estampa para emancipar en un momento la palabra de la totalidad del párrafo, es muy oportuno aislar referencias como las subrayadas (el subrayado es nuestro) para demostrar el

saqueo ideológico presente en el contenido de algunas frases referidas a la concepción trágicamente manipulada por los encargados de condicionar un ambiente favorable en el desenvolvimiento de la sociedad. Fraseología intencionada y muy bien inserta en los pliegues de catálogos elaborados con juegos de colores, en los cuales se contribuye a comprobar la necesidad imperiosa del proyecto, de acuerdo a constantes de un bienestar económico formado y recreado especialmente para que las *gentes* (*una muy determinada capa de gentes que nunca se puede convertir en genérico*) sean atraídas compulsivamente para inventarse en una dimensión mental la existencia objetiva de un progreso concreto. En ese primer cuaderno, notamos la muestra para los ojos de la familia compelida por obtener una vivienda en particulares circunstancias históricas y sociales con el objeto de corresponder a exigencias idealizadas por la modernidad en todas sus dimensiones, pero conscientes de que con todas las *tomas fotográficas* y grabados hechos de las panorámicas y planos conjugados para revelar nítidamente su ubicación en el accidentado cuadro de la ciudad, este difiere mucho de la edificación real hecha de concreto armado. Los otros tres catálogos que se le ofrecen al futuro cliente presentan una serie de escenas en donde encontramos desde una hermosa pareja de jóvenes tomados de los brazos, quienes aparecen desplazándose felices por estar gozando de las prebendas que otorga el proyecto del Parque Central, hasta mostrar, en subsiguientes páginas, otras cumpliendo oficios domésticos dentro de áreas creadas para los habitantes posibles de esa ciudad-parque, al encontrar en su interior todo lo imaginablemente deseable para vivir cómodos. En estos prospectos se insiste en la formación de

un nuevo modo para disfrutar la vida al aire libre, proyectarse hacia la colectividad, estar en contacto con la naturaleza, caminar y manejar, cultivar la mente y el espíritu, tener espacio de sobra, tener un baño diferente, disfrutar de aire acondicionado, integrar pisos y paredes a la decoración de todo el apartamento, hacer de la cocina un placer, lavar y secar la ropa, disfrutar los nuevos servicios, estacionar y proteger su carro, viajar en ascensor, disfrutar su ambiente, evitar el calor, polvo y los ruidos molestos, vigilar su propiedad, recolectar la basura, ofrecer mejores servicios a los

residentes, comprar y divertirse.

Estas leyendas inscritas, recreadas simultáneamente con espacios sugestivos por intermedio de los cuales se reproduce el ambiente sugerido por colores y formas, dan una dimensión extraordinaria a la persona que para ese momento ha de encontrarse hojeando acuciosamente los apartamentos por vender. Quizás el texto colocado a manera de atracción en el despliegue de cuñas de publicidad, circulando desde hace mucho tiempo por radio, televisión, periódicos, revistas, folletos y pancartas, ha sido aquel marcado con la expresión: “Venga a descubrir el Parque Central en donde nada se parece al pasado”, repetido como cliché a cada tantos minutos, por cadenas de emisoras de radio y televisión. Esto representa una enseñanza mortal para cualquier mujer u hombre que más o menos entienda el significado de la palabra pasado. Precisamente, decíamos a lo largo de este trabajo que una de las acciones más inteligentes y acuñadas a veces con suma sutileza por los mecanismos encargados de desprendernos de esos vínculos originales que nos mantienen estrechamente atados a ciertas tradiciones, se expresan en la constante inserción de la conciencia a los valores suntuarios, deleznable y efímeros generados por la reproducción capitalista con expectativas del fenómeno de lo novedoso. Conseguimos, bajo esa leyenda definidora de la eficacia, dizque urbanística del Parque Central, un principio convertido en algo diferente a otro tipo de edificaciones, puesto que en “áreas verdes” distribuidas en más de 100.000 metros cuadrados de espacios abiertos se han de ubicar grupos humanos con una manera de concebir el mundo distinto a otros considerados hasta ahora. Hallarán una ambientación especial de la que posiblemente pudieran haber conocido o vivido en Caracas o en la provincia; estructuras arquitectónicas asépticas en donde no encontrarán ningún asomo de pasado, porque en esos contornos se descubrirán formas de vivir radicalmente nuevas, destinadas a la recreación de una socialización singular. Y el espectador sentirá una ansiedad por la estampa provocadora asomada en el despliegue de

imágenes vistas por medio de carátulas diseñadas con buen gusto, con las instantáneas de fotografías que perfilan los pormenores del sueño residencial del comprador. Frente a la realidad se disuelven por lo menos los juegos de colores muy bien combinados para resaltar los ambientes acogedores colocados con paciencia en los planos fielmente distribuidos de acuerdo a la disposición de los objetos ya instalados para que usted se encuentre sentado a sus anchas. Observará al pisar el cemento, placa, piso o baldosa la instantánea inauguración de ese territorio inédito para su conciencia, dentro del cual se crea el regodeo pleno de la sensibilidad al penetrar en esa área tan hondamente imaginada desde que conoció el proyecto. Intentará conformar sus habitaciones según ciertos planos percibidos en los ambientes trabajados por los diseñadores de los catálogos. Aunque siempre la realidad no ha de traslucir en su referencia mística ese campo ilusorio que dibuja cuidadosamente la plasticidad de fotos. Sin embargo, el habitante futuro del Parque Central estará atraído por el tránsito hacia esas áreas verdes con sensación de frescura en una ciudad en donde se practica sistemáticamente el arrase de la naturaleza<sup>44</sup> por la progresiva articulación del *hábitat*. Y en el transcurso de pocos meses, usted podrá reconocerse distinto en ese refugio placentero tantas veces revisado y ahora afianzado por el *confort* que el nuevo mobiliario le ha de deparar. Acuñaado por el campo de lo novísimo se ha de encontrar usted finalmente encerrado bajo una *campana de cristal*, bajo la cual su mundo se habrá de reducir a ese *hábitat* interior, diseñado para que usted haga correr la cortina de la realidad exterior y así estará entregado al goce pleno de la amena residencia.

---

44 Existe un fenómeno muy peculiar, pero por eso no menos paradójico, que se encuentra relacionado con la realidad geográfica de un país como Venezuela situado en el trópico y en donde prolifera una naturaleza profusa que está impregnando a diario la existencia social de la gente. Empero, con el aislamiento cerrado creado por la gran ciudad, construida especialmente para tránsito de carros, más que para personas, y donde podemos ver la presencia minúscula de jardines y parques; la naturaleza domesticada, podada, castrada, artificial, desarraigadora de millones de habitantes.

Instalaciones de este tipo existen en pequeño número en ciudades como Caracas y otras de Latinoamérica, porque sirven para empalmar la plataforma impuesta en forma radical y anárquica del “moderno” paisaje citadino trasquilado y despedazado por el manejo doloso de zonas, áreas o terrenos marcados con sellos de “propiedad privada”. Experiencias como las detalladas anteriormente sirven para penetrar mucho más en el conocimiento de las complejas derivaciones, que los procedimientos metodológicos usados en instalaciones de edificaciones, vialidades, viviendas, planificadas dentro del más completo desorden, lo cual posibilita apuntalar un vasto reconocimiento de la crisis profunda de estas sociedades. El trastrocado mapa de la ciudad dibuja aceradamente con sus urbanizaciones el dominio voraz de la propiedad privada, conservada celosamente por sus dueños o compañías anónimas y cada vez más certificada por cercas de seguridad con vigilancia policial que impone dominio bajo tiro de fusil. La imaginada libertad que en cierto sentido podía captarse, desde la experiencia vivida en los pueblos de la provincia hasta la añorada de la gran ciudad abierta en la Caracas actual y objetivada a través de los pasos de habitantes que podían desplazarse a su antojo por calles o avenidas, se ha vuelto completamente utópica al visualizarse el peso distintivo y clasista que rige el capital. Al mismo tiempo que Caracas se convierte en el teatro crudo de cruentas luchas de millares de seres para sobrevivir en la búsqueda del sustento diario en cualquier espacio de ciudad (es el caso de los marginales), se crea la otra metrópoli encerrada en sí misma, por las aspiraciones crecientes e insinuantes de los medios de comunicación en los amplios sectores de clase media dispuestos al sacrificio para optar al óptimo del beneficio económico. Simultáneamente Caracas aparece mediatizada por dos realidades difíciles, pero que sirven para testificar los papeles que cumplen en su desbocado crecimiento los factores económicos promotores del despliegue vertiginoso de las construcciones. Por una parte, se visualiza la acumulación desmedida de ranchos que trepan por los cerros e incluso se dispersan por zonas en donde anteriormente no

había existido conglomerado humano. El apilonamiento desquiciante de pedazos de cartones, planchas de zinc, restos de tablas y de palos cruzados definen como síntesis innumerables *habitáculos* entre los cuales se introducen familias enteras para convivir en una forzosa promiscuidad, definidas por las características de los materiales con que remiendan esos pavimentos o guaridas, resultado final del capitalismo del desperdicio y desecho. Y la ciudad pudiera aparecer en su fuga hacia el este, dirigida a enterrar esa faz afeada y negadora de la fachada limpia y recién salida de fábrica con que los gobiernos (en sus actos demagógicos) aspiran mantenerla en señal de *aval histórico*, para el pueblo (en general) muy sensible a las glorificaciones patrióticas, entre las cuales cabe resaltar el prestigio de la capital-metrópoli. Pero precisamente esa dinámica, más o menos temporal, de la ciudad deslizada rápidamente en zonas del estado Miranda promueve el recrudescimiento continuo de rancheríos, pues materializa el muestrario suntuoso del país petrolero que se efectúa de acuerdo al uso de mano de obra barata de un subempleo patente, presente en sectores desplazados de la otra ciudad. En otro plano, no deja de tener vigencia la ciudad *imaginaria* e inventada a fuerza de trasplantes novedosos que están a diario removiendo los pliegues sensitivos de los habitantes de espacios sociales diferentes, para sondear a plenitud el trasfondo vivencial condicionado por el mensaje y masaje del goce ciudadano. Urbe hecha a la carrera para inscribir en moldes elocuentes la grandiosa riqueza de un país naciente, digno de la gesta de los libertadores, cuyas memorias son removidas al ser incrustadas bajo nuevos materiales en los cuales reinscriben sus proezas en efigies, estatuas o en placas de avenidas o de urbanizaciones. Metrópoli descomunal que se extravía entre los delineamientos de edificaciones, entrecruces de autopistas y juegos intermitentes de luces de neón que cantan el suceso de la modernidad. Por momentos, se considera que la ciudad con su poder de atracción exorbitante, arma una trampa siniestra bajo la cual cae atrapado el ingenuo habitante provinciano que difícilmente puede escapar a la variedad de *montajes* tramados por el espejismo

mediatizado de la industrialización. Cabe hablar de la afluencia de objetos que, en su plasticidad pintoresca, permite cubrir con matices agradables: superficies, entornos, ambientes provocadores de una atmósfera acogedora, en esos centros recreadores por donde se asoma la ciudad viviente. Es en este clímax dentro del cual se siente fulgurar la metrópolis imaginaria en los revuelos ficticios, enarbolados en las arboladuras de una ciudad flotante, que se hace añicos cuando ese habitante común capta la tramoya que esconden carnavales efímeros. Instancias volátiles que sustentan con sus vuelos mesiánicos captados en los entreactos rituales de desfiles de modas que contribuyen a mitificar el devenir de la futura megalópolis. Es la ciudad erótica instalada en la mente del transeúnte nocturno y sublimada más allá de las moles de concreto en festejos secretos de clubes elitescos, en las celebraciones de la sociedad ostentosa incubada en el *Country* o solazada en recreos de *weekend*. Y sin embargo, sin dejar de fijar la influencia psicológica de la ciudad mítica que corre a la deriva entre sueños y pesadillas de millares de seres, es factible objetivar ambientes propiciadores del buen gusto burgués. Por eso, para muchas personas, Caracas se ha convertido en los últimos cinco años en una de las ciudades de América Latina con sitios excelentes para que “gente de mundo” secretee una vida licenciosa. De allí el crecimiento notable de *night-clubs*, *boites*, discotecas, clubes, cervecerías, restaurantes para *gourmets*, hoteles internacionales forrados en lujo, moteles, salas de teatro, cines y autocines, balnearios... Ratificación del modelo de estandarización de la sociedad de consumo, cuyo rótulo embrionario se encuentra en las grandes ciudades norteamericanas. Es decir, Caracas parece haber desplazado a La Habana considerada hace 15 años la ciudad-casino por excelencia del Caribe y a donde iban a veranear magnates norteamericanos que terminaron por convertirla en un centro de prostitución con prestigio internacional, hasta que la Revolución cortó de raíz esa nefasta experiencia con que intentaba caracterizarse cierta

identidad del pueblo cubano. De esta manera, al abrirse una grieta fabulante en el caos de espacios atestados y bloqueados por tramas confusas de vías de (in)comunicación, la oportunidad para sobrepasar esos límites bien solidificados de una ciudad triturante promueve en el plano del hecho cotidiano el cese del juego imaginario por el constante tropiezo con la realidad filosa de escenarios tras los cuales se ha instalado “violenta” la muerte. Es penetrando ahora por desvincijadas ruinas que recorreremos, marcando bien los pasos del pasado-presente de espacios destruidos, derruidos, trastrocados o cambiados, sin ninguna orientación, cuando la memoria se fatiga tratando de encontrar ejes de referencias que permitan reconstruir los perdidos trazos de barriadas y calles, ya que los destrozos se hicieron cotidianos liquidando patrimonios históricos de lugares y casas por la sola intención de abrir un cauce grande para erigir nueva o nuevas ciudades. Si dentro de esta moderna urbe se fueron concentrando *parapetos* unidos sin ninguna idea de ejecuciones hechas en torno a ciertos ejes *nodales*, puesto que primero se instalaban moles mecanizadas de autopistas y avenidas para luego ajustar de uno a otro lado locales comerciales, edificios que nunca han guardado homogeneidad urbana, detrás se ve el saqueado cadáver de una ciudad que llegó a conservar ángulos conectados de esquinas con plazas formadas en un marco arquitectónico más o menos gradual. Adentrarse en ese territorio cortado en forma antojadiza de barrios que fueron centros residenciales de cuantiosas familias ayuda a remover un poco más al *fondo* desechos de la chatarra urbana, en donde se apelmazan centenares de “ranchos” pintados con colores de partidos políticos, pero además muchísimos ni siquiera pueden llamarse ranchos, porque más bien responden a *escondrijos o guaridas de bestias*. Aquí la imaginación en cambio anda a ras del suelo entre desembocaduras de cloacas que anegan lo que anteriormente fue una quebrada de agua, ahora convertida en refugios humanos, disueltos en nidales de ratas y basureros que despiden nauseabundos hedores. En lo bajo de esta

hondonada habitan muchísimas familias tapizadas por lateros de zinc que dan un panorama dantesco de esas concentraciones en constante promiscuidad social, pero que constituyen aun sepultadas en esas cavidades sus únicos respiraderos de vida. En este plano cabe hablar más que de ciudad, de una verdadera *necrópolis* por la misma dinámica humana que se establece entre los habitantes del interior de esas *cunetas* habitacionales o entre los buscadores de acomodo temporal en declives de cerros. Dos realidades contradictorias pero que terminan por complementarse, puesto que una es la verificación social de la existencia de la otra; dos inmensas áreas de ciudades que entrechocan de manera brutal para disolverse en el plano histórico de una capital-metrópoli de un país sometido de América Latina. Pero también estos espacios expresan, en sus contornos repletos de grupos sociales en los cuales se describen además de los relieves “pobres” o “novedosos” de “arquitecturas”, las evidentes diferenciaciones sociales definidas por cerrada lucha de clases.

Descrita la imposición tenaz de la ciudad que centraliza el poder hegemónico de la *capital* moderna de un país dominado, se ha de encontrar fundado el complicado entorno por el peso mortal de la tecnología que imprime el imponente tatuaje ideológico del Imperio. La recia certidumbre de esta determinancia observable superficialmente en las sólidas raíces de numerosas junglas de concreto fuertemente selladas en Caracas por macizos de “arañas”, “pulpos” y “ciempiés”, red zoológica de autopistas por donde se despliega, además de la afluencia de millares de automóviles, instancias muy rígidas de un poder político mundial. Empero, difícilmente pueden captarse a plenitud coseduras ideológicas de ese acto contundente por encontramos disueltos dentro de fragmentaciones vivenciales de diferente índole y a través de las cuales se escapa la captura integral del fenómeno. Pero esa cobertura tangible de sólidas armaduras de hierro, plástico y concreto, desde donde se ha preparado la ciudad para lanzarla en un foso infernal, representa realmente experiencias

correspondientes a un proceso urbanístico, según proposiciones relativamente metodológicas inherentes a principios de una disciplina científica. ¿Es factible hablar de urbanismo en esta realidad continental, pero tomando el caso peculiar de esta gran aldea-metrópoli (de las ideas manejadas por McLuhan son contadas las que pudieran ajustarse realmente al contexto histórico de nuestros países), al introducirse modelos arquitectónicos preexistentes de formas destinadas anticipadamente a ocupar un espacio cualquiera, sin antes realizar acucioso registro científico ceñido a las condiciones del hábitat social? El sistemático desorden antiurbanístico de la Caracas actual nunca podrá responder al sentido incluso formal ya presente en la idea de organizaciones, de cuerpos en espacios determinados, como ha sido la disposición primera de una arquitectura y después con el progreso industrial acelerado dentro de algunas sociedades europeas de la discutida temática urbanística. Aun con todas las críticas dirigidas a objetivar este fenómeno del capitalismo, para algunos destinado a fijar rasgos de “racionalidad” a las perspectivas generadoras de ciudades, la insurgencia de la problemática del urbanismo aparece más difícil de desentrañar hoy en día por las derivaciones catastróficas producidas en los complejos medios metropolitanos, dentro de los cuales vivir representa un contrasentido (sobre todo para determinadas capas de la población), por el saqueo deshumanizante desplegado por una sociedad encaminada hacia una planetarización. Esa imposición cerrada, de aptitudes y comportamientos normados por rigurosos patrones estandarizados de un modo de vida específico, ha delineado a las ciudades en campos ideales (únicos) para verter en la práctica la planificación del dominio certero de la conciencia. Por eso, las ciudades son cada vez más conducidas y conductores de esos regímenes prefabricados de *modus vivendi* de corte internacional, resistiendo a duras penas por la conservación todavía de algunos elementos culturales, por intermedio de los cuales se mantienen conectados con el pasado. Pero podríamos preguntarnos: ¿hasta dónde es

posible concebir las grandes metrópolis recreadoras de la memoria crítica de valores seculares fundamentales para poder reconocerse los hombres en su historicidad, si a diario presenciamos el vulgar y tramposo mercadeo de valores y materiales pretendidamente representantes de identidades culturales para el gusto de legiones de turistas, hasta tal punto que no nos extrañaría leer la noticia de haber sido desenterrada una ciudad la cual resultaría más tarde ser completamente falsa? No obstante, este agrio panorama, que tiene su asiento histórico y natural en el tráfago de urbes presente en las ricas tradiciones de Occidente, entreabre compuertas proclives para promover reflexiones significativas sobre la situación del urbanismo actual. En los últimos venticinco años, un duro cuestionamiento a la definición de la obra urbanística se ha ido acrecentando de tal manera por los mismos problemas antes indicados de la deshumanización galopante de lugares designados para crear la habitación humana. A niveles teóricos y prácticos ha significado el surgimiento desmedido de hipótesis y maquetas destinadas a promover salidas, vías de escape que posibiliten proponer soluciones al impase generado hoy por los despliegues incontenibles de las anticiudades. Las posturas teóricas se formulan en diferentes planos a través de los cuales se discute la cuestión entre creación de la ciudad y ambiente ideal para hacer menos alienante la vida del habitante urbano. La posibilidad de transformar los efectos de la técnica en algo más maleable, para contribuir a la organización de un estado habitacional en donde se produzcan ajustes no tan desgarrantes de aquella para que vaya en provecho de un progreso social. La vieja idea de la descentralización para montar ciudades-satélites-industriales que no incidan tan estrepitosamente en las formas de vida del transeúnte diario. Y otras de tantos pensadores conscientes de que difícilmente se puedan desprender las ciudades de sus hormas tecnológicas, por lo cual asoman gamas de proyectos que readaptan en cierto sentido las geniales ideas de Gropius y Le Corbusier hasta llegar a *La ville cybernétique* de Nicolas Schöffer.

Esa multiplicidad de diseños, ideas, corroborados con esbozos prácticos sobre el terreno de la prospección urbanística, han establecido series de tentativas probables de efectuarse, evaluando mecanismos implícitos y explícitos extraídos de la propia dinámica envolvente de la ciudad. Y sin dejar de mencionar en ningún momento las relaciones estrechamente concretizadas entre las fracturas de la realidad social injertadas en el espectro de la ciudad y a través de la cual se patentizan las distorsiones emanadas de la crisis del sistema capitalista.



## Vanguardia crítica o crítica de la vanguardia

El fenómeno de la vanguardia parece haber perdido vigencia histórica<sup>45</sup> a causa de las cuantiosas y novedosas producciones de la moderna industria cultural, las cuales tienden a confundir y a complicar el papel rector que esta ha desempeñado al promover rupturas de algunos valores consagrados en el *estatus oficial* de una cultura determinada. El descubrimiento de las nuevas vertientes de signos y representaciones, obtenidos por las investigaciones científicas de la semiología, ha desbordado el cuadro referencial de las percepciones de la cultura occidental al abrir dimensiones inusitadas dentro de los diversos niveles de la conciencia social. Si esta exploración de la realidad lingüística correspondía a un cuidadoso registro epistemológico, encaminado a determinar los diferentes planos y situaciones que encubren el fenómeno de la comunicación en sentido general, condicionaba históricamente una brecha fundamental para que se realizara la persuasiva perforación de esa conciencia por intermedio de los resortes represivos del sistema capitalista mundial. La apertura espectacular, inaugurada por el auge industrial de los mercados de la moderna sociedad de consumo,

---

45 A lo largo del siglo el término vanguardia estipulaba la acción desmitificadora y casi subversiva desatada por grupos intelectuales que asumían una responsabilidad militante, actualizante que para ese momento encarnaba la ruptura radical. Después este término perdió su *peso histórico cultural* más específicamente para hacerse repetitivo y usual hasta expresar una difusa ambigüedad.

está profundamente vinculada con el rastreo psicológico que a nivel semiológico han experimentado los poderosos mecanismos del sistema. Cuando se establecen sintomáticos sondeos (con Saussure y la Escuela Fonológica de Praga)<sup>46</sup> que tratan de codificar la compleja especificidad de la lengua, casi simultáneamente la creación estética en un plano de mayor universalidad parecía acentuar la pérdida de ese carácter secreto de aislamiento que los museos le habían condicionado (el caso del aumento exorbitante de las reproducciones al por mayor revela el exterminio de ese rasgo único e irrepetible de la obra de arte en sentido tradicional), para aparecer mezclada y algunas veces encarnada dentro del conjunto de objetos, artefactos, libros, periódicos, espectáculos y acontecimientos que conforman las características más ruidosas de la cultura de masas. El acto cotidiano de la actividad artística alcanza una progresiva homogeneización al reflejarse como resultado de la mercantilización abierta de los propios valores estéticos, hasta propender a la disolución parcial de los efectos cualitativamente determinantes de la sensibilidad y sublimación de la materia estética. La abierta operación comercial ejercida sobre la producción cultural ha contribuido para que se produzca un evidente desgaste de sus representaciones hasta casi dejar la realidad del objeto como *referente puramente económico*, mientras que el significado posible de la obra se iba a percibir en un plano diferente; con lo cual no se pretende insinuar que ha habido pérdida de identidad de la materia estética dentro de la percepción de la obra de arte como totalidad, aunque sí ha ocurrido el cuestionamiento y

---

46 La anunciación significativa que establece el reconocimiento de la obra de Saussure representó una coyuntura clave para el desarrollo del conocimiento lingüístico que ha sido primordial dentro del surgimiento de una renovación epistemológica en el proceso de definición de las ciencias sociales y humanas. Pero en la actualidad comprendemos lo avanzado de las interpretaciones teóricas de la disciplina lingüística que, sin embargo, recientemente sus reflexiones son desbordadas con la intromisión crítica del concepto de “escritura”, como expresión que cuestiona y desmistifica la máscara del lenguaje, según lo ha manifestado el pensador Jacques Derrida con sus libros: *L'écriture et la différence* y *De la grammatologie...*

hasta la negación de patrones estéticos que durante mucho tiempo se mantuvieron vigentes en una dimensión superestructural. De cualquier manera, el alto grado de mediación económica que muchas veces contribuye para que el cuadro sea solamente mercancía ofrecida a los espectadores (Sanguinetti diría, siempre), implica la articulación real e histórica de las obras artísticas en el enclave capitalista dentro del óptimo de organización de la producción industrial.

La irrupción de algunos movimientos artístico-literarios que surgen durante las tres primeras décadas del siglo (Bauhaus, dadaísmo, formalismo ruso, surrealismo), que para la época expresan el espíritu revolucionario de vanguardia, permitían medir con mayor claridad la actitud crítica de estas, puesto que el campo donde se les ubicaba no se había todavía sobrecargado con las múltiples representaciones desatadas por la abundante creación cultural. La percepción inmediata de este escenario de laboratorio cultural revelaba los posibles avances (debe recordarse que esa conciencia inmediata de corte con un pasado llevado a cabo por la vanguardia se establece porque ha provocado ya la fractura en un plano teórico dentro del marco de una experiencia estética determinada) alcanzados por un movimiento o escuela particular y frente a los patrones estéticos de otras escuelas que se encontraban vigentes para ese momento. Decíamos en las primeras líneas de este texto, al analizar las perspectivas abiertas por la acción de la vanguardia en el más amplio contexto de la reflexión artístico-literaria, cómo más bien la situación tiende a agudizarse cuando presenciamos la explosión espectacular generada entre las diversas formas y representaciones de la creación cultural e incluso a nivel eminentemente etnológico de la antropología científica. Ese proceso de acumulación y desmedida oferta de objetos de producción estética ha influido en el orden de una mundialidad al mistificar la condición de conciencia crítica de la vanguardia. Cada vez más se hace peligrosamente difícil detectar el ojo vigilante de *l'avant garde*, en medio de los innumerables estallidos pretendidamente renovadores que descuellan como expresión del espíritu de la modernidad. En la actualidad, podemos

comprobar muy detenidamente una expresión semejante a la de este fenómeno al analizar la situación que reina a través de las recientes búsquedas literarias de la novísima escritura francesa de hoy. Hace aproximadamente diez años el significado radical de la vanguardia literaria parecía estar identificado con el nacimiento del *nouveau roman*, movimiento este que insurgía violentamente contra toda una narrativa “novelesca” que parecía no haber tomado en cuenta el agudo proceso de reificación que se materializaba progresivamente en la organización de la vida social. Robbe Grillet, representante ideológico y cabeza visible de ese movimiento de subversión literaria, parecía referir por intermedio de sus libros y según Lucien Goldmann que la “vida de los hombres perdía lentamente sus caracteres específicos y tendía a parecerse, en un amplio sector de la economía, al universo de las cosas”<sup>47</sup>. Concluido el auge del *nouveau roman*, cuya experiencia fue incorporada de inmediato al quehacer literario de algunos escritores, pero más bien como uso de sugestivas modas, aunque para otros quizás constituía un punto de partida que posibilitaba una toma de conciencia más vertical frente al papel que debe desempeñar el escritor consciente de su arraigo en países con historia de grandes convulsiones sociales; después comienza a elaborarse en torno al grupo de jóvenes escritores de *Tel Quel* una serie de reflexiones críticas que progresivamente van tomando cuerpo mientras se entregan a analizar, en términos “pretendidamente” científicos, experiencias novedosas (algunas de las cuales habían sido insinuadas ya por los precursores del formalismo ruso) de la moderna investigación de la semiología y que conjuntamente con las observaciones teóricas de ensayistas franceses como Barthes, Derrida, Foucault, Lacan, terminarían por estructurar los elementos referenciales de una nueva escritura de corte profundamente radical. Esta apertura inicial asumida por Phillippe Sollers y demás integrantes del grupo *Tel Quel*, debía adquirir más tarde una postura más decididamente revolucionaria

---

47 Lucien Goldmann, *Structures mentales et création culturelle*, Éditions Anthropos, 1970, p. 85.

cuando enmarcan su creación literaria dentro de los mecanismos de producción económica y cultural, determinado por el materialismo histórico y sustentado a la vez por los aportes polémicos, algunos de los cuales se encuentran reafirmados en premisas de Mao o del teórico marxista francés Louis Althusser. De inmediato podríamos preguntarnos: ¿es que el movimiento de *Tel Quel* ha podido coordinar cierto espíritu de avanzada vanguardista con la actitud revolucionaria que asumen todos sus integrantes al cuestionar los fundamentos ideológicos de una literatura que ahora pretenden criticar? Creemos que es difícil determinar como un hecho dado la deseada síntesis en *Tel Quel* de estas dos actitudes que finalmente pudieran configurarse en la existencia concreta de una vanguardia posiblemente revolucionaria. Además, tampoco se ha podido establecer de manera determinante en la historia de la literatura de Occidente la confluencia definitiva de un fenómeno semejante, aunque quizás con algunas conocidas excepciones que solo servirían como punto de referencia para evidenciar la complejidad del hecho, pero que en ningún caso podría significar su culminación ideal. Cuando *Tel Quel* parecía consolidarse como un grupo homogéneo dedicado a construir con detenimiento los principios teóricos a través de los cuales se encaminarían a la realización de una literatura eminentemente crítica, se produce la separación de uno o dos de sus miembros que de inmediato se entregan a la elaboración de una nueva revista: *Change*, dirigida por Jean Pierre Faye, la cual aparece opuesta abiertamente a las proposiciones de *Tel Quel*. Esta fragmentación que se descubre en diferentes campos de la producción cultural en sentido general forma parte de lo que a otro nivel del fenómeno hemos denominado la crisis de las vanguardias. Es decir, cada vez parece acrecentarse la presencia de determinados grupos que intentan disputarse consciente o inconscientemente el papel de vanguardias dentro de la realidad cultural de innumerables países. ¿Acaso no ha sido la existencia de este fenómeno, lo que en parte ha contribuido al deterioro y cierre tanto del término vanguardia como de las perspectivas de estas como proyección crítica? ¿O es

que necesariamente la posibilidad del surgimiento y validación de una vanguardia está de antemano condenada a mantener una lucha cerrada y frontal contra las falsas irrupciones vanguardistas que a fin de cuenta pudieran resultar ser más bien posiciones peligrosas de una *contravanguardia*? De cualquier manera, no pretendemos utilizar la experiencia fundamental de *Tel Quel* como punta de lanza de una vanguardia encaminada hacia la apertura de una consciencia revolucionaria desde que han asumido la exploración lingüística de una nueva escritura, porque primero deberíamos situar la creación de los escritores de esta polémica revista dentro del contexto cultural europeo. Si hemos elegido la particular experiencia determinada por los trabajos de los escritores del *Tel Quel*, es por considerar que estos pueden darnos una medida de la posible búsqueda de la creación de una literatura de vanguardia que siempre se ha intentado crear en Europa (especialmente en Francia), a partir de ciertas posiciones etnocéntricas que han condicionado el desarrollo de una cultura secular. Como respuesta a este fenómeno que durante un siglo ha incidido periódicamente en el campo de la “alta cultura” europea, nos encontramos con lo que a nuestro entender corresponde a uno de los problemas más graves que deben asumir los estudiosos de la creación estética en todos los niveles de la dimensión superestructural, dentro del contexto de los países subdesarrollados. Esta realidad se torna cada vez más aguda cuando comprobamos cómo el problema general de la “cultura”, en ciertos países, está impregnada de manera *violenta* por los determinantes económicos y sociales de crisis estructurales que los han determinado. De allí que en cierta medida se encuentre la posibilidad de rescatar el concepto de vanguardia que ha quedado prácticamente como expresión muerta, por las tantas confusiones y ambigüedades que ella ha promovido desde su aparición. Es decir, que el término vanguardia, pudiera recobrase con una carga semántica que hiciera posible su inserción dentro de la fractura estructural que a nivel económico ha provocado la revolución. Así, por ejemplo, en el caso cubano los términos revolución y vanguardia pudieran aproximarse

un poco más, para intentar articularlos en una identidad más cerrada de acuerdo a las incidencias dialécticas que las transformaciones históricas reales son determinantes a todos los niveles.

En la actualidad la puesta al día de las viejas discusiones encaminadas a revisar la definición ideológica del concepto de vanguardia, ha encontrado en el sociólogo italiano Edoardo Sanguinetti un denegador contundente del término que ha sido acuñado muy subrepticamente por la moderna producción cultural. Las reflexiones cumplidas por Sanguinetti<sup>48</sup> se refieren a las relaciones históricas existentes entre la creación estética lanzada por las vanguardias con relación a un determinado público consumidor. Esto significa para Sanguinetti específicamente mercado de público, con lo cual ratifica el carácter mercantilista de la moderna *aventura estética*. En este sentido, la vanguardia pareciera disolverse tras el surgimiento de objetos o textos inéditos aparentemente colocados muy por encima de la realidad abierta y cotidiana del mercado. Sanguinetti determina y sitúa históricamente el término vanguardia como un fenómeno romántico y burgués en base a consideraciones hechas en el análisis de la poética de Charles Baudelaire. De cualquier modo, se hace necesario señalar cómo la referencia establecida por Sanguinetti del caso Baudelaire, con la publicación durante el siglo pasado de las *Flores del mal*, corresponde a la situación cultural creada en Francia con la edición de este famoso libro. La apertura de la discusión que conduce al centro del debate se crea a partir de las ideas esgrimidas por el propio Baudelaire, sobre la pretendida prostitución del artista que se encuentra compelido a ejercer el obligado comercio de su obra. Aquí, es importante acudir a la búsqueda de los argumentos referidos por Walter Benjamín<sup>49</sup> en cuanto al análisis que hace de la

---

48 Sanguinetti, Barthes, Lefebvre, Goldmann y otros. *Literatura y sociedad*, Ediciones Martínez Roca. España, 1969.

49 El estudio que hace Benjamín de Baudelaire forma parte de un libro titulado *Sobre el programa de la filosofía y otros ensayos*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1970. Esta obra representa un cuidadoso análisis sociológico de las complejas configuraciones culturales, violentadas por las producciones

obra de Baudelaire para poder definir con mayor rigor teórico esos planteamientos recreados y enriquecidos después por Sanguinetti. Benjamín inicia sus conversaciones indicando que: *Baudelaire confiaba en lectores a quienes la lírica pone en dificultades*; es decir, que Charles Baudelaire estaba consciente del raro material que comportaba su trabajo poético y el cual no iba a obtener una acogida favorable; después va a expresarlo Walter Benjamín en un párrafo en donde aparece más explícito esta situación:

Baudelaire ha escrito un libro que tenía de entrada escasas perspectivas de éxito inmediato. Confiaba en un lector inicial<sup>50</sup> y se ha comprobado que su mirada era de largo alcance. El lector a quien se dirigía le sería proporcionado por la época siguiente<sup>51</sup>.

Para Sanguinetti la posible verdad que encierran esas líneas que parecen recoger en el tiempo la imagen de poeta vanguardista como ha sido el caso de Charles Baudelaire determina simultáneamente cierta ambigüedad, la cual sirve para definir el nódulo central del planteamiento de Edoardo Sanguinetti al decir este que

el momento heroico, patético (sustraerse a las leyes del mercado) y el momento cínico (triunfar sobre la competencia del mercado) a menudo susceptibles de ser diferenciados uno del otro cronológica, psicológica e incluso estéticamente en realidad, históricamente, se confunden en un solo y único instante, ya que son estructural y objetivamente una misma cosa<sup>52</sup>.

El ensayista italiano explora hasta disolver todo el velo romántico que encubre la moderna empresa de la creación artística de las vanguardias, puesto que primero, como dice Benjamín aparece

---

capitalistas del siglo XIX y XX, con lo cual intenta sugerir las perspectivas insospechables que habrían de establecer en el campo general de la cultura, dentro de la apertura que ya parecía encaminada hacia la modernidad.

50 Baudelaire dedicaba sus poemas a los desconocidos lectores hipócritas, sus iguales y hermanos.

51 Walter Benjamín, *op. cit.*, p. 89.

52 Edoardo Sanguinetti, *op. cit.*, p. 15.

el producto estético con esa carga valorativa que esconde toda la materia de arte recién salida de fábrica. Lo inmaculadamente nuevo que condiciona y finalmente determina la irrupción de la vanguardia a través de la cual intenta mantenerse a cierta distancia de la vulgar compra y venta del objeto comercial. En un párrafo posterior, Sanguinetti parece haber logrado una culminación radical de las ideas precedentes cuando agrega:

En un principio existe evidentemente la oferta de un fetiche más misterioso que cualquier otro, la oferta de una mercancía para lo cual no existe todavía ninguna demanda reconocida. Todo lo contrario, en la obra de vanguardia la garantía estética del producto pretende ser, en primer lugar, la ausencia de toda relación formal (o la mayor ausencia posible) con los productos admitidos en el mercado contemporáneo<sup>53</sup>.

La abierta negación del carácter de ruptura de la vanguardia como una posibilidad situada más allá del proceso de mercantilización se ha revelado de acuerdo a Sanguinetti al decir este: “Toda la verdad oculta del arte se halla en la vanguardia que deja al descubierto, con suma indiscreción, el mecanismo oculto, mecanismo al que termina por obedecer con firme lógica todo el desarrollo de la cultura romántica burguesa”<sup>54</sup>.

La clausura de ese circuito cerrado promovido por el movimiento vanguardista no se alcanza únicamente con la transformación del material estético que determinaría el proceso de uso o de goce del objeto particular hasta volverse producción común, sino que existe una realidad que hace culminar más heroicamente la muerte de toda vanguardia: el museo, que es como decir el panteón en donde concluyen todas las ilusiones del espíritu cuestionador de las vanguardias. Y ratifica sus planteamientos Sanguinetti cuando afirma que “a nivel superestructural la vanguardia concluye en los

---

53    Ibíd., p. 15.

54    Ibíd., p. 16.

museos que al final de la historia, como en el peor de los cuentos de hadas, termina por devorarla impunemente”<sup>55</sup>.

El mito escandaloso de la vanguardia encuentra un rápido acomodo en el museo o en la academia, de acuerdo a la velocidad con que se produce su proceso de momificación cultural.

Felizmente, para seguir desarrollando los puntos de vista muy fundamentados por Sanguinetti, en donde pienso se encuentre una de las respuestas más inteligentes y al mismo tiempo dramáticas de la existencia tradicional de las formulaciones vanguardistas, es oportuna la situación para recordar juicios y otras observaciones que replantean o realizan algunos ajustes críticos a las exposiciones hechas por el pensador italiano. Se trata de un breve, pero significativo análisis realizado por otro ensayista italiano Franco Fortini en el capítulo “Dos vanguardias” de su libro *Los poderes culturales*<sup>56</sup>. Comienza Fortini señalando el nacimiento de las posturas vanguardistas como resultado de la irrupción del fenómeno del romanticismo en el sentido cultural más amplio del término, por lo que la apertura polémica o cuestionadora de grupos abanderados o de consignas desafiantes proponían una transformación más que ideológica de carácter formal frente al panorama estético o político que verificaban para ese momento. Y esas fracturas surgen en los planos de la vida social por conflictos, choques que buscaban salidas a través de cambios nacionales funcionales (eliminación de viejas etiquetas), para emprender pasajes: avanzadas que superaran las matrices creadas para esa época y vislumbraran nuevas aperturas más audaces y relativamente aproximadas a esa historia crucial, bastante problemática del momento. De allí que el significado de esa vanguardia para Fortini muere neutralizada por su propia interrogante (lo que no niega la respuesta radical de su análisis para comprender la conceptualización histórica o culturalista). El significado urgente de este concepto y su inserción violentamente

---

55     Ibíd., p. 17.

56     Franco Fortini, *Los poderes culturales*, EBUC, Caracas.

cuestionador dentro de la situación de la práctica y de la realización del hacer tanto literario como ideológico comienza a apuntalarse a partir de los pronunciamientos clásicos realizados por Georg Lukács y fundamentados con mayor rigor teórico a partir de 1955 cuando escribe (Georg Lukács) el significado actual del realismo crítico. Este trabajo correspondería a la culminación parcial de una secuencia de ideas presentes en sus propósitos teóricos, desde que se entregara a formular las premisas de una sociología de la literatura, interpretada y enriquecida después a mi manera de ver por uno de los grandes estudiosos de su obra como lo ha sido el importante pensador muerto recientemente: Lucien Goldmann. La referencia inicial de Fortini a una de las ideas directrices de Lukács, permite englobar en sentido total la iniciación histórico-cultural del papel y de la definición dialéctica del vanguardismo que deja de ser concebido como un fenómeno aislado, circunstancial, de reproducciones culturales; para ubicarlo como punto de apoyo en el conocimiento de relaciones históricas concretas del mundo novelesco recubierto hasta cierto momento por un velo metafísico, aun cuando anteriormente se lo determinara en la concreción de una experiencia narrativa de tipo realista. Detectando la intencionalidad del pensamiento lukacsiano, pero con los criterios problemáticos que el mismo emite, Fortini determina que para tratar de interpretar esa insurgencia histórica del chef d'œuvre de vanguardia que obtiene aclaratorias valiosas con las fundamentaciones de Lukács refiere:

La síntesis racionalidad-irracionalidad es exaltada –lo sabemos todos– por la cultura burguesa, pero que la vanguardia no es capaz de resolver sino en la simultaneidad de los contrarios. Continuamos, pues, empleándola porque alude a una bien precisa herencia histórica: es uno de los puntos en los que la vanguardia no ha superado en absoluto la cultura que creía combatir<sup>57</sup>. La ubicación de esta conciencia sobre la vanguardia que Fortini devela en su tránsito histórico como posible ruptura abría con claridad el antagonismo, la negación y la nulidad del término que se agota en sí mismo como visión novedosa, pseudosubversiva o desmanteladora de valores consagrados por Occidente. Implicaba el juego mitificador de esta apoyatura estética e

---

57 Franco Fortini, *op. cit.*, p. 15.

ideológica a lo largo de un siglo, pues durante estos decenios que ahora vivimos es cuando mejor se perciben las transiciones periódicas en búsquedas o salidas urgentes a los círculos viciosos de un arte repetitivo, narcisista, el cual gira sobre su propia figura que parece incidir histórica y estructuralmente sobre los mismos sondeos estéticos o formalistas. Pues, finalmente, desdicen, descubren y desentrañan su carácter de ruptura, integrándose inexorablemente a la moda o al desfile de figuras deslumbrantes que no sustentan, pero que son convertidas en especificidades consagradas al estatus cultural (incluso con alto rango) por el patrimonio mundial de la civilización. Tiempo del desgarramiento pequeñoburgués del escritor que refugiado en trincheras combativas, abiertas para acometer la denuncia de una decadencia del arte, institucionalizaba una estética que era producto de cristalizaciones históricas generadas por procesos económicos, en los cuales ellos mismos aparecían como cómplices o víctimas conscientes.

Se propiciaba el escándalo a todos los niveles del arte, puesto que se intentaba romper frontalmente con un cúmulo de hechos instituidos por la cultura oficial, amparado en las proyecciones metafísicas de la idea de progreso o superación permanente de episodios o movimientos caducos del arte o de la literatura. Movimientos artísticos en general que trataban de emparentarse en su radicalidad con cruentas experiencias, algunas de las cuales fueron históricamente definitivas por el dramatismo de las revoluciones alcanzadas o abortadas por la Europa de comienzos de siglo. En realidad esa simultaneidad nunca pudo tener una similitud radical entre vanguardia y revolución, por el fenómeno mismo de este último que por su desafío, patetismo y crisis social profunda situaba a un lado la problemática del arte, pero nunca para ajustarla en sus proyecciones a una dimensión semejante. Por esto salta de inmediato dos preguntas que para comienzos de siglo podría tener una terrible validez más que ahora, después de las experiencias causadas por una serie de vivencias revolucionarias ocurridas a nivel mundial: ¿cómo a nivel superestructural se puede obtener un corte en el campo del arte que tenga la dimensión histórica y estructural del trasfondo convulso y demoledor de formas creadoras de la apertura revolucionaria? ¿Acaso los fenómenos de lo superestructural por su mitologización y hegemonía secular, que se

encuentra al alcance de “ciertas élites”, presupone realizar buceos teóricos muy fecundos históricamente para que puedan situarse a un nivel más o menos similar a una colectividad? Las experiencias son bastantes aleccionadoras y ricas en este campo, por ejemplo, con las transformaciones económicas logradas por la Revolución rusa a partir de 1917 y las proyecciones vanguardistas que a nivel estético y artístico en general postulaban los representantes de lo que más tarde debía denominarse “el formalismo ruso”. De ese modo, la vanguardia sucumbe casi trágicamente dentro de sus propios registros y exploraciones creadoras, al surgir en posición desafiante con un grito de guerra semejante al de la revolución en su plano infraestructural, puesto que termina integrándose por la densidad y complejidad del fenómeno de artistas y elementos diversos, difíciles de determinar de manera analítica por el peso crucial que la cualidad del hecho cultural reviste en su conocimiento. Aquí se presenta inserto el problema matriz de la cultura como referencial superestructural, objetivado por la confluencia de una incidencia de variantes históricas y estructurales que exigen ser inventariadas en su especificidad. Es la uniformación misma del registro cultural que se hace inabordable, escurridizo, con sus sedimentaciones metafísicas que impiden identidad inmediata de acuerdo al caudal o acervos depositados a lo largo de siglos. Quizás una de las exposiciones más rigurosas y difíciles de discernir en el análisis de la problemática de las vanguardias es precisamente este trabajo de Fortini, no sé si pueda deberse al uso cerrado de un lenguaje o al carácter engorroso de las reflexiones enjuiciadas por él, las cuales exigen un análisis muy detenido para poder determinar su contenido. La medición de este hecho lo encontramos cuando él sugiere: “La soldadura entre neovanguardia y orden burgués-capitalista se hace orgánica y explícita después de haber sido para la vanguardia histórica, solo implícita e indirecta”<sup>58</sup>. La importancia de esta conceptualización ya la hemos abordado en páginas anteriores, pero esta aseveración

---

58    *Ibíd.*, p. 17.

necesita una observación más nítida debido al significado del enjuiciamiento. La transcendencia de estas observaciones reside en aclarar con densidad el desplazamiento del término vanguardia desde sus orígenes historicistas. Es decir, cuando aparecen movimientos o posturas críticas que se contraponen al orden establecido a nivel del personaje central desgarrado o trágico en su particularidad simbólica, pueden asumir la denuncia de una sociedad en crisis; pero como decíamos, el surgimiento de estos héroes, o creaciones novedosas, con sus dispositivos perturbadores del estatus parcial de una estética... eran apariencias permanentemente interpretativas a todos los niveles, pues significaban a fin de cuenta “formalizaciones” que rompían la uniformidad de una cultura en un momento dado por los soportes ideológicos de esa situación circunstancial. Luego se cumplió la asimilación sin dejar rastros o sedimentos valiosos en los procesos de desarrollo artístico-crítico, en un campo más amplio<sup>59</sup>. Esta referencia histórica a la concepción del término vanguardia, que todavía aparece con un matiz cuestionador con todas las contradicciones y negaciones que encierra el concepto, puede servir como objetivación momentánea de una noción que tanta tinta ha hecho correr en el campo de la creación cultural como también a nivel político-ideológico. De cualquier manera, el término ha sido más definitorio de la producción estética y menos particularizada de la actividad militante revolucionaria si se puede decir. Pero sin querer negar las imbricaciones dialécticas presentes con gran evidencia entre las avant-garde, señaladas transitoriamente como expresiones

---

59 No se puede negar las contribuciones importantísimas que escuelas vanguardistas han establecido dentro del contexto bastante denso de la cultura, desde las búsquedas magistrales de los creadores de la Bauhaus hasta la obra subversiva de los surrealistas influenciados por la ruptura propuesta por Dadá a comienzos del siglo, pero todos estos registros, tantos prácticos como teóricos, se hacían repetitivos hasta caer en la uniformidad del fenómeno, con lo que perdía su filtraje corrosivo contra un estatus conformado por Occidente, y, finalmente, el embalaje crítico descargado contra el sistema no alcanzaba la intensidad y la fuerza revolucionaria expresada en sus manifiestos.

de un orden eminentemente artístico o como puntas de lanza de las actividades subversivas (no siempre la vanguardia en este plano de la conciencia revolucionaria ha querido expresar en su significado más contundente la verdadera ruptura vertical, y si lo ha desplegado, es con la intencionalidad demagógica de situarse en las primeras filas de las luchas sociales transformadoras con carácter violento de un orden establecido), de grupos u organizaciones políticas. Pensamos que si circunstancialmente la vanguardia representa la actitud o la ruptura crucial de fuerzas revolucionarias, más bien fue generada y después absorbida con mayor rigor crítico por el surgimiento de representaciones históricas-culturales como la Bauhaus o la irrupción de los manifiestos surrealistas. Estas experiencias marcaron quizás con más significación la especificidad del término al ir ubicándose dentro de la órbita superestructural en sentido general, pero también como a lo largo del siglo los movimientos que definieron artes vanguardistas eran muy pocos sobre todo en sus comienzos<sup>60</sup>. Y al contrario parecía ocurrir dentro de las grandes y crecientes agitaciones políticas que permanentemente se estaban realizando en Europa y en otras partes del mundo, puesto que la diversidad compleja en estos movimientos con sus posiciones ideológicas aumentaban por doquier, con lo cual siempre surgía una cabeza de avanzada que se denominaba vanguardia.

Si este fenómeno se ha convertido en la actualidad en una expresión bastante cuestionable en el seno de la crítica del arte, comprobamos que dentro del cúmulo de situaciones ideológicas que siempre convulsiona al mundo, el calificativo de vanguardia es más oscuro y cuestionable e incluso por la misma crisis que en este momento se percibe en el contexto histórico de los países socialistas<sup>61</sup>. También en la esfera del arte la determinación no deja de

---

60 Después observamos el desplazamiento de la expresión que lentamente iba involucrando un fenómeno que se hacía tautológico para caer en el juego fraudulento de lo novedoso y efímero.

61 A este nivel, la objetivación de la definición de vanguardia se ha diversificado tanto que es irrisorio pensar en situarla con carácter ideológico-científico

ser menos engorrosa, pero simultáneamente existe una secuencia de elementos, que incluso dentro de los agudos conflictos que acarrea la particularidad del hecho vanguardista, pueden ser precisados con más operatividad por los aportes reales, verdaderamente novedosos y transformadores de una cierta faceta de la cultura por lo que en definitiva la pretendida *avant-garde* ha sido arrebatada compulsiva e históricamente por los marcos superestructurales. Precisamente, si quisimos exponer un ejemplo histórico de la caracterización de las premisas de la *vanguardia* con las exposiciones teóricas, pero bastante polémicas efectuadas por Benjamín Sanguinetti, Lukács, Goldmann, era con la finalidad de ir perfilando desde el siglo XIX el surgimiento de esta concepción que encerraba a partir de esa realidad histórica las grandes convulsiones y transformaciones materiales que los procesos del capitalismo generaban. Simultáneamente, con estos impactos contundentes que abrieron perspectivas enormes en el desarrollo del fenómeno de la modernidad, el denominado “mundo de la cultura” sufría de inmediato los efectos de la reproducción y elaboración de símbolos y representaciones diferentes que engrosaban los *arcones* de la civilización occidental, pero a la vez despejaban viejas imágenes y refrescaban visiones tradicionales concretizadas por la particularidad creadora de lo estético y de lo científico. En este sentido, el principio de vanguardia ha englobado constantemente el deseo de romper ataduras con el pasado por las fijaciones de *status* establecidos en todos los órdenes de la vida, aunque como explicábamos cada vez más tiende o ya se ha insertado dentro de una serialidad de valorizaciones reveladoras de la creatividad cultural. Sin embargo, el mismo hecho de que la definición de vanguardia sea trasladada a los códigos artificiales, pero al mismo tiempo muy bien

---

en los contornos de una verdad posible, pues es solo dentro de los procesos críticos de una praxis revolucionaria como puede ser recobrada paulatinamente en una dimensión universal, por los determinantes económicos y sociales de los hechos históricos.

cimentados de la supercultura<sup>62</sup>, pone en dificultad la movilidad del concepto entre los entresijos y sutilezas que la misma desbordante reproducción de imágenes, figuras, artefactos, encierran. Pues las interrelaciones de una serie de experiencias del arte y de la literatura dificultan encaminar, en sentido estricto, la óptica de la vanguardia hasta dejarla situada dentro de aproximaciones históricas más reales. Con lo cual queremos ratificar la dificultad de poder aprehender críticamente la densa y planetaria difusión de actos y reproducciones, que se han de situar necesariamente en el dominio amplísimo de la actividad cultural en sentido general.

Siempre se ha querido entender la vanguardia-vanguardia como apertura subversiva o ruptura frontal que acosa o sondea obstinadamente posibles pasadizos o tránsitos por donde puede deslizarse el impulso de búsquedas creadoras. Esta postura hace que la acción creadora de la vanguardia sea emprendida de acuerdo con el manejo y ensamblaje de materiales inéditos o ideas que empiezan a ser conjugadas en torno a ejes referenciales novedosos utilizados como dispositivos fundamentales generadores de procesos, choques y cortes con un ordenamiento tradicional. También, a la vez, puede producirse que el acto vanguardista no sea únicamente la elaboración de pautas o premisas, cuando no la construcción de objetos y materiales diversos conformados por la exploración insinuante de terrenos inéditos, pues puede ocurrir que su especificidad esté determinada por el rescate de experiencias pasadas que surgieron con cierto furor, pero fueron desechadas durante ese momento para disolverse casi en el basurero de la historia. Y quizás la validez relativa que puede recobrar el sentido de la vanguardia en la actualidad podría estar medida por intermedio de registros críticos

---

62 Cuando hablamos de supercultura queremos señalar el estallido envolvente en sus dimensiones planetarias que se ha realizado en los últimos veinticinco años con los grandes descubrimientos científicos, lo cual ha desmantelado el estatus occidentalista logocéntrico, explicativo de la cultura moderna, a través de la dinámica creciente de las producciones materiales e imaginarias recientes, que transponen los marcos referenciales de la denominada cultura a secas.

profundos de experiencias pasadas, que sean sometidas con más drenaje teórico a las dimensiones cruciales de la realidad actual<sup>63</sup>. Esto tampoco puede significar el rescate de la identidad conceptual del término vanguardia, puesto que este cometido es bastante difícil al establecer las dificultades provocadas por la misma complejidad del fenómeno cultural y de las producciones científicas e ideológicas. Además, en ningún momento, aún después de desarrollarse esta revisión esclarecedora de principios y puntos de vista, la identidad de la vanguardia puede aparecer centrada dentro de los términos y definiciones que dieron lugar al surgimiento y fundamentación del concepto.

Frente a este acontecimiento que en Europa semeja despertar o abrir perspectivas con grandes cargas de significado a distintos niveles<sup>64</sup> de la investigación del arte y de la literatura, para tratar a través de estos campos de totalizar aparentemente la difusa dimensión del fenómeno de la cultura; los creadores se basan en fundamentos teóricos para explorar vertientes novedosas (relativas, según los casos que acabamos de mencionar) a partir de las cuales se erigen en propugnadores, denegadores o visionarios de una nueva estética.

Si en verdad, siempre se ha experimentado una labor de topo por parte de algunos intelectuales decididos a abrir áreas significativas dentro del escenario de la vida cotidiana actual, para promover

---

63 Precisamente la representación aparente o real de la vanguardia actualmente en Europa, pero más específicamente en Francia, está establecida por las elaboraciones teóricas de un grupo de escritores e intelectuales en general, circunscritos a través de los cuestionamientos polémicos difundidos por la revista *Tel Quel* y quienes cuentan con el apoyo de los aportes de la experiencia de la escuela formalista rusa y de unos cuantos intelectuales franceses, que ahora analizan y presentan tras una óptica diferente, la cual no fueron bien comprendidos en su momento histórico.

64 Esa revisión creciente e implacable, que se hace ostensible hoy a diferentes grados de la consciencia histórica de creadores e ideólogos, puede percatarse también cuando observamos como las investigaciones arquitectónicas estéticas en general se buscan ansiosamente en los postulados magistrales de la Bauhaus y del expresionismo alemán.

cortes generadores de conocimientos “originales” distintos a los realizados en concepciones estéticas precedentes. En otra perspectiva, presenciamos cómo el significado de lo más recientemente creado en su sentido de captura de experiencias todavía no codificable dentro del cuerpo organizado de la cultura, cae seducido por la velocidad de las producciones y cambios que a diario suceden condicionados al mismo tiempo por la ligereza, facilidad y creaciones deleznable que el dictamen de la moda impone en forma vertiginosa. Así, las denominadas rupturas vanguardistas se encuentran a la orden del día, pues responden más bien al deseo de imponer objetos, elaboraciones estéticas (pinturas, esculturas, expresiones teatrales y materiales diversos de arte que no se ajustan a las definiciones tradicionales de una estética que ha perdido sus premisas teóricas) y construcciones monumentales (una diversidad de obras arquitectónicas que definen una mezcla de estilos y ensamblajes complejos que diversifican posibles delineamientos de perspectivas y planificaciones urbanísticas en general), por el solo afán de asumir la postura rectora de algunas facetas de la cultura en su expresión más unidimensional. Tampoco, es posible olvidar cómo detrás de esas manifestaciones, que desbordan los límites de las experimentaciones establecidas en el laboratorio cultural, se insiste de manera casi obsesiva en salvaguardar principios muchas veces “puristas”, relacionados con la construcción de *apoyaturas* vanguardistas que permiten entablar el juego entre la reproducción económica y las formalizaciones de índole artística. Y esto se puede evidenciar con gran claridad cuando para intentar romper conceptualmente con el término vanguardia que consideran algunos pensadores disecados y vaciados de su significado histórico crucial, pretenden superar este *círculo vicioso* con el acuñamiento de una terminología que enriquece y a la vez seduce en términos semánticos al hablarse de una neo-vanguardia. Con lo cual se piensa que circunstancialmente la referencia a la vanguardia adquiere un sentido más actualizante y permite someter a prueba especificidades de cierto contexto cultural que condiciona nuevas expectativas con la utilización de este *fresco neologismo*. Esto reafirma la ansiedad

compulsiva de querer mantener, frente al panorama sobrecargado de vanguardias rezagadas o expresadas a medio camino, la decisión de situarse más allá de las circunstanciales estimaciones de experiencias creadoras ya domesticadas por los medios de comunicación<sup>65</sup>; por lo que se requiere romper ese escenario con la intromisión de posibles aperturas resultantes del propio juego del lenguaje, proporcionando el insistente desafío del futuro como meta seductora de la novedad. Dentro de poco tiempo encontraremos que se llegará a hablar de neo-neo vanguardismo con la finalidad de reafirmar una pretendida autenticidad que permita diferenciar posiciones ideológicas o estéticas frente a los valores de grupos o movimientos consagrados por los determinantes económicos-culturales de una escuela en particular. Esta eclosión estridente de promociones y búsquedas de exploraciones inusitadas en el terreno diversificado de las obras de arte y de las gestaciones de artefactos, fórmulas y dispositivos diferentes entraña la fuerza alienante que encubre la misma elaboración del lenguaje. Por esto se dificulta perforar lúcidamente esa cerrada maraña de lenguajes, representaciones e imágenes que diluyen los patrimonios culturales y estéticos actuales en sus expresiones más particularizadas, al corroborarse la existencia de una guerra secreta e insinuante, pero a la vez escandalosa (la publicidad) para tratar de validar experiencias múltiples que se superponen de manera desgarrante para afirmar su abierta modernidad. Por esta vía, los frentes, que posiblemente pudieran abrir las maquinaciones vanguardistas, lentamente se confunden dentro de un deseo de participación desmedida, por dejar *constancia* del papel que puede desempeñar en momentos “culminantes” de actividades cotidianas.

---

65 No se debe olvidar que la velocidad con que se cierra la iniciación de un mensaje vanguardista corresponde hoy al desafío desquiciante que a todos los niveles promueve la elaboración económica de materiales diferentes que permiten satisfacer el ojo rápidamente homogeneizado del espectador. Lo diferente se ha convertido en una necesidad imperiosa por los mismos mecanismos y resortes publicitarios creados por la creciente producción moderna de ideas, que muchas veces aparecen situadas en otros contextos pero bajo otras máscaras.

Y aunque sus ejecutores están conscientes de su transitoriedad, suscitan la recreación necesaria del acto inaugural<sup>66</sup> de la apertura del escenario, del corte de cinta, de la firma del libro; revelaciones de actos y del descubrimiento final del mensaje que define la actitud fugaz de anunciación creadora. Sobre todo cuando percatamos lo deleznable, incluso físicamente de estas como experimentaciones (en el sentido de ensayar o buscar creaciones significativas y realizar buceos posibles que den relevancia sólidas a los procesos creadores en toda su magnitud), relacionadas con secuelas de innovaciones en distintos planos del arte y de la literatura.

---

66 La contienda feroz y los debates tensos, que en la actualidad se inscriben bajo la óptica de la creación, expresan situaciones temporales que a veces solo sirven para rellenar el vacío circunstancial de la imagen.



# Cultura y contracultura

Se hace cada vez más difícil determinar el fenómeno de la cultura porque se ha producido un rompimiento con el cuadro clásico general que había establecido su configuración dentro del depósito de experiencias creadoras, determinantes del sentido civilizatorio de la sociedad. La historia había sedimentado a través de siglos un cúmulo de obras monumentales, las cuales definían las especificidades culturales por el testimonio elocuente de obras como el Partenón, una ciudad como Florencia hasta *Guernica* de Picasso; acervo este bastante rico a través del cual se ha posibilitado medir el grado de desarrollo alcanzado por la civilización occidental. El modelo de cultura elaborada durante milenios a base de realizaciones estéticas que conformaron en líneas generales patrones de conducta ideales de seguir en el terreno del arte, perpetuaban los valores de un determinado saber, sin tomar en cuenta la importancia de rupturas y choques promovidos por movimientos corrientes de vanguardias opuestos a la “cultura oficial”. En otra dimensión aparecen situados los significados de los elementos de la cultura oriental, cargados de una simbología particularizada, aunque aparentemente oculta dentro del contexto de su diferenciación que ha servido parcialmente para definir el grado de homogeneidad artística, percibida a través de épocas en el interior de occidente. En esta perspectiva, la reflexión sobre la producción cultural adquiere solamente una fundamentación estética delimitada por los procesos de creación artísticos, los cuales han acumulado diversidad de formas hasta ser difícil estimar su complejidad creciente desde que se produjo la explosión escandalosa

del Renacimiento. A partir de este acontecimiento mundial ocurre el lento dislocamiento de la imagen aparentemente homogénea de la cultura al proyectarse en una multiplicidad de figuras generadas por la red de intercambios mercantiles que enriquecen, pero a la vez diluyen el carácter más o menos tradicional de la “continuidad” cultural. Y encarado desde este presente, el campo de la cultura significa esclarecer cuidadosamente la amplitud y ambigüedad del concepto que parece disolverse en una variedad de facetas y expresiones reveladoras de secuencias de actos y representaciones, hasta dar una medida del muestrario descomunal de la cultura actual. De allí la importancia de poder dismantelar críticamente esa concepción en cierto grado metafísica que pretende encubrir la dinámica de la cultura en su significado secular, para darle una ubicación más ajustada al término. El fenómeno de la cultura ha arrastrado la carga mitologizante que ha compartido la avanzada eurocéntrica de occidente como sabia respuesta de la actividad capitalista frente al devenir de la sociedad mundial. La misión sería intentar develar la historia en su raíz más oscura removiéndola a lo largo de sus progresiones, fracturas, discontinuidades, para intentar recobrar la densidad de los valores culturales por diferentes sociedades que con el tiempo se han ido codificando en memorias (culturas), recreadoras de esos presentes vertiginosos que al tratar de codificarlas<sup>67</sup> se opacan para caer inexorablemente en el cauce del pasado. La cultura surge con un peso trascendente que aparece desbordando épocas para referir la extraordinaria capacidad creadora de la historia y al mismo tiempo secreta en su riqueza que plena la vida en sociedad, aunque esta se vea osificada, desprendida de atmósferas y vivencias que han impregnado la novedad de sus producciones. Esta realidad puede percibirse ahora con más nitidez, aun cuando se encuentra constantemente sometida a la fuerza implacable del tiempo; porque

---

67 El significado de la alta cultura se recobraba bajo la óptica de un saber secular que se percibía como depositario de una verdad casi absoluta, pero después ocurre el progresivo desgaste de esos valores hasta aparecer contaminados por la cotidianeidad usual de la creación.

se capta como resultado del prodigioso drenaje suscitado por el progreso tecnológico de la sociedad<sup>68</sup>. Se perfilaba un sedimento que guardaba cierta secuencia y a veces esos trazos respondían más bien a una imposición forzosa de presentar la ilación de relaciones culturales y ese lineamiento muchas veces al visualizarse se concentraba en una serialidad de elementos (obras) ordenados en museos, bibliotecas, etc. En algunos casos, acumulaban figuras borrosas que después, a partir de cierta reflexión moderna, ha contribuido a ser esclarecidas y reconocidas como patrimonio de la cultura de siempre. Esa fijación parcial de la cultura puede hacerse como armando imágenes, algunas de cuyos elementos presentan pedazos desconectados, pero posibles de articular por el grado de materialización obtenida por esta, lo cual implica al mismo tiempo su desmitificación<sup>69</sup>. El desmantelamiento ocasionado por el estruendo de la modernidad ha contribuido para que por momentos no sea tan contundente el peso milenario de la cultura implicada en una trama de objetos y representaciones más originales. Esa continuidad de formas, por medio de las cuales se establecían los referenciales estéticos de la cultura, comienza a perderse por la invasión aparatosa de materiales y experiencias, para que ese campo cerrado de representaciones sufriera quebraduras internas determinadas por la sacudida de la industria cultural. Así se dificulta leer ese horizonte cultural a través del cual se recogía una civilización conservadora de acervos milenarios; resguardados casi de

---

68 Si en realidad la riqueza creadora de la cultura difícilmente puede ser detectada en su identidad originaria en el momento de su gestación, puesto que es solamente por intermedio de abstracciones como se puede revivir en su plenitud esas situaciones históricas, tampoco se puede desdeñar la importancia de invenciones como el cine, la fotografía y, en general, de los medios de comunicación de masas, las cuales han posibilitado recrear experiencias que se encontraban archivadas en la memoria.

69 El hecho de poder hablar casi directamente de la realidad cultural se debe a que se han concretizado mucho más algunos de sus elementos específicos hasta aparecer mezclados, y algunas veces de manera indivisible, con otros materiales y formas determinadas por la masiva producción industrial.

manera ritual por un humanismo tradicional, pues esos cimientos han sido perforados por el progreso avasallante de la modernidad.

Definir la problemática de la cultura desde la perspectiva actual requiere abordarla a través de los procesos que sedimentan un conjunto de experiencias que han podido codificar significaciones basándose en las técnicas de la moderna cultura de masas. Esa cultura cultivada, sedimentaria de conocimientos, pero a la vez sobrecargada por un saber elitescos que durante siglos había sido patrimonio de sectas intelectuales o de eruditos poseedores de la alta cultura, expresaba un gusto estético clasista, definitorio del contexto social de grupos privilegiados. Cultura creada para el cultivo de la inteligencia, aparentemente abierta para el consumo público, pero a fin de cuenta otorgada por el tráfico de herencias elitescas tradicionales, destinadas al provecho y goce de unos pocos. El establecimiento de esa cultura expresaba un desfile de momias bien disecadas para ser conservadas como tesoro incorruptible, con lo cual se medía la riqueza de los progresos de la civilización, pero al mismo tiempo determinaba la marca valorativa de una sociedad bien estratificada. La aceleración de los ritmos de vida generada por la praxis capitalista realiza un desplazamiento crucial de la creación en sentido general que descompone las cristalizaciones de la cultura erudita y refinada al romper dentro de esta el *círculo cerrado* de un saber; en donde el pensador o artista absorbían casi secretamente campos de creaciones, como ocurría con la visión enciclopédica de los humanistas. Esa cultura así caracterizada siempre ha ejercido un papel *hegemónico* sobre diversos sectores de la vida social, al cumplir un acto represivo que conservaba en sus manifestaciones más espirituales la organización política del sistema. Focalizada la existencia de la cultura desde este presente que comprende cómo se ha ido reduciendo la influencia y el poder de la “supercultura” que expresaba la concepción aristocratizante y clasista de intelectuales muy selectos. Un reexamen de esta situación permite entender la lenta desublimación del culto grandilocuente de una cultura superior a causa de los procesos económicos y sociales que han contribuido

a minar y desmontar su organización elitesca, al mismo tiempo que tomaba cuerpo el incipiente auge de la denominada cultura de masas. Ese stock de la civilización ha quedado archivado en fuentes anecdóticas, pero a la vez científicas y paracientíficas de *historias culturales* que han sido analizadas a manera de ricos patrimonios seculares. Los lineamientos de un determinado progreso parecían medirse por el cúmulo de saberes que paulatinamente habían aumentado los *arcones* de la cultura europea resguardada por las reflexiones de contenido humanístico<sup>70</sup>. La distancia existente tanto espacial como temporal entre la consolidación de esa cultura y las visiones aproximadas que se percibían desde países situados fuera de Europa constituían un vacío inmenso que contribuía a la consagración colonialista de cuadro de valores que hasta hace pocas décadas determinaban abiertamente la mimesis cultural de pueblos del Tercer Mundo. Se ha generalizado tanto la existencia de la cultura en una dimensión planetaria que cuesta desprenderse de esos *universales*, los cuales determinan, inconsciente y conscientemente, las actitudes intelectuales de diferentes grupos sociales, algunos de los cuales se han encontrado más inmediatamente influenciados de manera represiva por ese *corpus* de *valores*. Desde comienzos de siglo se ha obtenido un cuestionamiento radical de esas concepciones humanísticas de la cultura, a partir de la acción subversiva y demistificadora de movimientos vanguardistas que han descubierto y combatido el oficialismo institucional de esos valores. Simultáneamente, con estas perspectivas asomadas por las vanguardias, se debe agregar la penetración abierta y directa del capitalismo en la sensibilidad y estética cultural, lo cual ha permitido

---

70 Esa imagen de la cultura renovada por un viejo sello humanístico aparece esclerotizada, desvaída, entre archivos, bibliotecas, símbolos y monumentos que conservan una atmósfera erudita, cerrada; frente a los nuevos elementos muy diversos, generadores de las producciones estéticas del arte y de la literatura elaboradas en el contexto de esta mitad de siglo.

la desublimación del arte<sup>71</sup> que ha sido incorporado al tráfico cotidiano, perdiendo definitivamente su carácter tradicional de experiencia singular. De allí que el reconocimiento de *culturas* es un proceso bastante difícil, puesto que implícitamente al estudiarlas se hace sugerencia a la “cultura superior” que las impregna en su conjunto. Es en esta perspectiva como se podría comprender relativamente la situación de este problema en numerosos países del Tercer Mundo que definen su diferenciación a través de *culturas nacionales*, las cuales arrastran en la globalidad del fenómeno elementos y representaciones más auténticamente originales, este variado conjunto ha sido lentamente encubierto dentro de un *pasticho* de materiales que dificultan perfilar sus contornos tradicionales. En la antigüedad, la cultura, además de ser creación histórica de la sociedad, formaba un arquetipo riguroso que expresaba la horma etnocéntrica de una pretendida civilización; esos perfiles aristocratizantes de un saber fueron minados por el tráfico mercantilista cotidiano que propendió hacia la necesaria vulgarización de la cultura. Por lo tanto, en este siglo observamos el fenómeno decantado de ese preciosismo elitesco para comprenderlo en sus mixturas e imbricaciones de elementos combinados en grados diferentes. Y si definimos más rigurosamente este hecho en relación con el contexto histórico de una gran cantidad de pueblos hispanoamericanos, se entiende que esa pretendida *cultura nacional* sintetiza el encuentro de lo que George M. Foster denomina cultura de conquista, dentro de un proceso de secularización de acervos indígenas y patrimonios de culturas negras mediadas por la acción de naciones coloniales. El conocimiento científico de este fenómeno ha contado felizmente para su comprensión con el uso de una metodología antropológica que ha contribuido a ordenar

---

71 En esta dimensión, Marcuse plantea que la anulación de la alta cultura no se debe a la disolución y neutralización de los bienes culturales, sino que más bien ha ocurrido por la incorporación al estatus ordenado por la masificación y difusión creciente de los materiales estéticos y artísticos de la civilización.

sistemáticamente el complejo contexto cultural de estos países, al determinar con más precisión y fundamentación histórica la incidencia de una diversidad de préstamos. Las investigaciones antropológicas han servido para diferenciar la problemática global de la cultura, al establecer numerosos cuadros etnográficos de sociedades primitivas que durante mucho tiempo se mantuvieron acantonadas en la periferia de continentes, con excepción de Europa. Tampoco se ha de olvidar que uno de los principios epistemológicos de la antropología, al perfilarse como disciplina científica, estaba centrado en el cuestionamiento de los fundamentos de una cultura hegemónica, al analizar los referenciales etnográficos de pueblos que hasta ese momento se subestimaban por no expresar los símbolos civilizatorios de Occidente. Al hacer hincapié en esa experiencia histórica, presente en el nacimiento de las ciencias sociales y humanas, la etnología tenía como finalidad, entre otras, validar la existencia de un contínuum de sociedades ágrafas que por la riqueza de sus valores sometían a prueba el intenso etnocentrismo europeo y es precisamente al quedar esta disciplina determinada por la ideología de una cultura dominante, por lo cual lentamente la etnología empieza a reivindicar más bien los valores contra los cuales aparentemente parecía oponerse, al convertirse en medio de penetración y dominio de colonias explotadoras de materias primas que eran claves para el desarrollo del capitalismo. Esa ambigüedad de las disciplinas etnológicas permite por una parte comprender la apertura de áreas de influencia a través de las cuales debía ejercer su desplazamiento la empresa colonialista, pero simultáneamente desentierra a numerosas sociedades cuyos patrimonios etnográficos servirían de base para sopesar el pasado difuso de estas, con lo cual se otorgaba un significado histórico notable a esos países que habían crecido bajo el imperio de Occidente. Además, frente al poder determinante de la gran cultura el vacío que se establecía en los países africanos, asiáticos, hispanoamericanos era enorme, al solo codificarse una serie de manifestaciones culturales que quedaban como representaciones tímidas de “folklores”, costumbres, hablas,

creencias, concepciones mágicas y que por carecer de crítica científica no definían una verdad cultural. Esos acervos que aparecían disueltos dentro de lo que hemos denominado, cultura nacional, constituían más bien muestras sugestivas de pueblos exóticos creadores de una simbología digna de conocer que con la influencia de Europa<sup>72</sup> difícilmente se les podía definir en sus caracteres más profundamente originales.

La crítica antropológica contribuye para que estas sociedades adquieran su diferenciación al describirlas en sus especificidades más idénticas, dando validez a ese cúmulo de experiencias que incluso desde dentro de la actividad nacional eran concebidas como marginales al propio desarrollo de la cultura. De cualquier manera, el análisis de este problema resulta bastante complejo pues desde hace mucho tiempo ha habido interés por resguardar celosamente el patrimonio *indigenista* como un aval nacionalista para el mantenimiento de una tradición, la cual contribuía a dar un *sello* patriótico a la actual herencia cultural. Pero también esas comunidades indígenas eran lentamente desplazadas (englutidas) por la presión económica y social del país hacia las fronteras o zonas inhóspitas, al mismo tiempo esa cultura nacional asimilaba y reafirmaba (con una velocidad sorprendente por los progresos cumplidos por los medios de comunicación de masas) patrones de conducta administrados por los imperativos económicos de los procesos colonialistas y neocolonialistas. Siguiendo los contornos de las cristalizaciones culturales que se han ido perfilando en los países del Tercer Mundo (más específicamente en algunos países de América Latina), a partir de las experiencias etnológicas y de las excavaciones arqueológicas de sociedades indígenas, a través de las cuales se permite esclarecer esa dualidad crucial que delinea

---

72 La influencia cultural de Europa se ha manifestado en ideas que simplemente eran trasladadas a través de intelectuales (élites) que las imponían según el predominio del saber occidental, y más recientemente se han unido a ese tráfico de ideas los valores representativos subculturales que llegan calçadas con el cuño *made in USA*.

el significado histórico de estas según la práctica etnográfica sobre el terreno y que ha ido paulatinamente recobrando diversas culturas fragmentarias para ser depositadas de manera anecdótica<sup>73</sup> al patrimonio de la cultura nacional. La finalidad de la etnología nunca ha sido solamente dar prueba fehaciente de la existencia de sociedades indígenas que aparentemente reflejan formas de vida simple, cuando no se profundiza en la estructura consciente e inconsciente de estas, sino se trata de recobrarlas como un todo en el contexto cultural que por momentos aparece borroso o desmantelado con los desplazamientos, destrucciones, epidemias, acciones climáticas y asimilaciones en gran parte generadas por los avances de la civilización. Si mucho de este contexto ha sido definitivamente absorbido, mutilado por la aculturación nacional, deben perder vigencia las observaciones aisladas (monográficas) que han caracterizado el abordaje teórico de estas sociedades, teniendo necesariamente los antropólogos que enfrentarse a una problemática más totalizadora para obtener un conocimiento aproximado de su realidad. Por otra parte, las vertientes de esta cultura se conectan abiertamente (incluso mixtificando de manera violenta elementos e imágenes de grupos indígenas que habían permanecido enquistados en la periferia del país), con los medios de comunicación universales que absorben mensajes directos muy bien decantados para ser introyectados en centros álgidos de la civilización. Si estos países

---

73 En el caso de la denominada sociedad venezolana, podemos referir experiencias que expresan la ambigüedad, contradicción, conjuntamente con la subestimación y marginalidad de carácter racista existente en la historia de lo que podríamos denominar cultura nacional, cuando percibimos el olvido, sometimiento y explotación de pueblos indígenas, los cuales únicamente son recobrados memorísticamente para el país en algunos momentos críticos, sacando a luz nombres de figuras representativas en ciertas formas de nuestra historia a través de símbolos como lo son Guaicaipuro, Parimaconi... definidos como representantes ideales de una venezolanidad (sus efigies son sacadas en monedas de oro al lado de personajes históricos como Pío XII, Bolívar...) mientras sus posibles descendientes actuales viven procesos etnocidas de exterminio y mixtificación por parte del propio poder político nacional e internacional.

en general (subdesarrollados) se encuentran arraigados a un pasado definitorio de sus culturas y que en cierto sentido representan los tantos países escondidos *fronteras adentro* (provincias), donde se descubren los trazos visibles de la rapaz explotación, tanto de la naturaleza como de grupos sociales. *Fronteras afuera*: siempre existe una ciudad como puntal (capital) que proyecta al país en una mundialidad que produce el trasplante de materiales, elementos, imágenes, representaciones, formas arquitectónicas, complejos urbanísticos, diseños, muestrarios diversos, maquetas, complejos deportivos *drugstore*, modas que singularizan la estandarización de la conciencia sometida a los determinantes ideológicos económicos y culturales como rasgos fetichizantes del hombre unidimensional. En el estertor de este presente, la metrópoli sintetiza la imagen materializada de la cultura, que se ha deslizado a plenitud con los grandes procesos de tecnificación que asoman la idealización del futuro. La imposición de nuevas formas de vida se ha ido realizando de manera continua, pero cada vez sometiéndolas a control represivo a medida que el capitalismo monopolista reduce a su imperio fuentes estratégicas de materias claves y este proceso ha determinado el aparente progreso de los denominados países del Tercer Mundo. Definir este impacto en la esfera de la cultura (es difícil demarcar incluso metodológicamente y sobre todo en la actualidad un campo específico de lo económico delimitado de las representaciones culturales), quizás pueda revelar rupturas mas traumáticas al promover cambios en el conocimiento de millones de seres analfabetas, quienes poseen un habla cerrada, cargada de vocablos tradicionales que participan dentro de un mundo de experiencias mágico-religiosas. La adquisición de radios transistores (por lo accesible en la compra de estos campos de difusión), la posibilidad de obtener televisores (es el caso de los barrios miserables de Caracas) que contribuyen a fijar *mensajes*, seducir con *imágenes* y grabar *slogans*, por medio de los cuales se repite y ratifica el sistema opresivo que redescubren cuando apenas terminan de pasar el botón del aparato. Esta novedad promovida por la cultura de masas, que

con gran facilidad fluye hasta tenerla enfrente como un gran bazar cultural, posible de elegir aparentemente sin gran esfuerzo alguno, ha constituido una transformación gigantesca que ha cambiado, trastocado y resquebrajado actitudes tradicionales que estaban arraigadas en el ancestro psíquico-cultural de amplias multitudes. La introducción de esos intermediarios ideológicos del sistema ha significado un choque vertebral cuyas consecuencias apenas ahora solamente podemos medir en sus resultados nefastos, pero sería necesario estimar un tiempo mayor cuando los procesos de adaptación se hayan sedimentado lo suficiente en nuestros medios sociales, hasta alcanzar un grado profundamente inconsciente para poder captar la verdadera dimensión de la automatización comercial-cultural planificada a nivel mundial. Esa avalancha de novedades que a diario disparan esos centros difusores de noticias y propaganda, aunque a la vez distribuyen muy bien la serie de acontecimientos, experiencias y actos de diferentes índoles desconocidos para el gran público, parecen sepultar lentamente las expectativas que la dinámica de una cierta producción cultural más reposada ha elaborado dentro de la progresión cotidiana de esta época. Estos medios (radio, TV), conjuntamente con la distribución de los periódicos y “*magazines*”, parecen cerrar definitivamente la posibilidad de percibir los límites más extensos de una experiencia cultural, pues la articulación de los medios de comunicación está tan bien armada que parecieran colmar y cubrir toda perspectiva relacionada con la obtención de una fuente crítica de la cultura en sentido más estricto. Y el espectador, que lentamente se ha convertido incluso en la mayoría del público de las grandes y medianas ciudades, empieza a ordenar su sensibilidad de acuerdo a los métodos placenteros y bastante sugestivos que le son sutilmente drenados, delineados e impuestos por intermedio de los vectores comerciales que están destinados a acosar y, finalmente, manipular la conciencia.

De este modo, el horizonte crítico de una realidad comienza a ser dormitada y sometida por la dosis inteligente del *slogan* diario que finalmente termina el espectador por repetir y difundir como

por acto reflejo. La alienación es tan desquiciante que produce un efecto mimético entre la gente que sigue al pie de la letra las indicaciones, modas, frases hechas, usos nuevos, gestos, formas de comportamiento, utilización de utensilios prácticos, adornos, modales e innumerables actos que prácticamente son dictaminados por una voz que muchas veces es invisible, pero cuyos resultados han sido planificados tan bien por medio de *surveys* y sondeos colectivos que conocen a ciencia cierta cómo la decisión del público debe tener una respuesta ideal, previamente imaginada.

La definición de una contracultura o “anticultura” que en la actualidad se determina por el solo hecho de intentar alertar y hasta neutralizar las transformaciones tecnológicas desecadoras de los acervos civilizatorios, cuando no de la disolución truculenta y camuflada de la propia cultura a través de procesos crecientes de una rapaz comercialización, se ubica dentro de la extraordinaria feria cotidiana que la mercantilización progresiva establece desde que el transeúnte común asoma la mirada acechante, para observar el cargamento de objetos de distintas “especies” que exhiben con libertad los centros comerciales de las *arterias capitalinas*. Esa contracultura, que aparentemente es un término acuñado muy recientemente como respuesta salvadora frente a la avalancha sepultante de materiales y producciones que el capitalismo dispersa sobre los diferentes centros geográficos del mundo, tanto desarrollados como subdesarrollados, pretende frenar y cuestionar a la vez las ambigüedades y dualidades que la tecnificación óptima del capital ha obtenido en el campo mismo de la propia creación cultural, que se encuentra encarnada y hasta disuelta con la misma cobertura con que son tratados, exhibidos y finalmente vendidos los objetos comerciales. Se han perdido en cierto sentido, algunas representaciones *creadoras* cuyo significado precisamente se ha definido por ser exactamente un contexto que se ha determinado como *disecado y tatuado* por la particularidad de un hecho cultural. En verdad: también engloba una respuesta totalizadora que a base de materiales y elementos proporcionados por la misma maquinaria capitalista (y he aquí la trampa, pues es

desde el seno mismo del sistema de donde surgen los contras) se intenta contraatacar y echar por tierra valores consagrados (vacas sagradas de la cultura a todos los niveles), que durante siglos venían siendo congratulados y deificados por la “racionalidad” de la cultura tradicional y si esas manifestaciones, como decíamos en páginas anteriores, habían tenido respuestas críticas bastante contundentes en oleadas vanguardistas, las cuales pretendían romper esquemas estéticos o personalidades autenticadas por el auge burgués de esa cultura. Es finalmente cuando se obtiene una verdadera conmoción planetaria (particularmente el fenómeno de la contra, ahora alcanza proporciones profundamente significativas cuando se sucede precisamente en una realidad social distinta a Occidente y sobre la cual el conocimiento cultural que se tenía era bastante exiguo, si no bastante mistificado, que ahora aparece un poco más esclarecedor) con el cuestionamiento llevado a cabo en el campo de la Revolución china, por ejemplo, en donde se decide poner en entredicho los bienes canónicos de una cultura que incluso a través de esos movimientos de *avant-garde*, parecían cuestionarse para salir finalmente más fortificados.

Sin embargo, sabemos muy bien cómo esa denominada contracultura ha alcanzado distintas expresiones en la compleja tecnificación actual, hasta ser difícil encontrar hoy una zona particular de la cultura que no haya sido sometida al cuestionamiento por las irrupciones verdaderamente novedosas y totalmente originales que contradicen, en términos radicales, las perspectivas sostenidas por determinada actividad creadora. Encontramos un intento por trascender y ridiculizar, hasta cierto punto, las posiciones artísticas ocultas que hasta ese momento la “cultura oficial” ha mantenido con toda la variedad de búsquedas y gamas. Esa contracultura está necesariamente relacionada con las tomas de consciencia de grupos de jóvenes que han encontrado la posibilidad de promover y subvertir protestas radicales, no solamente contra una sociedad cada vez más condicionada hacia la opresión y explotación del ser humano (más abiertamente en nuestros países subdesarrollados), sino

a las representaciones simbólicas de esa sociedad diseminada en una supercultura, la cual sigue siendo patrimonio para grupos de personas vinculadas tradicionalmente por sus bienes económicos, que por ende son también implícitamente culturales. Esa contracultura sí tiene una expresión intelectualmente crítica basándose en una negación doctrinaria e ideológica de los falsos valores que ha pretendido revelar como auténticos la cultura occidental; se ha proyectado de manera escandalosa por intermedio de los actos: *happenings*, los movimiento antiteatro, realizados sobre escenarios naturales, teniendo como público los propios espectadores “que en ese momento se encuentran dramatizados descarnadamente en el escenario” con lo cual se destruyen directa y violentamente bienes culturales adquiridos por la inteligencia. La introducción desafiante del “novísimo” teatro que fundamentalmente busca ridiculizar, negar y desenmascarar en plena escena los falsos ropajes con que tradicionalmente se ha querido cubrir la obra teatral desde las experiencias bufas, comedias, espectáculos (dadaísta) y actos burlescos presentados durante todo el siglo. En general, los actores promulgaban el gran final del acto que debía concluir sobre las tablas con la cómplice participación de los espectadores, quienes consideraban únicamente como salida perentoria, antes de que alcanzara el teatro su muerte definitiva, el establecimiento del antiteatro que definía como una personificación (no teatral) militante. Este acto al desnudo significaba desmontar la armadura física, espectacular, dentro de la cual aparecían encerrados (incubados por la escena) la *troupe* de actores que montaban el drama para ganar el entusiasmo (casi siempre) y hasta para distraer por dos horas multitudes que se escondían detrás del maquillaje. Y aun cuando se perfilaban acciones que necesariamente estaban encaminadas a la destrucción del “acto teatral” como gusto exquisito para unos pocos privilegiados de los medios cultos de Europa, no se había logrado liquidar esa actitud “carismática” del actor como personalidad mesiánica que a fin de cuenta sellaba el narcisismo y el prestigio consagratorio de los rituales de esa cultura. Por numerosas razones se ha dado un decaimiento relativo de la

actividad teatral en los últimos veinte años, debido quizás a la apertura de otros conocimientos culturales relacionados con un público “culto”, o, en general, por la intervención violenta de los medios de comunicación, y aún así el teatro sigue siendo una de las expresiones más profundamente arraigadas a la estética cultural de nuestro tiempo. Y el signo del desplazamiento de cierta actividad teatral puede encontrarse en que posiblemente ya es muy difícil decir, entre máscaras o rostros posibles, verdades sobrepasadas o dramatizadas o puestas en juego de manera más brutal, cómica o burlesca, con los hechos cotidianos percibidos a diario en la calle o leídos, mientras se repite como una realidad, ya consumada y a la vez aceptada por millones de seres, la vergonzosa y trágica carnicería perpetrada por los Estados Unidos en Vietnam. Donde el teatro de la política, casi siempre muy sabiamente representada bajo admirables *camuflajes*, ha puesto al descubierto desde adentro (en el escenario mismo de los Estados Unidos, centro en donde se estipulaban los papeles muy cuidadosamente seleccionados por el ejército, para culminar en el acto final del genocidio como una presentación que se iba a agregar a algunos éxitos consumados en los diferentes escenarios criminales del mundo) la monstruosa tramoya preparada para alcanzar el dominio de una nación. Esa pérdida de terreno por parte del oficio teatral, que se pone al descubierto entre los medios recreadores de una cultura milenaria, quizás va acompañada de las desublimaciones artísticas encaminadas hacia subversiones verdaderamente radicales; e incluso, en los últimos años, esa *práctica teatral* no define el cuadro tradicional del terreno natural de su actividad como ha sido Europa, sino que ha encontrado también en América Latina un campo bastante prodigioso para empujar hacia la consumación de un teatro crítico cuando a lo mejor está implícita, aunque no específicamente, su completa liquidación.

Sin embargo, siempre nos vamos a encontrar con los fenómenos *neo neo*, *neo* culturales como expresión reciente de *actos irrepetibles* (por lo menos así siempre lo ha sonado la vanguardia) que se encuentran directamente vinculados con una serie de investigaciones englobadas

más universalmente dentro del fenómeno de la contracultura, a partir de acciones gestuales, estallidos esquizofrénicos, carnavales ritualescos y hasta respuestas que a veces corresponden a verdaderas histerias colectivas.

Danzas y cantos ruidosos que han sido recogidos como expresiones de símbolos de subculturas generadas a través de grupos juveniles y proyectadas en esas movilizaciones de carácter “teatral” (*happening, música pop, op art*, bautizos, nudismos, vueltas a la naturaleza, hippismo, ceremonias cargadas de profundos ritualismos arcaicos...), pero al mismo tiempo este conjunto de manifestaciones se han vuelto profundamente ambiguas por el éxito burgués alcanzado, al convertirse también muchas de esas expresiones, tanto materiales como espirituales, en sugestivos elementos de consumo.

La absorción de los valores críticos movilizados por la ofensiva de una contracultura creemos difícilmente puedan alcanzar proyecciones trascendentes por ser resultado final de los propios entrefuegos recreados por mecanismos pautados por el sistema. De los acontecimientos importantes ocultos en la última década podríamos descubrir motivaciones que sirvieran para sopesar las posibilidades reales de hacer efectiva e implementar dispositivos teórico-prácticos a través de los cuales se perfila la actividad de una contracultura. Se puede destacar el auge intempestivo ocurrido con el advenimiento de la denominada Revolución Cultural China, que ha significado la trasposición de valores concatenados dentro de patronos consagrados por la fuerza milenaria de una cultura, aun después de haberse producido las transformaciones radicales generadas a partir de 1949. Y si el punto de partida de esta gran acción de masas desplegadas por la dirigencia china durante los años de 1965 y 1966 se centraba en las contradicciones habidas entre los cuadros educacionales de esa nación, al presentarse desniveles antagónicos dentro de las posibilidades de adquisición de una enseñanza colectiva, confortada por la articulación de una realización práctica ideal para millones de habitantes de esa vanguardia del socialismo en la actualidad. De cualquier manera, a partir de la

insurgencia del acto de la Revolución Cultural, numerosos han sido los materiales que tratan de explicar las raíces de ese fenómeno que tantas especulaciones fomentó en torno a su significado histórico. Aparentemente, el surgimiento del hecho tuvo como base inicial una serie de protestas surgidas en relación con la postura intelectual de algunos dirigentes que parecieran descuidar la pujanza de la realidad de la nueva China, frente a la caracterización de una *cultura de clase* todavía viviente dentro de algunos cuadros encargados de difundir las realizaciones y transformaciones de la Revolución. Esta coyuntura implicaba una respuesta de protesta radical contra los vicios presentes dentro de autoridades académicas de universidades, que al estar encargadas de dirigir la cultura, difícilmente podían desprenderse de esas cristalizaciones depositadas por el ejercicio implícito durante siglos de experiencias “burguesas”<sup>74</sup> de pasados regímenes. Pero si esta ruptura iniciada desde abajo tiene como apoyatura los conflictos presentes por los remanentes ancestrales de una cultura impregnada todavía de elementos referentes a incidencias de factores de privilegio, de inmediato captamos cómo esa introducción en la crítica de una situación aparentemente particularizada iba a servir de puntal para realizar una revisión profunda del cometido de la Revolución, en toda la estructura forjada por procesos planificados durante veinte años de una apuntalada lucha por llevar a cabo el cumplimiento de una tarea colectiva encabezada por el propio Mao. Podemos destacar en esta toma de conciencia generada dentro de las transformaciones violentas ocurridas en la Revolución china una idea para discernir sobre las posibilidades reales e históricas de una contracultura que, sin lugar a duda, va mucho más allá de las ideas manejadas en los

---

74 Es difícil determinar la particularidad de la cultura china, en parte porque en realidad pocos conocimientos reales se tienen de la cerrada conjunción de valores presentes en configuraciones sociales de carácter milenario existentes en ella. Sin embargo, está implícito por el propio ejemplo de una escritura de la lengua misma, la fuerza de tipo clasista ejercida durante largas épocas por grupos elitescos, poseedores de bienes económicos y sociales de esa civilización, caracterizada por la posesión de patrimonios culturales bastante significativos en la historia de la humanidad.

últimos años en conexión con la crítica denegadora de una cultura monopolizadora. La consideración de este ejemplo es muy útil para poder indicar, dentro de lo contradictorio y ambivalente que comporta el concepto, el manejo actual del término cultura, y además porque precisamente escapa de alguna manera a las propias raíces estructurales determinantes del carácter *sui generis* de la respuesta difundida hasta ahora para desmitificar la complejidad de esta experiencia, resultante directa de la producción capitalista mundial. Pero aun cuando en la actualidad podamos indicar la influencia poderosa que ha ejercido la penetración de las formas alienantes de la cultura de masas y los efectos de los modelos estándares difundidos por la empresa capitalista en todos los rincones de los países del Tercer Mundo, es necesario destacar cómo China se ha mantenido durante siglos conservando una estructura cultural muy particularizada, la cual todavía no ha sido revelada a nivel antropológico por los estudiosos dedicados después de muchas décadas al conocimiento de modelos específicos de modos de vida, ahora insertos en la dinámica histórica desplegada por las transformaciones violentas de la Revolución. Podría indicarse cómo el desconocimiento en parte del desarrollo de la singular civilización china, o más bien de las numerosas experiencias significativas de diversas culturas ubicadas dentro de lo que geográficamente podríamos denominar la China actual, corresponde a puntos de vista ideológicos encaminados a mantener encubiertas formaciones sociales que posiblemente pudieran desdejar el arraigado sentido etnocentrista de la civilización occidental. No obstante, es bueno mencionar cómo estos rasgos inherentes a muchos pueblos, de manera desmedida en algunos momentos históricos, responden a concepciones etnoculturales de las cuales difícilmente han podido escapar civilizaciones o culturas con particulares acervos históricos. Los trabajos rigurosos encaminados a alcanzar un conocimiento crítico de la ancestral civilización china han podido captarse con mayor eficacia durante los siglos XVII y XVIII por estudiosos europeos, pero será solamente durante el siglo XIX cuando se establecen los fundamentos categóricos para

la interpretación acendrada de la denominada *sinología* moderna. Y precisamente en la vía de una penetración exhaustiva del complejo haz de valores, implícitos en la riquísima tradición de esas culturas milenarias, hallamos las reflexiones ahora actualizadas del importante pensador francés Marcel Granet que para 1929 publicaba *La civilisation chinoise* y *La pensée chinoise* en 1934. Pero dentro del auge actual alcanza o por toda una antropología científica hasta donde se han podido medir las fecundas contribuciones de Marcel Granet para despejar de una mitificación exótica el conocimiento de un conjunto de culturas, algunas subestimadas por el peso elocuente ejercido por Occidente, y a través de otras vertientes, que correspondía a dificultades de diferente índole, que la penetración en esas realidades imposibilitaba aproximarse en las revelaciones de sistemas de parentesco, lenguaje, ritos, mitos... Con esto referimos códigos inherentes a la desestructuralización posible de redes de conocimientos existentes en mosaicos de culturas, aunque ya precisamente estamos utilizando categorías conceptuales pretendidamente científicas pero que han sido generalizadas a niveles de principios por la cultura occidental. ¿Pero podemos olvidar el impacto civilizatorio proporcionado por la permanencia de posibles saberes que han normado más allá de las divisiones cada vez más cerradamente ideológicas que étnicas y estampadas por la división de los mundos de Oriente y Occidente con las reflexiones conjugadas a través del patrimonio de una astrología, cosmogonía y hasta teosofía inherente a las raíces primigenias de un pensamiento metafísico, paracientífico o científico todavía ni siquiera descrito a nivel etnográfico para Occidente? El material teórico, que en los últimos cincuenta años se ha elaborado sobre el reconocimiento del denso contexto cultural de múltiples experiencias que se han depositado a través del siglo dentro de los cánones de esas representaciones de una civilización o civilizaciones, ha conseguido un delineamiento más objetivo hacia una prospección definitiva de identidades especificadas con una “cierta y relativa continuidad por la validación más o menos objetiva de una etnología”.

Conjuntamente con Granet encontramos los trabajos de Henry Maspero: *Chine antique* (1965) y *Le taoïsme et les religions chinoises* (1971), pero la obra en donde posiblemente se puede recoger de manera más detallada y al mismo tiempo una interpretación científica de conjunciones profusas de observaciones sobre el universo real e imaginario de la China (desde su establecimiento de escuelas filosóficas conjuntamente con los antagonismos surgidos entre pensadores, hasta las posibilidades de precisar elementos pertinentes tras de los cuales se podrían sistematizar componentes conformadores de premisas científicas), se trata de la enjundiosa obra *Science and Civilisation in China*, editada por Joseph Needham en unión con varios respetables y reconocidos académicos chinos, estudiosos de diferentes aspectos de las intrincadas vertientes de conocimientos surtidos por saberes provenientes de culturas cernidas a lo largo de milenios. El significado de esta inmensa obra compuesta por siete volúmenes, de los cuales solamente han sido editados cuatro a partir de 1965, se debe a que Needham constituye un importante sinólogo inglés que permaneció durante cuatro años en China entregado a penetrar en un conocimiento acabado de esa difusa realidad por intermedio de investigaciones hechas con sabios de distintas disciplinas, quienes lo inician en el análisis global de esas culturas. Era oportuno tratar un poco de cerca esta problemática que aparentemente parece no haberse mostrado en sus raíces más embrionarias cuando sucede el acontecimiento de la Revolución Cultural; sin embargo, podemos indicar cómo el proceso de incidencias conflictivas está compenetrado con nódulos históricos de esta realidad. La misma denominación de Revolución Cultural deja mucho que decir, pues pone de manifiesto (una tentativa por cuestionar de manera radical) fundamentaciones cuyas características más significativas se encuentran impregnadas por las simbolizaciones elocuentes del fenómeno de esa cultura en sentido general.

Sin querer intentar desandar científicamente esa densa red de relaciones forjadas por las cristalizaciones de culturas antiguas y las cuales conformaron bases estructurales de una historia a veces

impregnada de grandes mitificaciones, pero que finalmente terminó por irrumpir desde hace aproximadamente veinticinco años con una revolución violenta, proseguimos el análisis de apoyaturas conceptuales que puedan servir de puntales para convalidar con mayor eficacia las expectativas de una contracultura prefigurada en la avanzada cuestionadora de la Revolución Cultural. De esta manera, Enrica Collotti Pischel, en un estudio publicado conjuntamente con otros autores titulado “La Revolución Cultural China” (*Cuadernos Pasado y Presente*, número 23), alude al problema en el siguiente término:

Todo parece indicar que en Buenos Aires el comienzo de la lucha fue el resultado de la elección entre dos posibilidades: mantener la campaña por la cultura de clase dentro de los límites adaptados anteriormente en otros casos (es decir, denunciar solo la supervivencia de tendencias y actividades burguesas en los ambientes de los intelectuales de la vieja clase dirigente), o ampliarla hasta atacar todos los fenómenos de involución de clases existente en la sociedad entera, en la administración estatal y en el partido mismo.

Se ha efectuado un acto eficaz de una verdadera contracultura en sentido ideal por el contenido eminentemente global de este tipo de respuesta a fenómenos que pudieran explicitar más sistemáticamente contradicciones históricas y culturales insertas en la lucha interna de una sociedad en vías de convalidar procesos generadores de un comunismo crítico. Y parcialmente insistimos en corroborar algunas ideas disueltas en este texto, pero ya manifestadas de pasada en otros anteriores, al indicar que la veracidad de la formulación de una contracultura se hace más totalizadora en sentido universal, porque la ruptura proviene precisamente de una sociedad determinada por formaciones sociales implícitas en modos de producción particularizados, en las instancias de una cultura muy perfilada por la rúbrica oriental. Y este consenso crítico se hace más diferenciador, pero al mismo tiempo ejemplarizante en la búsqueda de secuencias que hagan más radical el fenómeno, al definir precisamente un verdadero corte distintivo en un plano histórico e ideológico referido a un conjunto de experiencias encaminadas

a llevar a cabo la destrucción de las organizaciones de un sistema que ha prevalecido como modelo posible para numerosos pueblos del mundo en el contexto del capitalismo. Pero las perspectivas de definición categórica de esta contracultura, que ha encontrado históricamente una brecha significativa para ajustarla en términos contundentes que superan el carácter contestatario pertinente de los cuadros ambivalentes formados por la ambigüedad de la producción creciente dentro de la industria cultural de Occidente, incluso, contribuyen para que el término acuñado recientemente conserve una vigilancia histórica por las mediaciones dialécticas deparadas por los propios elementos configuradores de esa marcha, siempre transformadora de instancias posibles de ser desplazadas por intermedio del uso de un instrumental metodológico, enmarcado en el cuadro heurístico del conocimiento cada vez más plenario de la sociedad. Pues determinar de manera concluyente las secuencias evaluadas por una necesidad histórica determinista podría conducir hacia una peligrosa teleología de tinte dogmático, sobre todo cuando dentro de la conjugación de proceso transformador de estructuras toda previsión es resultado de una praxis en cuestión. De ahí las observaciones valiosas mostradas de manera enfática por Jean Daubier, cuando trata de discernir sobre los complejos factores que incidieron y posiblemente habrán de incidir en el surgimiento polémico de la experiencia histórica de la Revolución Cultural ocurrida en China, cuando determina que

la repartición del producto social sigue siendo todavía una fuente de tensiones internas, y los hombres van a continuar afrontándolas. Algunos grupos sociales se esfuerzan por obtener una repartición más ventajosa para ellos. Aquellos que son más instruidos y calificados, aquellos entre los cuales la capacidad de trabajo es mayor tienen tendencia a aumentar sus exigencias, más allá de lo que su trabajo le da estrictamente derecho, y a obtener de esta manera privilegios. Una de las razones por las cuales el Estado continúa existiendo en los regímenes socialistas es precisamente la necesidad de mantener por la fuerza la norma de la repartición según el trabajo<sup>75</sup>.

---

75 Jean Daubier, *Histoire de la révolution culturelle prolétarienne en Chine*, Cahiers Libres, François Maspero, 1970, pp. 170-171.

La contracultura ha encontrado una fundamentación teórica y práctica propicia para poner a prueba la validación dialéctica de esta terminología, capaz de dar respuesta radical a las múltiples expectativas suscitadas por una “supercultura” desencadenada por las enrevesadas mixturas de creaciones artificiosas programadas por la factura capitalista. Y la norma más factible para situar en un significado intenso ha sido la selección del acontecimiento de la Revolución China, dentro de las posibilidades denunciativas de la cultura en su configuración actual, por lo que esta cita subrayada por Han Suyin es muy reveladora de lo intrincado de este problema: “La formación de sucesores es una cuestión capital para los próximos mil e incluso diez mil años”. “La Gran Revolución Cultural es, por lo tanto, un problema de importancia primordial para el destino, la perspectiva y el enfoque de nuestro partido y nuestro país. También es un problema de importancia primordial para la revolución mundial”.

Lo que China sea en el año 2001 depende totalmente de los Guardias Rojos de hoy de la Revolución Cultural; lo que el mundo sea en el año 2001 depende también de lo que ocurra en la China de hoy.

Estas observaciones de Suyin pueden cerrarse con este otro párrafo:

El hecho de que la época actual se caracterice por la revolución mundial, de que muchas regiones del globo estén comprometidas en violentas luchas contra el imperialismo, de que Rusia haya abandonado a la revolución, ha hecho que China se convierta en el poderoso baluarte de la revolución, de modo que debe esperar el ataque; debe estar preparada para el mayor sacrificio nacional y, por lo tanto, debe estar dispuesta a presenciar la mayor devastación, la ruina de todo lo que ha construido.

Aun cuando esta frase final de una medida del abierto y casi apocalíptico desafío aceptado y medido por Mao Tse Tung, a través de las reflexiones de Han Suyin, representa la guerra a muerte planteada en este momento histórico entre los inconciliables sistemas capitalista y socialista.



# Bibliografía consultada

- ADORNO, Theodor W. *Prismas*. Ariel. 1962.
- ALTHUSSER, Louis. *Para leer El Capital*. Siglo XXI. 1969.
- BACHELARD, Gaston. *Le nouvel esprit scientifique*. Puf. 1934.
- \_\_\_\_\_ *Essais sur la connaissance approchée*. Vrin. 1969.
- \_\_\_\_\_ *La formation de l'esprit scientifique*. Vrin. 1970.
- BARTHES, RONALD. *Mythologies*. Du Seuil. 1957.
- \_\_\_\_\_ *Le degré zéro de l'écriture*. Éditions Gonthier. 1965.
- \_\_\_\_\_ *L'empire des Signes*. Albert Skira Editeurs. 1970.
- BENVENISTE, Émile. *Problèmes de Linguistique Générale*. Gallimard. 1966.
- BENJAMIN, Walter. *Sobre el programa de la filosofía y otros ensayos*. Monte Ávila Editores, Caracas. 1970.
- BERQUE, Jacques. *La descolonización del mundo*. Fondo de Cultura Económica. 1968.
- BRAUDILLARD, Jean. *El sistema de objetos*. Siglo XXI. 1969.
- \_\_\_\_\_ *Fétichisme et idéologie: la réduction sémiologique*. ° 2. 1970.
- \_\_\_\_\_ *Pour una critique de l'économie politique du signe*. GALLIMARD. 1972.
- CAVAILLÉS, Jean. *Sur la Logique et la Théorie de la Science*. PUF. 1960.
- CANGUILHEM, George. *Études d'Histoire et de Philosophie des Sciences*. Vrin. 1968.
- CHOMSKY, Noam. *Lingüística cartesiana*. Editorial Gredos. 1969.
- \_\_\_\_\_ *Lenguaje y entendimiento*. Seix barral. 1971.
- \_\_\_\_\_ *At War with Asia*. Pantheon Books. 1970.

- Daubier, Jean. *Histoire de la Révolution Culturelle Prolétarienne en Chine*. Petite Collection. Maspero. 1971.
- DE MAURO, Tulio. *Introduzione alla Semantica*. Editori Laterza. 1966.
- DERRIDA, Jacques. *L'écriture et la différence*. Du Seuil. 1967.  
 ————— *De la grammatología*. Siglo XXI. Argentina Editores.
- DORFLES, Gillo. *Símbolo, comunicación y consumo*. Editorial Lumen. 1968.  
 ————— *Nuevos ritos, nuevos mitos*. Editorial Lumen. 1969.
- DUVIGNAUD, Jean. *Spectacle et société*. Editions Denoël. 1970.
- FRIEDMAN, Yona. *L'architecture mobile*. Casterman. 1970.
- FORTINI, Franco. *Los poderes culturales*. EBUC. Caracas. 1970.
- FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI. 1968.
- GOLDMANN, Lucien. *Estructures mentales et création culturelle*. Editions Anthropos. 1970.
- GRANGER, Gilles G. *Formalismo y ciencias humanas*. Ariel. 1965.
- GROPIUS, Walter. *La nueva arquitectura y la Bauhaus*. Editorial Lumen. 1966.  
 ————— *Apolo en la democracia*. Monte Ávila Editores. 1968.
- KENDE, Pierre. *L'abondance est-elle possible?* Idées. NRF. 1971.
- KRISTEVA, Julia. *Recherches pour une sémanalyse*. Du Seuil. 1969.
- LEFEBVRE, Henri. *Obras*. A. Peña Lillo Editor. Tomo II. 1965.  
 ————— *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península. 1969.  
 ————— *La fin de l'Histoire*. Éditions de Minuit. 1970.
- McLuhan, Marshall. *El medio es el mensaje*. Paidós. 1969.  
 ————— *La aldea global*. Editorial Diana. 1971.
- Mailer, Norman. *Los ejércitos de la noche*. Ediciones Grijalbo. 1969.
- MARCUSE, Herbert. *El hombre unidimensional*. Editorial Seix Barral. 1969.
- MOUNING, George. *Introducción a la semiología*. Editorial Anagrama. 1972.
- MUMFORD, Lewis. *The Urban Prospect*. Secker & Warburg. London. 1968.
- PISCHEL, Enrica y otros autores. *La revolución cultural china*.

- Cuadernos Pasado y Presente*. 23. 1971.
- POPPER, Karl. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós. 1967.
- RAGON, Michel. *Las ciudades del futuro*. Enciclopedia Horizonte. 1970.
- \_\_\_\_\_ *Les erreurs monumentales*. Hachette. 1971.
- \_\_\_\_\_ *Histoire mondiale de l'architecture et de l'urbanisme modernes*. Casterman. 1971.
- RIBEIRO, Darcy. *Las Américas y la civilización*. Tomo I. Centro Editor de América Latina. 1969.
- SANGUINETTI, Edoardo. *Il mestiere di poeta*. Lerici Editare. 1965.
- \_\_\_\_\_ *Literatura y sociedad*. Varios Autores. Ediciones Martínez Roca. 1969.
- SAUSSURE, Ferdinand de. *Curso de Lingüística General*. Editorial Lozada. 1955.
- SCHAEFFER, Pierre. *Machines à communiquer. I. Genèse des simulacres*. Du Seuil. 1970.
- SHÖFFER, Nicolas. *La ville cybernétique*. Éditions Denoël. 1972.
- TODOROV, Tzvetan. *Théorie de la littérature*. Du Seuil. 1965.
- TOFFLER, Alvin. *El shock del futuro*. Plaza & Janés Editores. 1972.
- VUILLEMIN, Jules. *La Logique et le monde sensible*. Flammarion. 1971.



*Transparencia del signo*  
Digital  
del mes de enero de 2024  
República Bolivariana de Venezuela



## Efraín Hurtado (Guárico, 1943-Caracas, 1978)

Poeta, antropólogo, narrador. Muere a los 43 años, después de haber cumplido una labor muy fructífera en sociología, enseñanza universitaria, compromiso político y literatura. Fue miembro activo del grupo El Techo de la Ballena y de la revista *Rocinante*. Publicó los trabajos literarios: *Papeles del condenado* (Boconó, 1964) y *Redes maestras* (1966).

### Transparencia del signo

Es uno de los textos fundamentales de la cultura antropológica venezolana. La comprensión de este itinerario vivencial la analiza el poeta Hurtado, descubriendo el tejido telemático desde el cual ha emprendido la empresa capitalista la formación en valores de una multitud que se ha intentado borrar, dilapidar, hasta la exacerbación de una cultura. "Todo se ha hecho con un sentido: seguimos siendo uno de los grandes mercados de la industria cultural capitalista": Nelson Guzmán.

